Maurice Caillet

YO FUI MASÓN



Maurice Caillet, venerable de una Logia francesa durante 15 años, desvela secretos de la Masonería en un testimonio que muy pocos se atreven a ofrecer. Rituales, normas de funcionamiento interno, juramentos y la influencia en la política de esta organización secreta salen ahora a la luz, en particular las implicaciones del juramento que obliga a defender a otros hermanos masones. El libro desvela también la decisiva influencia de la Masonería en la elaboración y aprobación de leyes como la del aborto, en Francia, en la que él, como médico, participó activamente. Caillet, nacido en Burdeos en 1933, especializado en Ginecología y Urología, practicó abortos y esterilizaciones antes y después de que gozasen de amparo legal en su país, y llegó a alcanzar cargos de relevancia en la Administración sanitaria.

Maurice Caillet

Yo fui masón

ePub r1.0
XcUiDi 22.10.2018

Título original: *J’étais franc-maçon*
Maurice Caillet, 2008
Traducción: José María Ballester Esquivias

Editor digital: XcUiDi
ePub base r2.0

EL PRIMER CONTACTO

NACÍ EN 1933, de padres que hablan rechazado cualquier tipo de religión, se habían casado por lo civil y no me habían bautizado, todo ello a pesar de que mi padre, médico, recibió en Bretaña una formación católica clásica bajo la influencia de su madre, maestra de escuela seglar y católica ferviente. Su rechazo de la religión —e incluso su hostilidad hacia ella— se habrían debido, según él, al impacto que le produjeron las humillaciones sufridas por su madre en la parroquia cuando tuvo lugar la separación de la Iglesia y el Estado en 1905, bajo el gobierno de Émile Combes, presidente del Consejo de Ministros y notorio masón. Ese rechazo también era coherente, sin lugar a dudas, con sus tendencias hedonistas naturales; de ahí que en su vida hubiese un llamativo contraste entre un innegable rigor profesional y el libertinaje que reivindicaba su ideario. Era un librepensador, aunque pienso que nunca fue iniciado en la masonería. Mi madre, nacida en Rusia, fue bautizada en el seno de la Iglesia Ortodoxa, pero no recibió ninguna formación religiosa y nunca manifestó, que yo sepa, inquietud alguna en ese terreno.

Obviamente, cursé mis estudios primarios y secundarios en establecimientos laicos. De niño, en el pequeño pueblo donde mi padre ejercía como médico, mis compañeros y yo nos peleábamos con los chicos de la escuela católica, a veces hasta lanzándonos piedras. Nunca entré en la iglesia del pueblo, que era para mi un lugar misterioso y temido.

Durante el último año de bachillerato, que cursé en la especialidad de Matemáticas, tuve un brillante profesor de Filosofía, que no hizo más que fortalecer en mí el ateísmo, el materialismo y el positivismo. Empecé mis estudios de Medicina en Bretaña y a partir del segundo año los seguí en París. Abordé esta carrera desde una óptica cientificista, pensando que la ciencia iba a resolver todos los problemas de la vida e incluso de la muerte.

En 1959, cuando aprobé la difícil oposición de médico interno en la AP-HP (Asistencia Pública-Hospitales de París), leí con admiración y convicción *El azar y la necesidad*, de Jacques Monod, Premio Nobel de Medicina, según el cual la vida apareció en la tierra por el encuentro fortuito de algunas moléculas de aminoácidos surgidas de la sopa primordial. ¡Era mi único «credo»… e ignoraba que los católicos recitaban otro cada domingo! Por supuesto, también me adhería al evolucionismo de Darwin y consideraba al hombre como un descendiente de los grandes simios, un animal dotado de razón gracias a la creciente complejidad de los procesos físico-químicos y a la selección natural. Sin embargo, no cultivaba el anticlericalismo visceral de mi padre, ya que había estudiado la oposición con un compañero católico, otro protestante y otro de origen turco, y con dos preparadores, jefes de servicio, judíos, que más tarde se convertirían en brillantes profesores de universidad. Además,

frecuentaba a numerosos colegas judíos, lo que me llevó a una cierta indiferencia hacia las creencias religiosas, a las que yo consideraba como un tranquilizante para mentes débiles. Pero no dejaba de ser hostil a una moral católica que me parecía puritana y que se oponía a la emancipación de las mujeres. He de decir que este puritanismo se me antojaba más marcado en mi Bretaña natal que en París. Por lo demás, en 1956 me casé con una amiga de la infancia, no practicante. Su madre, muy piadosa, quiso que antes de la boda yo recibiera el bautismo, pero me negué a ello. Luego logró que nuestra unión fuera bendecida bajo dispensa por «disparidad de culto», ¡y eso que yo no practicaba ninguno! De todas formas, no me sentía en absoluto casado por la Iglesia. Eso sí, tuve que comprometerme con el cura a que mis hijos fueran educados en la fe católica, promesa que posteriormente cumplí. Creía en la institución del matrimonio civil, que me parecía útil para la formación y seguridad de mis hijos, pero era hostil a las uniones férreas y deseaba preservar mi libertad.

Mi trayectoria profesional se vio interrumpida durante treinta meses de servicio militar a causa de la guerra de Argelia, pero como tuve la suerte de aprobar la oposición de oficial de la Reserva quedando entre los primeros de mi promoción, pude elegir destino, pasar ese tiempo en Bretaña y comenzar a ejercer como cirujano junto a un amigo de mi padre. Tras este paréntesis militar, mi vida de médico interno fue muy activa, muy rica desde el punto de vista intelectual, y también muy festiva: el lenguaje procaz y la ligereza de costumbres son habituales en las salas de guardia. Tras otra oposición, me convertí en ayudante de Fisiología en la Facultad de Medicina y me especialicé en cirugía ginecológica y urológica.

En 1966 me afinqué en Rennes, capital de Bretaña, y empecé a trabajar en una gran clínica privada, asociado con dos cirujanos y junto a muchos otros especialistas. Claude, una encantadora y afanosa enfermera instrumentista, fue la encargada de asistirme en todas mis actividades. Entre ella y yo se estableció una inmediata corriente de simpatía.

Evidentemente, la urología, una especie de fontanería quirúrgica, no suele ser fuente de inspiración de cuestiones y problemas metafísicos. Sin embargo, la práctica de la cirugía me llevó necesariamente a tener que tomar decisiones de tipo moral —ético, que diríamos hoy—. Apliqué mis convicciones, practicando, incluso antes de su legalización, la contracepción artificial y la esterilización de hombres y mujeres, además, por supuesto, de tratar las enfermedades femeninas —incluidas las oncológicas— y la esterilidad. A través de la organización Planificación Familiar, de la que me hice socio, mandé traer de Estados Unidos mis primeros dispositivos intrauterinos (DIU). En 1967 celebré que la Asamblea Nacional aprobase la proposición de ley del diputado masón Luden Neuwirth que autorizaba en Francia la contracepción artificial, la píldora y el DIU, pues el método Ogino me parecía obsoleto.

En mayo del 68 me impresionó mucho, como a tantos franceses, aquella fallida revolución, a lo que se añadió que en esas fechas mi mujer, debido a un síndrome

maníaco-depresivo, pidió el divorcio. Además, su madre me culpaba de los trastornos psíquicos de mi esposa, que eran de origen genético y biológico.

Desde que llegué a Rennes, un antiguo intérprete, ruso y ortodoxo, me daba clases de lengua rusa. Como no esperaba, supongo, que para aliviar mi estado de ánimo aceptase el auxilio de la religión, me sugirió ingresar en una familia espiritual de otro tipo, en este caso el Gran Oriente de Francia, a cuyo Gran Maestre, Paul Anxionnaz, conocía.

Mi amigo, que se llamaba Sacha, me hizo un gran elogio de los ideales de la masonería, a la cual no creo que perteneciera, dadas sus creencias religiosas.

Esos ideales casaban a la perfección con mi formación cultural familiar y con mis propias convicciones. Sobre todo la libertad, que significaba tanto para mí y que estaba en el espíritu de aquellos tiempos, en los que el objetivo parecía ser la ruptura de los tabúes de la moral tradicional judeocristiana. Yo creía que las logias constituían, también, un lugar donde se podían debatir las ideas en el marco de la laicidad, y ello me proporcionaba una satisfacción que no había encontrado en mis relaciones personales o profesionales, ni tampoco en el Lion’s Club, al que pertenecía desde hacía dos años sin saber que esta asociación la fundaron masones norteamericanos. En cualquier caso, no acudía movido por la ambición ni por el arribismo, ya que mi actividad como profesional liberal de la cirugía se encontraba en un momento floreciente, y tal prosperidad no tenía ninguna base social o política.

Así que mientras se levantaban barricadas en el Barrio Latino, cerca de la Sorbona, yo me encontraba en el despacho del Gran Maestre, en la Rué Cadet 16, sede del GODF (Gran Oriente de Francia). Me recibió con agrado, ya que mis opciones filosóficas y mis compromisos profesionales le parecían totalmente conformes con el «espíritu de la casa». Elogió ante mí el humanismo masónico defensor de los derechos humanos, la tolerancia para con todos los sistemas de pensamiento, el famoso lema «Libertad, Igualdad, Fraternidad» estandarte de nuestra República, y la solidaridad incondicional de los masones entre ellos.

Me propuso ingresar en una «logia para élites», en París, donde podría encontrar gente importante y donde la discreción estaba mejor garantizada que en provincias. Pero aquello no era compatible con mi actividad de cirujano: habría tenido que estar en París una tarde cada quince días, una obligación imperativa para cualquier militancia masónica. ¡Y entonces no había ni autopista ni tren de alta velocidad!

De todas formas, me puso en contacto con el Venerable de la logia La Perfecta Unión del GODF en Rennes, una de las más antiguas de Francia. Me reveló que siguiendo la vía iniciática recibiría «la Luz» y «el Conocimiento de la Tradición Primordial», un saber anterior al de los caldeos y los egipcios de la Antigüedad. Como cualquier otro, fui sometido a una entrevista con este personaje, de profesión impresor, quien —lo supe más tarde— tras consultar a los Maestros de la logia y colgar mi foto y mi currículum en la sede de la misma, envió a mi casa, uno tras otro, a tres inspectores, cuya tarea era interrogarme sobre mi estilo de vida y mis

convicciones. El primero se interesó por mi vida personal y familiar, el segundo, por mi actividad profesional y social, y el tercero, por mis inquietudes morales y espirituales. Por supuesto, ignoraba que esas tres personas eran Maestros que corrían el riesgo de descubrirse ante mí con el objeto de asegurarse de la sinceridad y coherencia de mis respuestas.

LA INICIACIÓN

EL RESULTADO de esas investigaciones —que se escalonaron a lo largo de todo un año— debió ser positivo, ya que a principios de 1970 me convocaron para una posible iniciación. Yo lo ignoraba prácticamente todo acerca de lo que me esperaba. Tenía 36 años, era un hombre libre y nunca me había afiliado a sindicato ni partido político alguno. Así pues, una tarde, en una discreta calle de nuestra ciudad, llamé a la puerta del templo, cuyo frontón estaba adornado por una esfinge con alas y un triángulo que rodeaba a un ojo. Fui recibido en la planta baja por un hombre de unos sesenta años, vestido con traje y corbata oscuros, que se dirigió a mí.

—Señor, ha solicitado ser admitido entre nosotros. ¿Su decisión es definitiva? ¿Está usted dispuesto a someterse a las pruebas? Si la respuesta es positiva, sígame.

Hice un gesto de aquiescencia con la cabeza. Me puso entonces una venda negra sobre los ojos, me cogió por el brazo y me hizo recorrer una serie de pasillos. Así bajamos, de forma vacilante, una escalera. Empecé a sentir cierta inquietud, pero antes de poder formularía oí cómo se cerraba una puerta detrás de nosotros.

El hombre que me guiaba no había pronunciado una sola palabra desde su frío recibimiento. Me quitó la venda, y en ese instante sólo vi su rostro deformado por la intensidad de las sombras que proyectaba la tenue llama de una vela.

—He aquí un folio —me dijo— donde redactar su testamento filosófico, es decir, las que serían sus últimas palabras en caso de muerte inminente. Antes, haga el favor de confiarme los «metales» que lleva puestos: dinero, anillo y reloj, símbolos de lo que brilla engañosamente.

Obedecí. Al fin y al cabo, iba a recibir la «Luz prometida». Mi mentor recapituló:

—Señor, es aquí donde va a someterse a la prueba de la tierra. Esta tumba es el lugar de su muerte simbólica. Se va a encontrar solo, en silencio y en penumbra. Los objetos e imágenes iluminados por esta tenue antorcha tienen un sentido simbólico que le invito a descubrir. Luego, redactará su testamento filosófico, respondiendo a las tres preguntas que figuran en este folio y formulando sus últimas voluntades. Vendré a recogerte en el momento oportuno.

Ya se retiraba cuando me asaltó la angustiosa idea de que sin reloj y sin conocer la duración de la prueba, no podría hacer lo que se me había pedido. No obstante, había superado con cierto éxito numerosos exámenes y oposiciones, así que me senté en un taburete de tres patas, ante una pequeña mesa de madera sin barnizar, e inspiré profundamente varias veces, para tranquilizarme. Como mis ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra, examiné el lugar. Sí, aquella pequeña habitación pintada de color negro mate, sin reflejos de luz ni abertura alguna, sólo podía evocar las entrañas de la tierra. Recordé entonces que según describe el antropólogo Lévi-Strauss, en las sociedades consideradas primitivas el joven, antes de ser iniciado y

admitido entre los adultos, tiene que pasar largas horas solo en una cabaña oscura, aislado en el bosque, donde no le llega ningún eco de la tribu. Seguramente para experimentar la imperfección del hombre aislado y su angustia y, más adelante, apreciar mejor el calor del consuelo del grupo con el que vuelve a reencontrarse. Para mí, el hombre era un animal social y, a decir verdad, experimentaba un cierto malestar al no oír ningún ruido procedente de la ciudad en cuyo centro sabía que me encontraba.

Entonces me acordé de que mi guía me había pedido que meditase sobre los objetos que estaban dispuestos ante mí. ¿Había meditado alguna vez sobre un objeto? Para mí, con una vida profesional intensa, todo tenía un sentido práctico o científico, por lo que no quedaba lugar para la introspección ni las reflexiones extrañas. Pese a todo, los observé. Y los vasos rituales, esas tres copelas situadas ante mí y que contenían respectivamente sal, sulfuro y mercurio, significaban que iba a descubrir la Piedra Filosofal, el secreto de la vida, la Panacea Universal, el Conocimiento, ocultado a algunos y revelado a otros, que había ido a buscar. ¿Estaba allí el vaso de agua para saciar una leve sed o para recordarme que sin agua ninguna vida es posible? Y ¿qué hacían aquellos granos de trigo encima de la mesa? Ah, sí, olvidaba que estaba en la prueba de la tierra, bajo tierra, y que yo era como los granos de trigo, que debían morir antes de dar su fruto: de la muerte surge la vida en un ciclo ininterrumpido, un eterno retorno, el samsara, el ciclo de reencarnación de los hindúes. De hecho, en ese cuchitril yo estaba experimentando una cierta muerte, frente a aquel reloj de arena y aquella guadaña colgada en el muro. Por si fuera poco, el cráneo que estaba sobre la mesa y las tibias cruzadas de la pared sólo podían recordarme la tumba. Durante un instante, observé una inscripción que adornaba la pared: V. I. T. R. I. O. L., que me pareció totalmente hermética. Más adelante supe que es un acróstico de la expresión Visita Interiora Terras Rectificatur Invenies Ocultum Lapidum: «Visita el interior de la tierra y rectificando encontrarás la Piedra Oculta».

Al no tener la menor noción del tiempo transcurrido desde mi entrada en aquel reducto, me acordé con inquietud de que tenía que escribir. Me incliné sobre el folio y leí las preguntas en él escritas: «¿Cuáles son para usted los deberes del hombre hacia sí mismo, hacia su familia, hacia la humanidad?». Me sentí algo molesto, acostumbrado como estaba a polemizar sobre los derechos del hombre, e incluso de la mujer; a reclamar, como cualquiera, cada vez más y más derechos. También pensaba que, liberado tanto de las tutelas arcaicas como de las prohibiciones judeocristianas que impregnaban nuestra sociedad, me había forjado un ideal propio y social de éxito mediante el trabajo en un marco en el cual, más allá de cualquier consideración moral, todo lo que no estaba prohibido por la ley estaba permitido, y en el que incluso la ley tenía que evolucionar para garantizar cada vez más libertades al individuo. Por eso había llamado a la puerta de ese templo, en cuya antecámara me encontraba. Quería reflexionar con hombres libres sobre la manera de construir una

sociedad más justa y más ilustrada. Así que hablar de los deberes del hombre me pareció algo así como el esbozo de un renacimiento: tal vez, sin saberlo, había ido a aquel sótano oscuro y siniestro para morir, en cierto sentido, a mis antiguas concepciones del mundo y de mi mismo, y nacer a una nueva vida, como el Ave Fénix renace de sus cenizas. Así pues, mi tumba se convertía en gruta generadora en el seno de la Madre Tierra, Gaia. El silencio se hacía menos opresor y la luz de la vela, por débil que fuera, aparecía como la imagen de mi espíritu, llamado a participar en una regeneración. La muerte estaba superada, la vida retomaba su curso.

Comencé a escribir:

Los deberes del hombre hacia sí mismo consisten en ampliar sus conocimientos, perfeccionarse mediante el trabajo, actuar con lucidez conservando la autoestima, y librarse de las culpas vinculadas a la educación recibida y a los antiguos tabúes.

1. Los deberes del hombre hacia su familia consisten en garantizar la seguridad material y la felicidad de su mujer preservando su libertad personal, ayudar a sus hijos a ser libres y autónomos facilitándoles el acceso al conocimiento y a la plenitud corporal, y finalmente ayudar a sus padres en su senectud.
2. Los deberes del hombre hacia la humanidad consisten en respetar a todo hombre y a toda mujer, sean cuales fueren sus orígenes, su capacidad y sus opiniones, siempre que sean respetuosos con los demás, así como luchar a favor de la democracia y la libertad.

Me quedaba poco tiempo para redactar mi testamento filosófico, así que continué apresuradamente:

Muerto mi yo, deseo pasar de la ignorancia al conocimiento, de la dependencia a la libertad, de la culpabilidad a la lucidez, de la sumisión a los prejuicios y a los tabúes, al dominio de mi mismo y de mi vida, sin aceptar ninguna coacción externa, con la excepción de las obligaciones legales. En pocas palabras, ¡ni Dios ni maestro!

Aún permanecí solo durante unos minutos, que se me hicieron largos, acechando cualquier ruido. Un golpe discreto en la puerta me avisó de que entraba mí guía.

—Señor, haga el favor de entregarme su testamento, para ponerlo en conocimiento de los miembros de la logia y que ellos juzguen, teniendo en cuenta también el resultado de las investigaciones, si usted es digno de ser admitido a la iniciación.

Inmediatamente, se retiró. De nuevo aislado, recordé el camino recorrido y al amigo Sacha, profesor de ruso, que en mayo del 68 me dijo con mirada grave: «Querido Maurice, le veo muy aislado, en proceso de divorcio… creo que necesita una familia espiritual en la que su enorme valía pueda desplegarse». Mi orgullo había sido discretamente halagado, despertando mi curiosidad. Mi amigo conocía el arte de la seducción… Me encontraba sumido en esas reflexiones cuando un nuevo golpe se oyó en la puerta y reapareció mi mentor.

—Señor, los Maestros han decidido seguir con las pruebas que conducen a su iniciación. Le voy a preparar para ese trayecto.

Dicho esto, me quitó la chaqueta y la corbata y me puso una cuerdecilla alrededor del cuello. Luego me despojó del brazo y la pechera izquierdos de mi camisa, levantó la pernera derecha de mi pantalón hasta la rodilla y pidió que me quitara el zapato del mismo lado. Debía tener un aspecto completamente ridículo, yo, que tanta importancia daba a mi porte, a la calidad de mis trajes y de mis corbatas. Hubiera preferido disfrazarme de payaso antes que lucir aquel desaliñado atavío. ¡Era la humillación total!

Y de nuevo la venda negra. Y de nuevo aquel paseo a ciegas por las tinieblas de los pasillos. Aún no había salido de la tierra. Sin embargo, se fraguaba una esperanza, pues tomamos una escalera que nos llevaba hacia arriba, quizás hacia la salida.

Una parada y tres golpes violentos me sobresaltaron. Una voz firme y fuerte retumbó en una sala que me pareció grande.

—¿Quién se atreve a interrumpir nuestros trabajos? Hermano Retejador (el que vigila la entrada), ¿puede ir a ver quién llama de forma indebida a la puerta de la logia? Hermanos, armaos de vuestras espadas para defender este recinto de cualquier profanación.

—Traigo a un humilde profano que ha sido propuesto según las reglas —contestó mi guía—. Viene, por propia y libre voluntad, a pedir que le admitan en los misterios y privilegios de nuestra orden.

Otra vez sonó la voz fuerte:

—Hermano Experto, ¿responde usted por el postulante que se encuentra en la puerta del templo? ¿Está usted seguro de su buena fe?

—En la medida en que un hombre pueda ponerse en lugar de otro y juzgar sus pensamientos íntimos, con la esperanza de que la sagacidad de nuestra respetable asamblea no se haya visto sorprendida, respondo por este postulante, que es libre y de buenas costumbres —respondió el Experto—. Para gloria del Gran Arquitecto del Universo, acaba de superar victoriosamente la prueba de la tierra.

Entonces se abrió una puerta que chirriaba ruidosamente, y dos manos firmes que me sujetaban la nuca me hicieron agachar la cabeza para entrar en la sala, como si de una trampilla se tratara. Apenas me hube erguido de nuevo, una punta afilada que me presionó el pecho frenó mi impulso.

—Señor, esta espada que siente en su pecho siempre está dispuesta a blandirse para castigar al perjuro. Simboliza el remordimiento que desgarrará su corazón si traicionara a la orden en la que desea ingresar. La cinta que cubre sus ojos simboliza la ceguera en la que se encuentra el hombre dominado por sus pasiones e inmerso en la ignorancia y la superstición. En este templo, al cual acaba de solicitar su ingreso, trabajamos sin descanso en la búsqueda de la Verdad, sin alcanzarla nunca, en el estudio de la nueva moral, en la práctica de la solidaridad enfocada al desarrollo material y moral, y en el perfeccionamiento intelectual y social de la humanidad. Si

persiste en querer adquirir la sabiduría de los Maestros, extienda su mano derecha sobre las Constituciones de nuestra orden, que se comprometerá a respetar, así como a sus hermanos, a los que defenderá incluso arriesgando la vida. Firmará este compromiso una vez finalizadas las pruebas por las que va a pasar.

Me hicieron avanzar a pasos cortos hacia quien había hablado de manera tan solemne y que, con toda evidencia, presidía mi iniciación: el Venerable, cuya voz acabé reconociendo. No había tenido conocimiento previo de la Constituciones de la orden ni del juramento en virtud del cual debía arriesgar mi vida por uno de esos hermanos cuyo rostro desconocía. Llevaba metido en un túnel oscuro un tiempo que era incapaz de calcular, pero la incomodidad y el recelo se compensaban con la curiosidad y el deseo de ver aquella famosa Luz que me sería revelada al final de las pruebas.

—¿Jura?

—Juro —dije, extendiendo la mano.

Ya estaba definitivamente vinculado. Era inquietante, pero el orgullo de ser iniciado tan pronto me halagaba secretamente. Me pusieron un vaso en la mano y me ordenaron:

—¡Beba!

Estuve a punto de escupir el primer sorbo de aquel líquido infecto.

¡Hasta el fondo!

Hice un gran esfuerzo y obedecí.

—Señor, que este brebaje sea para usted el símbolo de la amargura y del remordimiento que dejaría en su corazón la ruptura de sus compromisos, el perjurio que podría mancillar sus labios.

(Mi conciencia, y hasta mi cuerpo, habrían de recordar el sabor terrible de esa advertencia).

—Hermano Experto —añadió la voz—, haga emprender al postulante su primer viaje.

El Experto me cogió firmemente por el brazo e inmediatamente se produjo un estruendo infernal. Parecían sillas golpeadas contra el suelo, portazos, ruidos metálicos, algarabía, murmullos. En suma, caos y barullo. Mi pensamiento era incapaz de fijarse en algo preciso mientras mi guía me hacía avanzar, con pasos vacilantes y forzados, entre obstáculos invisibles. A veces mis pies tropezaban con algún objeto, pero la mano que me sujetaba lograba evitar la caída. En un determinado momento tuve la impresión de subir por un plano inclinado, que basculó brutalmente haciendo un ruido añadido. En medio de semejante jaleo e inestabilidad, empecé a sentir aprecio por la mano que me sujetaba. Súbitamente, una parada y una voz, ambas bruscas, me sobresaltaron de nuevo.

—¿Quién va?

—Un hombre libre y de buenas costumbres, que pide el paso por la columna de mediodía [una fila longitudinal de sillones reservada a los Compañeros y a los

Maestros] —contestó mi guía.

—¡Que pase! —Y la marcha prosiguió en medio de la misma cacofonía. Pero ya no había obstáculos. Luego hubo una nueva parada, súbita, seguida de un silencio.

—Señor —oí tras unos instantes—, el viaje simbólico que acaba de realizar representa la vida humana. El ruido que ha oído, las pasiones que la agitan. Los obstáculos con los que ha tropezado, las dificultades que el hombre sufre y que no puede vencer o superar si no adquiere la energía moral que le permite luchar contra la mala fortuna, especialmente gracias a la ayuda que encuentra en sus hermanos masones. Ahora pasará la prueba del aire.

Me quitaron la cuerdecilla del cuello, pero no la venda. Un soplo violento barrió mi cara y me hizo retroceder. Evoqué la primera inspiración y la primera mueca del recién nacido. El que presidia volvió a tomar la palabra.

—El soplo impetuoso del interés general y de la evolución histórica provoca el hundimiento del egoísmo natural y de las teorías personales mal argumentadas.

Y después de otro silencio la voz dio una nueva orden.

—Hermano Experto, haga emprender al postulante su segundo viaje.

Aún cegado por la venda, nuestra peregrinación siguió en medio de un ligero sonido metálico, pero, aunque los cambios de dirección eran frecuentes, me daba la impresión de que el suelo ya no estaba sembrado de obstáculos y de trampas.

Otra vez me detuvo un «¿quién va?» brutal.

—Un hombre libre y de buenas costumbres que pide el paso por la columna del norte [la de los Aprendices].

—¡Que pase!

Nuestra marcha continuó hasta una nueva pausa.

—Señor, durante este segundo viaje ha encontrado menos dificultades. Los obstáculos se van allanando bajo las pisadas del hombre que persevera en los senderos de la virtud.

Pero no está todavía liberado de los combates de la vida, representados por el ruido de espadas que ha oído. Va a pasar de inmediato por la prueba del agua.

Mi guía me cogió la mano derecha y derramó agua fría sobre ella. ¿Eran las aguas originales de las cuales nace toda vida? ¿Las aguas que preceden y acompañan al niño que está a punto de nacer? Se oyó otra vez la voz del Maestro.

—Que esta agua limpie las fantasías de su imaginación de la misma manera que Hércules limpió las cuadras de Augías. Que le lleve a la pureza de intenciones y a la lucidez. Hermano Experto, acompañe al candidato en su tercer viaje.

En un silencio total, recorrimos un camino rectangular a paso lento, pero seguro. De regreso, según me pareció, al punto de salida, el Venerable volvió a iluminarme.

—Señor, en el transcurso de este viaje no ha oído ruido alguno. Eso simboliza el hecho de que, si perseveramos resueltamente en la virtud, la vida llega a ser tranquila y apacible. Va a pasar por la última prueba, la del fuego.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. El Experto agarró mi puño derecho desnudo, extendió mi brazo dejándolo en posición horizontal y paseó una llama por debajo de mi antebrazo. Ante el ardor del fuego, intenté retirar la mano, pero estaba firmemente sujeta. Percibí el olor a pelo quemado, y ya me agarrotaba, temiendo una nueva prueba de este tipo, cuando oí de nuevo la voz.

—Señor, las llamas que le han quemado son el complemento de su purificación, garantía de la fidelidad y de la firmeza de sus compromisos. Que enciendan también en su corazón la amistad fraternal que, de ahora en adelante, le unirá a los miembros de esta noble asamblea. Antes de entrar en este templo, ha llamado tres veces a la puerta. He aquí el significado de ese rito: Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. ¿Persiste usted en el propósito de pedir su ingreso en nuestra logia?

—Sí —respondí, visiblemente agotado.

—Entonces, hermano Experto, lleve a nuestro postulante al patio, a fin de prepararlo para recibir la Luz.

Ya fuera, el Experto me ayudó a vestirme correctamente y, siempre con los ojos vendados, me hizo pasar de nuevo por la puerta baja. En el umbral fui interpelado una vez más.

—Señor, puede que tenga enemigos. Si se los encuentra en nuestra asamblea, ¿estaría usted dispuesto a tenderles la mano y a olvidar el pasado?

—Sin lugar a dudas.

—¡Dad la Luz al neófito!

Alguien, detrás de mí, me quitó rápidamente la venda y la luz intensa de las antorchas que iluminaban aquella inmensa sala rectangular me deslumbró. Brillaba sobre todo el fondo, donde el Venerable Maestro, de pie tras un pequeño escritorio situado sobre un estrado, tenía encima un triángulo luminoso. En los laterales de la sala, dos filas de hombres, con mandiles y cordones azules, formaban un haz de espadas brillantes que me apuntaban. Entonces el Venerable se dirigió a mí, mirándome de frente.

—Hermano, estas espadas están aquí para recordarle las sanciones que su perjurio podría acarrear; pero también para que sepa que los hermanos de esta logia están dispuestos a defenderle frente a las dificultades de la vida.

Muy sonrientes, los hermanos bajaron sus espadas, las posaron y se dieron las manos, cruzándolas ante el pecho.

—Como ve, el aspecto de esta asamblea ha cambiado mucho. Sólo verá hermanos que forman una cadena de unión que simboliza la unión de todos los hermanos repartidos sobre la faz de la tierra. Mire a ver, y si descubre a algún enemigo entre nosotros, cumpla su promesa. Pero no siempre se encuentra a los enemigos frente a frente. En general, los más temibles se encuentran detrás de uno. Vuélvase.

Obedecí y me encontré frente a frente con un colega y amigo, cuya condición masónica ignoraba. Rebosante de alegría, me besó tres veces, dándome así mi primer

abrazo fraterno. Me sentí muy contento de encontrarme con una cara conocida en aquella misteriosa asamblea. Este amigo me acompañó al pie del estrado del Venerable y me presentó los compromisos, que, por lo emotivo de la iniciación, firmé sin leer.

A continuación, el Venerable me pidió que reparara en las «tres grandes luces» —la Escuadra, el Compás y el Libro de las Constituciones— que ornaban el mismo pequeño escritorio donde se había depositado mi juramento definitivo. Y añadió:

—En la logia aprenderá que ninguna verdad es indiscutible y que ninguna creencia está al abrigo de la duda.

Hizo que me acercara. En su mano izquierda sujetaba una espada y en la derecha un mazo. Lentamente, uniendo el gesto a la palabra, me dijo «yo te creo», mientras golpeaba con el mazo sobre la hoja de la espada, que posó sobre mi cabeza. Luego repitió el golpe sobre el hombro izquierdo: «Yo te constituyo». Y, por fin, sobre el derecho: «En nombre del Gran Arquitecto del Universo, yo le recibo como Aprendiz en nuestro taller». Me ciñeron los riñones con un mandil de cuero blanco mientras me advertían de que, en mi grado, el peto debía permanecer levantado. Me pidieron que me pusiera unos guantes blancos que —junto con el mandil— debía lucir en todas las «tenidas» (reuniones) de la logia. Guiando mis manos, un hermano me enseñó la pulida Piedra Bruta con cincel y mazo, para así hacer de mi mismo, durante el grado de Aprendizaje, una Piedra Tallada. Ambas piedras se encontraban a cada lado de la bandeja del Venerable, y éste ubicado en el oriente del templo. Me enseñó el apretón de manos o Toque, que consiste en presionar tres veces con el pulgar la primera falange del dedo índice de la persona a la que se saluda, con el fin de ser reconocido por mis hermanos. A continuación, me comunicó la palabra sagrada, jakin. Al ser preguntado por ésta, tenía que contestar imperativamente: «No sé leer ni escribir. Solamente puedo deletrear. Dígame la primera letra, le diré la segunda». También recibí la contraseña —Tubalcaln— y la palabra semestral, que cambia cada medio año. Finalmente, me dieron el cuaderno de instrucciones de primer grado y una rosa para la mujer que más quisiera.

Me llevaron al occidente, cerca de la entrada del templo, y me percaté de que esa puerta no era baja, como me habían hecho creer durante la iniciación. Los dos Vigilantes que la custodiaban me recibieron con un abrazo fraterno, precedido por tres golpes con la mano derecha sobre mi hombro izquierdo. Después, me volvieron a llevar al oriente, ante el Venerable, que me proclamó miembro activo de la logia, lo que desencadenó una salva de tres aplausos (batería) por parte de todos los hermanos, seguida de la triple proclamación: «¡Libertad, igualdad, fraternidad!».

El Venerable volvió a tomar la palabra.

—Tras haber superado victoriosamente todas la pruebas, su valor moral te eleva por encima de lo común. A partir de ahora, verdaderamente libre y digno de la categoría de iniciado, dominará los acontecimientos más crueles. Nos queda preguntarle si acepta el tuteo, como es costumbre entre los hermanos de nuestra logia.

Acepté y me devolvieron el anillo, el reloj y la cartera, no sin avisarme de que las riquezas no son necesarias para el progreso del hombre y hasta pueden oponerse a él. Y me llevaron a mi sitio, a la cabeza de la columna del norte, es decir, la de los hermanos situados en ese lado del templo (los Aprendices se colocaron en la primera fila, los Maestros en la segunda).

Antes de clausurar los trabajos, el Venerable me dirigió una breve exhortación, incitándome a penetrar más profundamente, mediante la constancia y el trabajo, en los misterios de la orden, dándome a entender que en pocas horas me habían dado sobre qué meditar durante el resto de mi vida. Tras haber actuado intensamente en el psicodrama que acababa de representarse, era consciente de haber percibido sólo una parte ínfima de la significación de los símbolos presentados a mis sentidos y a mi espíritu. No pude fijarme ni en el impresionante decorado ni en la fisionomía de los hermanos que me acogieron nada más recibir la Luz. Desde el momento en que crucé la puerta de esa sala de espera desprovista de carácter, todo había sido inesperado y conmovedor durante el largo recorrido de aquel túnel oscuro. Fue entonces cuando el Venerable cogió mi testamento, lo rasgó con su espada y lo quemó.

—Al destruir este testimonio de tu pasado, manifestamos la confianza que depositamos en tu porvenir: entrego tu testamento a las llamas purificadoras.

Luego me informó de que debía guardar silencio, a lo largo de un año, durante los trabajos de los Maestros y Compañeros. ¡Algo que me decepcionó, puesto que estaba convencido de que tenía cosas muy interesantes que decir! Por último, me dijo que estaba obligado asistir a una tenida cada quince días, salvo excusa válida presentada al Venerable.

Éste ordenó constituir la cadena de unión e inmediatamente todos los hermanos se reunieron en circulo en el centro de la logia, con los hombros pegados y las manos cruzadas sobre el pecho y enlazadas con las de los vecinos. El Venerable y los hermanos gritaron «¡Libertad, igualdad, fraternidad!» mientras sacudían, simultánea y vigorosamente, las manos de arriba abajo. El Venerable habló:

—Hermanos, nuestro egrégoro [el alma del grupo] está constituido y debemos promover en el mundo profano las verdades que hemos adquirido en la logia.

Una vez que hicieron circular la «bolsa de propuestas» (para reuniones posteriores) y el «tronco de la viuda» (cuestación para los hermanos en dificultades o para sus familias), el Venerable dio un golpe de mazo sobre su bandeja, imitado enseguida por el primer y el segundo Vigilantes.

—Hermano Vigilante primero, ¿hasta qué hora trabajan los masones?

—Hasta medianoche.

—¿Qué hora es, hermano Vigilante?

—Medianoche.

—Ya que es la hora del descanso, hermanos primer y segundo Vigilantes, invitad a los hermanos que forman vuestras columnas a unirse a vosotros y a mí, para

clausurar los trabajos de la Respetable Logia La Perfecta Unión, en el grado de Aprendiz y en la forma acostumbrada.

Ambos Vigilantes ejecutaron la orden en la forma prevista. Luego, los tres personajes dieron, por turno, tres golpes de mazo sobre sus bandejas. Bruscamente, el Venerable se levantó y, seguido por toda la asamblea, exclamó:

—A mí, hermanos, por la señal, la batería y la aclamación. Todos, saludando hacia el oriente, con la mano derecha situada bajo la garganta, formaron una escuadra. Primero en un hombro y luego en otro, y luego en forma vertical, se dieron tres golpes con la mano y dijeron con fuerza: «¡Libertad, igualdad, fraternidad!».

—Los trabajos —dijo el Venerable— quedan clausurados. Retirémonos en paz, hermanos, según la ley del silencio.

Uno a uno los hermanos se dirigieron al occidente de forma ordenada, y haciendo de nuevo el signo de la escuadra al pasar delante del oriente, salieron del templo.

Nos reunimos en el patio en un ambiente cordial y todos me felicitaron con un afectuoso abrazo por haber recibido la Luz. A continuación bajamos a la «sala húmeda» situada bajo el templo, donde tuvo lugar un bullicioso ágape con alegres brindis a mi salud para celebrar mi admisión, lo que me convirtió en un auténtico iniciado: «había pasado del mundo profano al mundo sagrado» reservado a una élite. Ya me sentía integrado en el egrégoro. Tras la solemnidad de la iniciación, las palabras festivas y relajadas de mis vecinos de mesa me recordaron a las de las salas de guardia y, felizmente, estaba acostumbrado a ellas. Se criticó la religión más de una vez, ¡en nombre de la sacrosanta tolerancia! Me enteré de que, si bien los platos los servían los hermanos, estaban confeccionados por las mujeres de algunos de ellos, encerradas en la cocina.

Bien entrada la noche, entregué mi rosa a Claude, mi enfermera instrumentista, que se había convertido en mi confidente desde que el tribunal me ordenase abandonar el domicilio conyugal y a mis tres hijas, y de que su marido la acusase, de manera injusta, de cometer adulterio. El mismo tribunal, considerando que mis ingresos eran propios de Creso, me había impuesto una pensión alimenticia que sobrepasaba ampliamente mis posibilidades financieras, y tuve que recurrir esa decisión inicua.

Afortunadamente, yo traía de París las técnicas más modernas, por lo que mi clientela aumentó rápidamente y pude conseguir créditos en los bancos. Llevaba ya cuatro años practicando todas las formas de contracepción, y también ejerciendo la sexología —en la que por entonces no había especialistas—, cuando la objetividad científica me obligó a constatar sus primeras consecuencias perniciosas, especialmente en los jóvenes solteros. La promiscuidad sexual tenía consecuencias que, para mí, eran imprevisibles: frigidez en las chicas e impotencia en los chicos cuando mantenían relaciones precipitadas sin un amor lo suficientemente maduro y sin el flirteo previo habitual en los de mi generación, así como el recrudecimiento de las enfermedades de transmisión sexual, fuente de esterilidades dramáticas. Sin

embargo, mis compromisos filosóficos no me permitían confesar públicamente estos hechos. Además, continuaba siendo partidario de la libertad de costumbres y alegaba como justificación de aquellos efectos malignos el mal uso que se podía hacer de ella. Tampoco lo comenté en la organización Planificación Familiar, de la cual era miembro, ya que temía no ser «políticamente correcto».

Por fortuna los médicos generalistas iban tomando el relevo en lo relativo a la contracepción, y podía concentrarme, añadida a mi actividad quirúrgica habitual, en la práctica de las esterilizaciones. Realizaba muchas esterilizaciones femeninas por laparoscopia, que en teoría eran ilegales, porque la ley francesa las consideraba como «mutilaciones voluntarias». Pero yo las reservaba a las mujeres de más de treinta y cinco años con al menos cuatro hijos. Las masculinas eran mucho menos frecuentes, aunque mucho más sencillas. Los señores temían que tocáramos sus «asuntitos», pero, por supuesto, no tenían los mismos escrúpulos cuando se trataba de sus esposas.

Naturalmente, durante un año asistí a las dos reuniones mensuales de mi logia. Poco a poco me iba familiarizando con el marco del templo, con su pavimento en forma de mosaico y su bóveda estrellada en el techo, con el sol y la luna suspendidos sobre la bandeja del Venerable, sin olvidar, claro está, los ritos del grado de Aprendiz, sobre todo cuando se abrían los trabajos: la función del Retejador, el reconocimiento mutuo en el patio mediante toques, señales y palabras para evitar la entrada de profanos en el templo… Lo mismo que la vestimenta, también en el patio: mandil y cordón azules para los Maestros, blancos para el resto, y guantes blancos para todos. Y luego, la entrada solemne, uno a uno. Primero, «a la orden», de pie, frente al oriente, con la mano derecha bajo la garganta, los cuatro dedos juntos y el pulgar separado en forma de escuadra, el brazo izquierdo extendido a lo largo del cuerpo. En segundo lugar, la marcha. A la orden del Venerable, con el cuerpo ligeramente retraído, el hermano da tres pasos hacia adelante, empezando con el pie derecho y formando escuadra, juntando los talones en cada paso. Por último, la señal de la escuadra frente al Venerable.

Cuando cada uno estaba en su sitio, en las columnas, evitando cruzar en diagonal el pavimento de mosaico, el Venerable daba un golpe de mazo, que era repetido por dos Vigilantes:

—Hermano primer Vigilante, ¿sois masón?

—Como tal me reconocen mis hermanos. —Hermano segundo Vigilante, ¿qué edad tenéis?

—Tres años [es la edad del Aprendiz].

—Hermano primer Vigilante, ¿cuál es el primer deber de un Vigilante en la logia?

—Venerable Maestro, asegurarse de que el templo esté retejado [cerrado y protegido de los profanos].

—Asegúrese de que es así con el hermano Retejador [portero].

Tras un conciliábulo con el Retejador, éste proclamaba:

—El templo está retejado. Venerable Maestro.

—Hermano segundo Vigilante, ¿cuál es el segundo deber de un Vigilante en la logia?

—Venerable Maestro, asegurarse de que todos los hermanos presentes sean miembros activos del taller o visitantes conocidos.

El Venerable daba un golpe e impartía nuevas órdenes.

—En pie y a la orden, hermanos. Hermanos primer y segundo Vigilantes, aseguraos de que todos los hermanos que forman vuestras columnas son miembros regulares del taller o visitantes conocidos.

Los dos Vigilantes recorrían las columnas a grandes pasos, desde occidente hacia oriente, verificando la fisonomía de cada uno, intercambiando sus observaciones en voz baja, hasta regresar a occidente. Entonces, el primer Vigilante daba un golpe y hablaba.

—Venerable Maestro y hermanos todos en vuestros grados y dignidades, los hermanos que forman una y otra columna son miembros regulares de la logia o visitantes conocidos.

—Lo mismo ocurre hacia oriente (puede haber visitantes de categoría invitados por el Venerable, que son colocados en un estrado).

—Hermano primer Vigilante, ¿a qué hora inician los masones sus trabajos?

—A mediodía.

—¿Qué hora es, hermano segundo Vigilante?

—Es mediodía.

—Puesto que es la hora del trabajo, hermanos primer y segundo Vigilantes, invitad a los hermanos de vuestras columnas a unirse a vosotros y a mí, para iniciar los trabajos de esta respetable logia La Perfecta Unión del Oriente de Rennes, en el grado de Aprendiz y en la forma acostumbrada.

El llamamiento era repetido por los dos Vigilantes. Después, los tres personajes daban, por tumo, los tres golpes simbólicos y el Venerable decía:

—A mí, hermanos, por la señal, la triple batería y la aclamación [ritos ejecutados por toda la asamblea]. Se abren los trabajos; tomad asiento, hermanos.

Solamente entonces comenzaba la escucha silenciosa de los trabajos o «planchas» de uno u otro de los Compañeros o Maestros, sentados en el estrado del orador.

Al principio me costaba trabajo no poder expresarme. Algunas afirmaciones de los oradores me parecían criticables, pero me di cuenta de que les escuchaba cada vez mejor a medida que me iba tentando menos preparar una respuesta antes de que terminaran sus planchas, tendencia tan extendida en el mundo profano. Además, iba apreciando progresivamente el «método masónico», que consiste en prohibir que se interrumpa a quien tiene la palabra, además de no poder responderle directamente, sino a través del Venerable y, en fin, limitarse a tres interpelaciones sobre el mismo tema. El peligro está en llegar a ser, como se dice ahora, excesivamente proclive al consenso, tanto más cuanto que la presencia de los más antiguos invita a la prudencia, para no poner en peligro una posterior promoción. Me sorprendió que una plancha,

por buena que fuera, no fuese nunca seguida de aplausos, sino de una síntesis que efectuaba el hermano Orador. El Orador, junto con el hermano Secretario, forma parte de los oficiales de la logia, denominados las «Cinco Luces».

Constaté sin sorpresa que las tenidas para el grado de Aprendiz, las más frecuentes, se celebraban en la Logia Azul, así denominada por el color azul de la decoración y de los mandiles. Más me sorprendió enterarme de que Logia Azul era sinónimo de Logia de San Juan, y que ciertas tenidas se celebraban de manera más solemne en los solsticios de primavera y de invierno, festividades de San Juan Bautista y San Juan Evangelista, de los cuales yo no sabía absolutamente nada.

Asiduo y buen observador del ritual, fui propuesto para el grado de Compañero al cabo de un año. Se me pidió que preparara mi primera plancha, mi primera disertación, y elegí como tema *La agresividad, origen de la guerra*: comparaba la agresividad animal, que respeta en general la vida de los miembros de la especie, con la agresividad de los humanos, que es prácticamente la única que no respeta esta ley natural, hasta llegar al genocidio y a la legalización de la pena de muerte, contra la cual yo militaba ya, siguiendo a Robert Badinter, colaborador íntimo de François Mitterrand.

VENERABLE MAESTRO, SOCIALISTA… Y PRACTIQUÉ ABORTOS

LA PRUEBA debió resultar concluyente, pues me convocaron rápidamente para iniciarme en el grado de Compañero el 4 de abril de 1971. Fui interrogado, primero, sobre mis conocimientos masónicos.

—¿Es usted masón?

—Mis hermanos me reconocen como tal.

—¿Cuáles son los principios de la masonería?

—La tolerancia mutua, el respeto a uno mismo y a los demás, la libertad absoluta de conciencia y la búsqueda de la verdad, a condición de que nadie tenga la pretensión de alcanzarla o de conocerla con certeza.

—¿Cómo se hace la señal?

—Por escuadra, nivel y perpendicular (hice el gesto).

—¿Qué significa?

—Que prefiero que me corten la cabeza antes que revelar los secretos que me han sido confiados.

—¿Por qué el triángulo es nuestro emblema?

—Porque reúne tres en uno, porque es la figura primordial de la geometría y porque, puesto que sirve para medir las mayores distancias, es una de las bases de la ciencia.

—¿Qué significan el triángulo luminoso colocado en el oriente, detrás del Venerable, y el ojo que hay en su interior?

—Este triángulo es el emblema de la ciencia, que ilumina e iluminará cada vez más a los hombres. El ojo abierto simboliza la conciencia que dirige, la sabiduría que observa y que prevé el principio del bien, que fija el mal para vencerlo. Evoca la Luz que debe disipar las tinieblas, en las cuales se debate todavía la atormentada humanidad.

—¿Qué hace falta para que una logia sea justa y perfecta?

—Tres la dirigen; cinco la iluminan; siete la hacen justa y perfecta; es decir, hacen falta siete miembros, por lo menos, para que la logia trabaje de forma regular.

—¿Qué edad tiene?

—Tres años.

—¿Qué ambiciona?

—Aspiro al honor de ser admitido entre los Compañeros.

Quedé algo decepcionado por la iniciación que siguió, mucho menos espectacular que la primera. Consistía, por una parte, en el enaltecimiento de los cinco sentidos, del arte, de la ciencia y de la humanidad, y en la glorificación del trabajo: con desplazamientos por la logia, ciertamente, pero sin venda en los ojos y sin obstáculos.

Por otra parte, se procedía a conocer el significado de ciertos símbolos, en particular la letra G (geometría, gravitación, generación, genio y gnosis) y la estrella flamígera de cinco brazos, astro del pensamiento libre y símbolo del hombre erguido, dominador del cosmos mediante su inteligencia y su voluntad. Me bajaron el peto de mi mandil y aprendí la señal (escuadra que parte del pecho, significando que estaba dispuesto a que me arrancaran el corazón antes que traicionar el secreto), las palabras y los toques de mi nueva edad: cinco golpes sobre el índice, cinco años.

Sin embargo, sentí de inmediato que estaba realmente integrado en la logia, que tenía derecho a expresarme, y me sentí tratado de igual a igual por los Maestros. Después, en los días siguientes, comencé a charlar libre y amistosamente con el Venerable Maestro, y a frecuentar su imprenta para comentar los chismes que corrían por la ciudad.

Durante una de esas visitas le hablé de las dificultades financieras por las que atravesaba a causa de la excesiva pensión alimenticia que soportaba desde hacía tres años, sin que ni siquiera se conmoviera mi abogado, que establecía sus honorarios en función de mi condición de bien situado cirujano de una clínica privada. El Venerable me confió en secreto que uno de los presidentes del tribunal de apelación que debía juzgar mi divorcio era hermano nuestro, pero que por razones de discreción no venía a nuestras reuniones, sino que frecuentaba la logia de una ciudad cercana. Contactó con él y, contraviniendo las normas vigentes en Francia, el juez me recibió en su casa, donde mantuvimos una larga conversación privada. Estudió mi expediente, me aconsejó sobre mi defensa y me garantizó su apoyo.

Ese mismo año entré en el Partido Socialista Francés, que Francois Mitterrand acababa de refundar, y me sorprendió encontrar a tantos católicos afines al marxismo. Había muchos bretones que habían pasado de un catolicismo tradicional y rígido al socialismo ¡e incluso al comunismo dogmático! Hice una plancha notable sobre Los orígenes de la vida, en la que criticaba el creacionismo de numerosas religiones. Defendí las teorías de Jacques Monod y del soviético Oparin, que sostienen el origen químico aleatorio de la vida, al tiempo que la evolución me parecía fruto del azar y de la selección natural. Conforme al ritual, nadie me aplaudió en la logia, pero fueron muchos los que se me acercaron durante el ágape para felicitarme, y el Venerable me informó de que no tardaría en llegar mi iniciación al grado de Maestro.

Ocho meses más tarde fui convocado para esa ceremonia, que tanto deseaba. Igual que para la primera iniciación, tuve que esperar ante la puerta del templo, con el hermano Experto, y llamar cinco veces, como correspondía a mi grado.

El primer Vigilante anunció:

—Muy Respetable (título que corresponde a los diferentes grados, desde el de Venerable hasta el de gran maestre), llama a la puerta del templo un Compañero.

Intervino el segundo Vigilante:

—Es el hermano Maurice Caillet, que desea hacer su examen de maestría.

—Hacedle entrar.

Por supuesto, mi entrada debía respetar el signo de la orden, los cinco pasos de mi grado y el saludo al Muy Respetable, mediante el signo de la escuadra de Compañero.

—Hermano, no podemos concederos el aumento de salario sin asegurarnos antes de que estáis en posesión de los signos masónicos de vuestro grado actual. Sentaos.

El Muy Respetable comprobó que había asimilado correctamente la «instrucción para el segundo grado simbólico» y la «Constitución» que se me había entregado. Al parecer, había captado el sentido de los símbolos principales, y era consciente de su carácter relativo, pues cada hermano era libre en su interpretación.

El Muy Respetable se dirigió a mí.

—Hermano Maurice, vais ahora a retejar el templo (salir al patio) y los Maestros van a estudiar vuestras respuestas. Hermano Maestro de ceremonias, acompañad al candidato.

Tras pasar un rato en el patio, el Maestro de ceremonias me introdujo de nuevo en el templo. Me sorprendió comprobar que lo habían transformado rápidamente. Por todas partes había colgaduras negras adornadas con calaveras, el estrado del Muy Respetable, el debir, estaba cubierto por un velo negro y en medio había un ataúd también cubierto por tela negra, ante el cual me condujeron. El Muy Respetable volvió a hablar.

—Me alegra comunicarle que los Maestros le han considerado digno de ser promovido a la maestría. Vamos a iniciarle en este grado, en esta Cámara del Medio. La solemne ceremonia que estáis contemplando conmemora el fin trágico de un gran arquitecto que, según una leyenda aceptada por todos los francmasones, habría sido el precursor de la masonería. De acuerdo con esta leyenda, transmitida de forma oral durante muchos siglos, Hiram Abi, célebre arquitecto, fue enviado al rey Salomón por el rey de Tiro para que dirigiera las obras del Templo de Jerusalén. Hiram dividió a sus obreros en tres categorías: Aprendices, Compañeros y Maestros; para que se reconocieran entre ellos, les indicó las palabras, las señales y los toques correspondientes a cada categoría, con excepción de la palabra sagrada y de las señales de los Maestros, y nosotros los utilizamos todavía hoy. Tres malos Compañeros, viendo que se acercaba el final de las obras y no lograban obtener su grado de maestría, conspiraron para arrancarle a Hiram, mediante violencia y amenazas, las palabras, la señal y los toques de Maestro. Para ello, se emboscaron cada uno en una de las tres salidas del templo, mientras el arquitecto, tras marcharse los obreros, inspeccionaba los trabajos.

En ese momento, tres Maestros ataviados con el mandil de Compañero se colocaron de la siguiente manera: el primero, armado con una regla, en occidente: el segundo, armado con una escuadra, al norte: y el tercero, armado con un mazo, en la entrada del debir, mientras el Maestro, que representaba a Hiram, se situó en el centro del templo.

Ante mí estaba teniendo lugar una representación que forma parte de cada ceremonia ritual.

En ella, el Muy Respetable proclama:

—Hiram ha terminado su visita y quiere salir por la puerta de occidente.

Entonces Hiram, viendo que el primer Compañero le cierra el paso, le pregunta:

—¿Qué quieres? ¿Por qué no has seguido a los demás Compañeros?

—Hace ya demasiado tiempo —responde— que soy Compañero: quiero ser Maestro como tú. ¡Dame las palabras, la señal y los toques de Maestro!

—Te los daré cuando el Consejo de Maestros lo decida.

—No —exclama el mal Compañero, que intenta golpearle con su regla, ataque que Hiram desvía. El golpe cae con fuerza sobre el hombro del Maestro.

El Muy Respetable grita entonces:

—¡Hiram huye hacia la puerta norte, tratando de salir del templo!

El segundo Compañero repite las mismas palabras que el primero e Hiram le opone idéntico rechazo:

—Serás recibido entre los Maestros cuando la traición y el crimen sean honrados.

Y su adversario le asesta un golpe de escuadra en la nuca.

El Muy Respetable continúa:

—Debilitado por las heridas. Hiram trata todavía de huir por la puerta de oriente. Llega tambaleante ante el tercer Compañero, que reitera la petición de los dos primeros.

Hiram rehúsa:

—Antes la muerte que violar el secreto que me ha sido confiado.

El Compañero golpea violentamente con su mazo la cabeza de Hiram, que se desploma tras la cortina. El Muy Respetable sigue narrando:

—Para esconder el cuerpo de su víctima, los tres asesinos le llevan fuera de la ciudad y lo entierran en un lugar alejado. Al día siguiente, la desaparición del arquitecto y los rastros de sangre descubiertos en el templo revelan el crimen. Los Maestros se citan en su lugar de reunión, que cubren con colgaduras negras, y tras haber dado rienda suelta a su dolor, juran no parar hasta encontrar el cuerpo de su desgraciado jefe y darle la sepultura que merece.

Y la representación continúa:

—La búsqueda de los Maestros —dice el Muy Respetable— ha resultado vana. Compañeros, buscad el cuerpo de Hiram, Venerable hermano Gran Experto, invita al Recipiendario y a dos Maestros para que les acompañen y registren los cuatro puntos cardinales.

Ellos rodean lentamente el templo.

—Muy Respetable, nuestra búsqueda ha resultado vana.

Tras ordenar el Muy Respetable dos exploraciones más del templo, el Experto anuncia delante del ataúd:

—Me parece ver un montículo donde la tierra ha sido removida recientemente. Sobre ese montículo vislumbro una rama de acacia.

El primer Vigilante dice:

—Seguramente esta rama de acacia ha sido plantada sobre este montículo por los asesinos de Hiram para reconocer el lugar donde han escondido su cadáver. Compañeros, arrancad esta rama de acacia. Conservadla después en la mano.

El Muy Respetable interviene:

—Hermanos, antes de proseguir nuestra búsqueda, como es posible que los asesinos hayan arrancado a Hiram la palabra sagrada y la señal de Maestro, propongo vuestro acuerdo para que la primera señal y la primera palabra que se pronuncie al descubrir el cadáver de Hiram, sean a partir de ahora la señal y la palabra sagrada de Maestro. Removed, pues, esta tierra, hermanos.

El paño mortuorio que cubre el ataúd es retirado y los hermanos encargados de la búsqueda hacen un signo de horror (con los brazos levantados y las manos unidas por encima de la cabeza). El Gran Experto finge tocar el contenido del ataúd y exclama en tono doloroso:

—Mac Benah, ¡la carne abandona los huesos! —exclamación que repiten tos dos Maestros acompañantes—. He aquí —clama— el cadáver de nuestro Maestro Hiram. ¡Gimamos! ¡Gimamos! ¡Gimamos!

Y la exclamación es compartida por todos los Maestros. El Muy Respetable toma de nuevo la palabra:

—Hermanos, pongamos fin a nuestro dolor. La acacia que nos queda será para nosotros un signo de reconocimiento. Es el emblema de las sociedades humanas que, después de haber sufrido una fuerte opresión, se sienten revivir por la libertad. Hermano Maestro de ceremonias, conducid al Recipiendario a su lugar y que deposite la acacia (en realidad, una hoja de mimosa sin flor).

Una vez concluida la representación, la cortina que escondía el debir se levantó y éste apareció resplandeciente de luz. El Muy Respetable dijo:

—Compañero, ha llegado el momento de explicaros la enseñanza moral que se esconde tras las alegorías de la leyenda de Hiram. Hiram representa al hombre justo, que cumple con su deber incluso con peligro de su vida. Es, también, el gran trabajador, el artista poderoso, el hábil y sabio organizador, que pervive en sus obras. Hiram renace en sus discípulos y, de manera particular, en los nuevos Maestros iniciados. Importa mucho, pues, que cada uno se aplique en el perfeccionamiento de la humanidad. Los esfuerzos para conseguir el bien no se desperdician nunca y el progreso se verifica a través de los siglos gracias al trabajo de los sabios que nos han precedido. Los tres malos Compañeros representan tres vicios reprobables: la ignorancia, el fanatismo y la hipocresía. Los tres Maestros que, en unión de esfuerzos, han encontrado el cadáver de Hiram tras laboriosas búsquedas, representan las virtudes opuestas a estos tres vicios: el trabajo incesante, la más amplia tolerancia

y la perfecta lealtad. Demuestran, al mismo tiempo, la eficacia de la unión, de la perseverancia y de la disciplina libremente aceptada.

Al llegar a ese punto, el Muy Respetable hizo una pausa y me emplazó.

—Hermano Maurice, conocéis ya nuestros principios.

¿Deseáis trabajar con nosotros para el cumplimiento de nuestra obra y la realización de nuestros fines?

Hice un gesto afirmativo. El Muy Respetable prosiguió con el rito.

—En pie y a la orden. Venerables Maestros y hermanos míos. Compañero, extended vuestra mano derecha sobre la rama de acacia. Voy a leeros la fórmula de vuestro compromiso. Responderéis: «Lo prometo». Prometo instruirá los Compañeros y Aprendices para que trabajen en favor de la emancipación intelectual y moral de la humanidad. Prometo, además, no revelar a nadie los ritos del grado de Maestro.

—Lo prometo.

El Muy Respetable, elevando su espada sobre mi cabeza, añadió:

—En nombre y bajo los auspicios del Gran Oriente de Francia, potencia simbólica soberana, y en virtud de los poderes que me han sido conferidos, os recibo y os constituyo Maestro, para que gocéis de la plenitud de los derechos masónicos.

Dio entonces con el mazo los nueve golpes simbólicos sobre la hoja de su espada.

—Hermano Gran Experto, ¿queréis dar el abrazo al nuevo Maestro y, después, revestir al hermano Maurice Caillet con las insignias de Maestro?

El hermano Gran Experto me colocó el mandil de cuero blanco, bordado de azul, con las iniciales M. B. (Mac Benah) en el anverso y forrado de tela negra en el reverso, con una calavera. También me puso un chal azul de muaré, con una roseta roja de la que colgaba un joyel formado por una escuadra y un compás entrecruzados. El Experto me comunicó la consigna, Gabaón, y la palabra sagrada, Mac Benah. Después me dio un pequeño libro de «instrucción en el tercer grado simbólico». Finalmente me condujeron de nuevo al centro del templo, y el Muy Respetable, en pie, dio un golpe de mazo y dijo:

Venerables hermanos primero y segundo Vigilantes, invitad a los hermanos que forman vuestras columnas a reconocer desde ahora como Maestro al hermano Maurice Caillet y a aplaudir su aumento de salario por la batería de grado. A mí, hermanos, por la señal ordinaria [la mano derecha sobre la cadera izquierda, se lleva primero a la posición horizontal y después cae en vertical], la batería (tres series de aplausos) y la aclamación («¡H! ¡H! ¡H!»).

Y heme aquí convertido en Maestro, es decir masón, con todos los derechos masónicos, con capacidad para convertirme en Oficial de la logia, pudiendo visitar cualquier logia de Francia… ¡y llegar a ser, eventualmente, Gran Maestre de la Orden!

Todo ello me fue señalado por el Venerable Gran Orador, quien me precisó mi edad, siete años o más, y me entregó Le GITE, anuario secreto en el que figuraban

todos los puntos de encuentro masónicos en las principales ciudades de Francia. Me ofreció también una pequeña joya dorada, en forma de hoja de acacia, que podría llevar en la solapa para ser reconocido por mis hermanos. La clausura de la sesión se desarrolló según un ritual parecido al que ya conocía. El ágape fue regado con buen vino, como es costumbre, y después algunos hermanos me propusieron continuar la velada en los bares de la ciudad, como también era habitual. Pero no acepté la invitación, pues al día siguiente debía operar muy temprano.

En el año que siguió, el tribunal de apelación presidido por mi «hermano» se pronunció sobre mi divorcio ordenando costas compartidas, en lugar de ponerlas todas a mi cargo, y redujo la pensión alimenticia a la ayuda que debía prestar a mis hijos, que de todas formas quedaron bajo la custodia de mi exmujer (quien, entretanto, se había trasladado de Rennes a París).

Pude entonces casarme con Claude, con quien había compartido la pasión por el trabajo y la lentitud de unos procesos de divorcio bastante agitados. Claude, nacida en una familia muy piadosa, había sufrido mucho por el desafecto y el abandono de los suyos en el curso de un divorcio del que, a pesar de todo, ella no era responsable. Durante ese tiempo había procurado reprimir sus convicciones religiosas. Por otra parte, estando ambos divorciados y vueltos a casar, nuestra boda sólo podía ser civil. Esta boda, además, se completó en la logia con una ceremonia de «reconocimiento conyugal», que terminó con la famosa cadena de unión, que no incluye desgraciadamente a la desposada, ya que el Gran Oriente no admite en sus rituales a las mujeres.

La boda civil permitió, al cabo de algunos meses, que Claude recuperara a su hijo y yo a mi hija mayor, dos de nuestros cuatro vástagos, que habían manifestado su deseo de vivir con nosotros.

En 1973 nuestra logia se escindió en dos, para hacer frente a la avalancha de adhesiones, más de ochenta, que se produjo. Yo preferí entrar en la nueva y sugerí que se denominara Tradición y Progreso, lo que fue aceptado. Me propusieron convertirme en el Venerable de la logia, pero decliné la oferta, prefiriendo que en el primer año asegurara la transición un hermano con más antigüedad que yo (me enteré, después, de que estaba en el grado 33). Éramos una treintena de miembros distribuidos en tres grados. Fui elegido primer Vigilante durante el primer año. En ese mismo 1973 fui escogido como candidato a las elecciones cantonales de Rennes, representando al Partido Socialista, en el que había ingresado dos años antes. François Mitterrand vino a darnos su apoyo y me encontraba en la tribuna del mitin, junto a él, cuando nos enteramos de la muerte de nuestro hermano Salvador Allende, verdadero mártir de la democracia y de la masonería.

A principios del año 1974 Francia estaba muy agitada con la perspectiva de la elección del nuevo Presidente de la República.

Valéry Giscardd’ Estaing era el candidato de la derecha y, sin embargo, había incluido en su programa la mayoría de edad a los 18 años y la legalización del aborto.

Algunos de mis colegas y yo habíamos militado a favor de la supresión de la ley de 1920 que prohibía la práctica médica del aborto y condenaba a seis meses de prisión tanto al médico como a la mujer que participaran en ese acto. El facultativo, además, sufría por parte del Consejo del Colegio de Médicos, guardián de la deontología profesional y del juramento hipocrático, la prohibición de continuar ejerciendo. Hasta el aborto por razones médicas graves requería la intervención de una comisión especial de dicho Consejo, que generalmente daba una opinión negativa, prefiriendo salvar al feto en detrimento de la madre.

Al mismo tiempo, algunos organismos, como Planificación Familiar, entidad de la que yo formaba parte y que estaba presidida por el doctor Pierre Simón, Gran Maestre de la Gran Logia de Francia, señalaban que cada año se producían 300 000 abortos clandestinos en Francia, cuyo resultado eran numerosos accidentes e incluso muertes. Ciertamente, en el curso de mi ejercicio profesional tuve que deplorar algunos casos de peritonitis o de infecciones genitales graves, producto de las intervenciones practicadas por mujeres a quienes se denominaba «fabricantes de ángeles».

Desde su elección en el mes de mayo. Valéry Giscardd’ Estaing (o VGE, como se le denominaba de forma abreviada), tras el nombramiento de Jacques Chirac como primer ministro, tuvo como consejero personal a Jean-Pierre Prouteau, Gran Maestre del Gran Oriente de Francia, principal rama masónica francesa de tendencia laicista. En el Ministerio de Sanidad colocó a Simone Veil, jurista, antigua deportada de Auschwitz, que tenía como consejero al citado Pierre Simón, con el cual yo mantenía correspondencia. Los políticos estaban bien rodeados por los que llamábamos nuestros «Hermanos Tres Puntos», y el proyecto de ley sobre el aborto se elaboró con rapidez.

A principios de octubre fui elegido Venerable Maestro de mi nueva logia, por lo que ostentaba el cordón azul, símbolo de mi autoridad. Dirigía los trabajos, las cuestaciones y las iniciaciones. Como muchos de los candidatos en nuestra región estaban bautizados y tenían una formación católica de base, yo no dejaba de preguntarles si estaban dispuestos a cuestionar los dogmas de la Iglesia y a aceptar los principios masónicos de tolerancia, de apertura de espíritu y de laicidad. Igualmente me nombraron delegado en el convento, es decir, diputado representante de mi logia en la asamblea legislativa nacional del Gran Oriente, que no otra cosa era el tal convento.

Aprobada por el Consejo de Ministros en el mes de noviembre, la ley Veil fue ratificada en diciembre. ¡Los diputados y senadores masones de derechas y de izquierdas votaron como un solo hombre! El Tribunal Constitucional, ante el cual se interpuso recurso, confirmó el texto, que fue promulgado el 17 de enero de 1975.

Coherente con la posición que había tomado públicamente, hice saber mi intención de aplicar esta nueva ley, que yo había deseado con todas mis fuerzas y que se había preparado en las logias. Fui el primer médico que prestó este servicio en

Bretaña. Sin embargo, quise aplicar la ley al pie de la letra. No hay que olvidar que en su articulo primero hablaba del «respeto al ser humano desde el comienzo de la vida» y autorizaba la interrupción voluntaria del embarazo (IVE) en casos excepcionales y tras dos entrevistas disuasorias.

Ninguna estructura oficial había sido prevista para el cumplimiento de esos trámites, por lo que Claude, mi mujer y asistente, se encargó de escuchar a las jóvenes que solicitaban una IVE. Fue muy duro para ella, pues las solicitudes llegaban de todo el oeste de Francia, a razón de cuarenta diarias aproximadamente, y sólo excepcionalmente se fundaban en razones médicas válidas. En su gran mayoría, las razones eran sociales (rechazo del padre, pobreza, estrechez de las viviendas) y hubieran justificado soluciones psicológicas, sociales, materiales y financieras, pero no quirúrgicas. Se le reprochó que mostrara a las jóvenes, con un propósito disuasorio, embriones o fetos en diferentes estadios de desarrollo, conservados en frascos de formol, que procedían de embarazos frustrados de forma espontánea. La mirada angustiada de las victimas al entrar en el quirófano decía mucho sobre la desolación que las invadía al destruir el fruto de sus entrañas. Tras charlar con Claude, algunas desistieron en el último momento, ya en la mesa de operaciones y cuando el anestesista se disponía a dormirlas.

Yo utilizaba la técnica de la aspiración, que acababa de perfeccionarse. A pesar de mi ateísmo, pronto comencé a considerar odioso y antinatural este acto quirúrgico: bastaba con ver en el frasco de la aspiración los fragmentos de embriones o de fetos que ya tenían forma humana, aunque nunca sobrepasamos el límite legal de las diez semanas. El capellán de la clínica trataba de consolar a las jóvenes que tenían convicciones religiosas, y debo reconocer que su intervención era beneficiosa. El personal médico, con independencia de sus convicciones, experimentó el mismo rechazo que yo, aun cuando logramos limitar a una docena por semana el número de intervenciones. Comprendimos rápidamente que nuestra vocación y nuestra formación estaban dirigidas a cuidar y, de ser posible, a curar a los pacientes, no a matar a pequeños seres inocentes.

Tuve que hacer frente a la pequeña prensa local de inspiración católica y, al mismo tiempo, al Movimiento para la Liberación de la Mujer (MLF), que me reprochaba que no aceptara de forma indiscriminada todas las solicitudes que me llegaban. Mantuve polémicas bastante fuertes, entre otros, con el gran periódico nacional Le Monde, con mis propios asociados, que estaban descontentos conmigo, y con el profesor Jéróme Lejeune, descubridor del gen de la trisomía 21, al que yo consideraba un católico integrista y reaccionario.

Dado que tratábamos numerosos casos de esterilidad, nos indignaba igualmente constatar que una aberración del sistema legal nos permitía suprimir un feto, pero nos impedía poner en relación directa, humana, a una candidata al aborto y a una pareja estéril deseosa de adoptar a un niño. Por haberlo intentado, recibí una llamada del Fiscal de la República, amenazándome con la prisión si volvía a hacerlo. Por otra

parte, nos sorprendió la reacción negativa de la mayor parte de las mujeres ante la idea de continuar con el embarazo y dar su hijo en adopción una vez que hubiera nacido. Así que sentí alivio cuando el Centro Hospitalario Regional (público) decidió la apertura de un servicio destinado a la práctica de las interrupciones voluntarias del embarazo, y yo ya no tuve que practicar este acto nada más que por razones médicas graves, que de todas formas hubieran justificado mi intervención antes de la abolición de la ley de 1920, si yo hubiera tenido en conciencia la plena responsabilidad de hacerlo, como tenía la de decidir la operación de un cáncer agresivo que entrañara riesgo de fallecimiento sobre la mesa de operaciones. Ello formaba parte de mi quehacer cotidiano, y pienso que el legislador hubiera estado más acertado si se hubiese limitado a suprimir la ley de 1920. Pero en Francia se legisla por reacción, en un sentido y en otro, incluso para resolver situaciones que hubieran debido seguir siendo excepcionales.

Fue en aquella época cuando nuestra hija mayor nos pidió que interviniéramos a favor de una de sus compañeras de instituto, que, con diecinueve años, supo que estaba embarazada de más de cuatro meses. Para nosotros estaba fuera de cuestión que no podíamos intervenir en una gestación tan avanzada como ésa, aun sabiendo que se trataba de una joven sin recursos, huérfana de padre y de madre, y que el padre de la criatura pertenecía a los bajos fondos de nuestra ciudad. Buscamos la ayuda de organizaciones sociales y caritativas, pero no encontramos apoyo alguno. Como esta joven vivía con una amiga en una caravana sin calefacción, en pleno invierno, la acogimos en nuestra propia casa, donde permaneció dos largos años, al tiempo que retomaba y terminaba sus estudios. Hoy en día es una enfermera de reanimación muy apreciada, y ha educado sola a su hija.

A principios de 1975, el Gran Maestre del Gran Oriente de Francia, Jean-Pierre Prouteau, visitó las logias de Rennes y, junto a mi homólogo de La Perfecta Unión, tuve que acogerle y acompañarle, entre otros sitios, al periódico local, el más importante diario regional de Francia, Ouest-France, que, dirigido por Paul Hutin-Desgrées, fervoroso católico social, tenía una tirada diaria superior a seiscientos mil ejemplares. Habíamos convenido con el periodista encargado de hacer la entrevista al Gran Maestre que no serían desvelados los nombres de los venerables locales. A pesar de esta promesa, al día siguiente por la mañana me recibió en la clínica el fundador de nuestra consulta y me mostró mi fotografía en el periódico y el titular que decía: La francmasonería en Rennes. Me pidió que dimitiera inmediatamente, por el perjuicio que podía causar a la clínica en una región de mayoría católica. Le repliqué que mi actividad quirúrgica era la más importante del grupo, que mis posicionamientos públicos sobre la contracepción y el aborto no habían tenido la menor influencia negativa en ella y que yo nunca había criticado a nuestro tercer socio por acudir cada domingo a misa, de manera ostensible y con su misal en la mano.

Por lo demás, esta revelación no tuvo el menor impacto sobre mi clientela, y poco tiempo después un obispo de nuestra región insistió en que fuera yo quien le operara, a pesar de haber sido informado de mi condición por boca de mi fiel enfermera y asistente.

En esas fechas, los diecisiete médicos y enfermeras que trabajaban en la clínica me eligieron como director por un período de dos años. El hecho de ser Venerable me abrió determinadas puertas, y algunos masones de nuestra ciudad, que frecuentaban logias en otras poblaciones, acudieron a mí. Fue el caso de un profesor de la Facultad de Medicina y director del Centro contra el Cáncer de Rennes, miembro de una logia parisina, y del director provincial de la Caja de la Seguridad Social. Este último temía que se supiera públicamente que era masón, pues podían importunarle «hermanos» que solicitaran ventajas indebidas. Logré convencerle, sin embargo, de que entrara en mi logia. Exigió ser admitido bajo un nombre falso, el de su suegro, lo cual era contrario a los estatutos, como lo era el hecho de entrar en una logia que no estuviera en la ciudad donde se tenía el domicilio.

Comprendí entonces que las personas notables se encubren unas a otras.

Este mismo director de la Caja de la Seguridad Social, a quien presté alguna atención médica, me sugirió que cobrase en metálico y bajo mano honorarios libres de impuestos por algunas intervenciones marginales —por ejemplo, las esterilizaciones— que no figuraban oficialmente en la lista de prestaciones públicas, y que de manera ingenua yo facturaba como simples exploraciones laparoscópicas que cubría la Seguridad Social. Me sentí incapaz de seguir su consejo… y afortunadamente, pues luego supe que hubiera podido utilizar esas infracciones como elementos de chantaje contra mí.

Con el director del Centro de Transfusiones, el presidente del Tribunal de Apelación y algunas otras personas, celebrábamos cenas de postín durante las cuales proyectamos crear una «logia salvaje», que permitiera una acción más eficaz y más discreta en la vida de nuestra ciudad. Pero hubiéramos necesitado ser al menos siete maestros, y el proyecto no pudo realizarse.

La práctica del esoterismo masónico excitó abiertamente mi curiosidad con respecto a otras vías iniciáticas y diferentes ocultismos. El espíritu critico y racionalista que yo había sido se fue desvaneciendo ante el contacto reiterado con los rituales que constituían lo esencial de mi «espiritualidad» desde hacía seis años. Masones célebres fueron adictos a otras búsquedas iniciáticas, como Oswald Wirth, Papus y René Guénon.

Durante el año 1976, mientras construíamos una casa en la campiña de Rennes, a la que bauticé como «La Acacia», trabajamos con un artesano, René, que resultó ser uno de los responsables regionales de la AMORC (Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz). Él estaba al tanto de mis funciones masónicas por el artículo aparecido en Ouest-France. No le gustaba mi militancia en el campo de la interrupción voluntaria del embarazo, porque pertenecía, como su mujer, a la Iglesia Galicana

Católica Ortodoxa, de cuya existencia no teníamos la menor idea. Las explicaciones que le dimos sobre nuestra repugnancia hacia el aborto le tranquilizaron.

Me aseguró que mi iniciación masónica no era sino un punto de partida para otras iniciaciones superiores, que me otorgarían verdadero poder sobre mí mismo, sobre los demás y sobre los acontecimientos. Además, nos dejó entrever la posibilidad de que Claude y yo siguiéramos juntos ese nuevo recorrido iniciático. De todas formas, en vista de mis antecedentes masónicos, nos propuso que nos apuntáramos a una especie de curso por correspondencia, que sólo obligaba a una presencia ocasional en la logia. Fue así como, sin más preámbulos, recibimos durante más de diez años las cuatro monografías mensuales de la Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz, documentos que encierran una enseñanza en doce grados, el último de los cuales es el que lleva al estado de Rosa-Cruz.

Por mi parte, no tuve la menor dificultad en aceptar los principios de base: un humanismo surgido de la «Tradición Primordial», libertad de conciencia y fraternidad mundial. Las primeras monografías eran totalmente anodinas, pero inconscientemente nos impregnaban de ideas que no nos resultaban familiares: lo «cósmico», que tiende hacia una deificación del universo, un verdadero panteísmo; el «karma», una especie de compatibilidad de los actos buenos y malos ante lo cósmico; la «reencarnación», teniendo en cuenta el karma.

Empecé a oír hablar de Jesucristo, del que sabía muy poco, como quien dice sólo lo que veía en los Via Crucis que jalonan los cruces de caminos en Bretaña. Jesucristo era presentado como la reencarnación de un gran místico, formado entre los 12 y los 30 años en las antiguas escuelas iniciáticas de Egipto y del Tíbet; según esta doctrina, no murió en la cruz, sino que fue rescatado a tiempo por sus discípulos y sustituido por su hermano gemelo, Tomás, llamado Dídimo. Su vida transcurrió después de forma tranquila en el Monte Carmelo, enseñando a sus discípulos (era la tesis de Harvey Spencer Lewis, «Imperator» y fundador de los rosa-cruces, en su libro *La vida mística de Jesús*).

El progreso a través de los grados de conocimiento se efectuaba sobre todo por medio de autoiniciaciones, cuya finalidad era la adquisición de poderes parapsicológicos: autohipnosis para desembocar en «lo astral», en lo invisible, y entrar en contacto con los maestros cósmicos, visión del aura (especie de anillo luminoso que rodea al cuerpo), acción a distancia sobre los seres y sobre las cosas… Se estimulaba el pensamiento positivo, persuadiendo a los adeptos de que pueden obtener todo lo que desean visualizando los resultados previstos. Asistimos a algunas reuniones en la logia y me sorprendió descubrir que el Maestro de logia (equivalente al Venerable en la masonería) monopolizaba el uso de la palabra, y que los adeptos recibían las enseñanzas de forma pasiva.

En ese ambiente conocimos a numerosos seguidores de las fuerzas ocultas: martinistas, alquimistas y también a algunos curanderos, uno de los cuales, Louis, venía a escondidas a la clínica… ¡para reforzar mi labor técnica y científica! En

cuanto a René, nuestro iniciador en la Rosa-Cruz, tuvimos ocasión de intimar, porque como consecuencia de una gripe sufrió una insuficiencia renal grave y yo se la diagnostiqué y le encaminé hacia el Centro Regional de Diálisis. Fue durante las largas sesiones de diálisis a domicilio cuando nos formó a Claude y a mi en toda clase de doctrinas esotéricas y prácticas de magia blanca y de curación. Nos apasionamos entonces por libros como *Los grandes iniciados* de Édouard Schuré o *El brujo yaqui* de Carlos Castañeda (Las enseñanzas de Don Juan, una forma yaqui de conocimiento).

En el año 1977 dos acontecimientos cambiarían el curso de mi vida profesional. Por una parte, mis tres socios me propusieron la entrada en nuestro grupo de un joven cirujano vascular muy cualificado, antiguo interno de la Asistencia Publica-Hospitales de París, que yo acepté con la condición de que hubiera un período de prueba de seis meses, como era habitual en nuestra clínica. Desde el primer mes, sus resultados fueron más que discutibles. Le pedí permiso para asistir a una de sus operaciones y pude constatar que nuestro joven colega claramente no tenía la mano segura. Me vi obligado a notificarle mi negativa a que cumpliera entero el periodo de prueba y se lo anuncié igualmente a mis socios; pero éstos no estaban de acuerdo, y se empeñaron en que se debía llegar hasta el final de los seis meses. Les comuniqué por escrito mi intención de dimitir como socio si persistían en su postura.

Por otra parte, mi «hermano» Jean, director de la Caja de la Seguridad Social, al enterarse de este conflicto, me propuso aprovechar que se jubilaba su responsable para asumir la dirección del Centro de Exámenes de Salud de Rennes (centro que acogía cada año a 15 000 afiliados a la Seguridad Social para prevenir y detectar determinadas dolencias, como diferentes tipos de cáncer y enfermedades cardiovasculares). Se convocaría un concurso para optar al puesto, pero mi amigo me tranquilizó, asegurándome que el Consejero Médico Nacional, encargado de supervisar este concurso, era un «hermano» de París y que, por otra parte, mi candidatura sería avalada por el presidente del consejo de administración de nuestra Caja de la Seguridad Social, al que yo conocía como presidente de Planificación Familiar y que, como supe entonces, era un «hermano durmiente», es decir, retirado de las logias para evitar toda indiscreción, pero susceptible de volver a sus actividades masónicas en una logia en cualquier momento, sin necesidad de nueva investigación o iniciación. Esto no le impedía tener un circulo de amistades fructíferas.

Tuve, pues, la certeza de que, aun siendo Venerable, yo no conocía a todos los masones de nuestra ciudad. Es decir, que mandaba poco. Tenía otra prueba, además: un miembro de mi logia me había enseñado una carta del general jefe de la Tercera Región Militar (Bretaña), firmada con tres claros puntos sin relación con su nombre. Durante una visita a la sede del GOOF, en la Rué Cadet de París, acudí al Archivo Nacional para saber si este general era masón, con el fin de entablar relación con él. Pero el responsable del Archivo, tras comprobar que, pese a ser Maestro y Venerable,

yo no pertenecía a los grados altos o talleres superiores, me negó la información que solicitaba.

En cuanto a mi trayectoria profesional, a mis socios no les disgustó precisamente deshacerse de un destacado masón, y tomaron al pie de la letra mi carta de renuncia. Mi «hermano» director, por su parte, se alegraba de utilizar mi notoriedad local para mejorar la imagen de su Caja de la Seguridad Social, y me forzó todo lo que pudo para que me postulara al cargo, dejándome entrever un porvenir a nivel nacional para ambos, con la ayuda de nuestros hermanos parisinos. Su megalomanía le llevaba a imaginarse en el cargo de director de la Caja Nacional del Seguro de Enfermedad (Seguridad Social), y a mí como Consejero Médico Nacional.

Había una condición para mi admisión, que no me causaba el menor problema: la adhesión al sindicato Force Ouvrière (Fuerza Obrera), pues la mayoría de los dirigentes de la Seguridad Social eran en ese momento miembros a la vez de este sindicato y de la masonería. Hay que reconocer que ello les daba muchas prebendas. Por otra parte, copaban los organismos encargados de los parados, la ASSEDIC (Association pourl’ Emploidansl’ lndustrie et le Commerce) y la ANPE (Agence Nationale pourl’ Emploi). Un almuerzo entre «hermanos» nos reunió con el presidente de la Caja para confirmar de palabra nuestro compromiso recíproco. Como puede imaginarse, gané el concurso y obtuve el puesto, porque a las recomendaciones se unía el hecho objetivo de que mis títulos universitarios y clínicos me daban ventaja sobre los demás concursantes. Un contrato oficial me vinculó a la Seguridad Social, mientras un acuerdo verbal con mi amigo había previsto la incorporación de mi mujer al Centro, como enfermera, discretamente, un año más tarde. Ella, que adoraba la actividad del quirófano y admiraba mi competencia profesional, intentó oponerse a este cambio en mi vida, que le parecía un error o, más aún, una trampa, pero yo, cegado por la ambición, no quise hacer caso a sus aprensiones.

Como estaba previsto en mi contrato anterior, seguí trabajando un año en la clínica, aunque en un ambiente, desde luego, enrarecido. Tuve, por supuesto, el apoyo entusiasta de los «hermanos» de mi logia, que consideraban mis nuevas funciones como una verdadera promoción, pues muchos de ellos pertenecían a la función pública y pocos al sector privado. Y, sin embargo, de ser presidente-director de una clínica de ciento cuarenta camas, que empleaba a un centenar de personas y sólo estaba sometido al control del consejo de supervisión que me había elegido, pasaba a convertirme en responsable de un servicio médico que contaba con una treintena de empleados, pero bajo la única autoridad administrativa de mi «hermano» y amigo. ¡Dejaba un buen trabajo!

Tomé posesión del nuevo cargo en noviembre de 1978. Los cuatro primeros años fueron agradables para mí. Mi director me dio carta blanca para desarrollar toda clase de actividades y hacer que nuestro centro «iluminara» todo el departamento: me formaba en estadística y en informática médica, impartía cursos en la Facultad de Medicina y en la Escuela Nacional de Salud Pública, radicada en Rennes, publicaba

artículos médicos, y en 1981, tras la elección de François Mitterrand como presidente de la República, por mi pertenencia al Partido Socialista fui nombrado miembro de una comisión en el Ministerio de Sanidad, a cuyo titular y alcalde de nuestra ciudad, Edmond Hervé, conocía, sin saber todavía que era masón, ¡aunque éramos «camaradas» en el Partido Socialista en Rennes! Fui nombrado igualmente miembro de una comisión en la Caja Nacional de Seguro de Enfermedad, la misma a la que aspiraba mi amigo director.

Hay que decir que la llegada de François Mitterrand al poder, con una docena de ministros francmasones, desencadenó numerosas solicitudes de admisión en las logias, incluida la nuestra. Entre esas solicitudes figuraba la de uno de nuestros jóvenes diputados socialistas, recién elegido, y que se convertiría en presidente de la Comisión Nacional de Defensa: no le vimos muchas veces tras su iniciación como Aprendiz, y tal fue el caso de unos cuantos políticos que sólo contaban con la masonería para enriquecer su agenda de contactos influyentes… y no para progresar en esta o aquella vía iniciática o espiritual. Ese mismo año, mi director me pidió que le acompañara con mi esposa a un congreso en Zagreb, en Croacia, por entonces parte de Yugoslavia. El presidente de nuestra Caja y su compañera se reunirían con nosotros allí. Nos alojaron en un espléndido hotel, el mismo donde se había celebrado la Conferencia de Países No Alineados. Al día siguiente, por la mañana, acudí al congreso, donde esperaba encontrar traducción simultánea en francés, o al menos en inglés. Pero me encontré con que los trabajos se desarrollaban en serbocroata. Cuando regresé, desconcertado, al hotel, comprendí de qué se trataba: aquel congreso no era más que un pretexto para hacer turismo con cargo a los fondos de la Caja; por lo demás, se trataba de una reunión exclusivamente médica, y mis superiores y «hermanos» no tenían nada que hacer allí, ya que desempeñaban funciones administrativas y no médicas.

A principios de 1982 fui invitado por el Taller de Perfección, común a las dos logias del Gran Oriente en nuestra ciudad, a efectuar la entrada en los altos grados del Rito Escocés Antiguo Aceptado (REAA), el primero de los cuales es el de Maestro secreto (4.º grado). Debo decir que, teniendo el honor de ser Venerable, pensaba que mi iniciación en los grados superiores llegaría con bastante rapidez. Luego supe que a mis tutores en el camino iniciático no les había gustado el hecho de que, siendo delegado en el convento (una especie de diputado), hubiera propuesto y obtenido de la asamblea legislativa nacional del Gran Oriente que nuestras «hermanas» iniciadas en la orden Le Droit Humain [El Derecho Humano] y en la Gran Logia Femenina de Francia tuvieran la posibilidad de venir como visitantes a nuestras logias masculinas, como podían hacer nuestros «hermanos» de la Gran Logia de Francia. Pese a ser ginecólogo y feminista, todavía no había cobrado conciencia del machismo de la masonería, exclusivamente masculina durante más de dos siglos.

Había esperado, pues, once años para pasar a la categoría superior. Y no me había dado cuenta de que la mayor parte de los masones permanecen confinados en los tres

primeros grados durante toda su vida masónica, ignorantes de los trabajos de las categorías superiores. Algunos, incluso, hasta ignoran su existencia. Los primeros grados, del 4.º al 17.º, se confieren sin iniciación particular, y requieren solamente una enseñanza teórica.

El Jueves Santo de 1982 fui invitado por el Capítulo a la iniciación en el grado 18. Caballero Rosa-Cruz (que es, por otra parte, el más alto grado en el Rito Francés y corresponde al de Maestro Escocés de San Andrés en el Rito Escocés Rectificado, así como al 18a. Príncipe Soberano Rosa-Cruz, en el Rito de Perfección). El comienzo de la ceremonia tuvo lugar en nuestra logia habitual, cubierta de negro igual que para la iniciación al grado de Maestro, con representaciones del templo en ruinas y columnas rotas. Me sorprendió ver allí un rótulo luminoso con las palabras «fe, esperanza y caridad», pero el Muy Sabio (el presidente), al recibirme, se apresuró a explicarme su sentido masónico: fe en el hombre, esperanza de una humanidad mejor, solidaridad universal cercana al «ágape» de los griegos, de donde viene el ágape o banquete que sigue habitualmente a las tenidas en logia.

Comenzó entonces una lección sobre la palabra descubierta en el 13 grado (Royal Arch) y perdida en el 17.º (Caballero de Oriente y de Occidente): esta palabra ha sido descubierta por los masones en el Templo de Enoch, situado bajo el Templo de Salomón. Se trata del tetragrama sagrado IHVH, Yahvé, el Logos del que habla San Juan en su prólogo: «En el principio era el Verbo».

(Yo lo ignoraba todo sobre ese texto. Unos años antes, por consejo del capellán de la clínica, había intentado leer la Biblia, pero comencé por el principio y abandoné ante el carácter «abstruso» del libro de los Números. Así que mi ignorancia suscitó mi curiosidad).

Se citó la Carta a un religioso, de la gran filósofa Simone Weil: «El hecho mismo de haber traducido logos por verbum indica que alguna cosa se ha perdido, pues logos significa, ante todo, relación, y es sinónimo de arithmos, número, tanto para Platón como para los pitagóricos. Relación, es decir, proporción, o sea, armonía. Todo este principio del Evangelio de San Juan, in principio erat Verbum, es muy oscuro y manifiesta que se ha perdido una palabra, el secreto del logos, que, en su traducción exacta, no es sólo palabra, sino, como decía, relación, proporción, armonía. Hubo, aparentemente, un corte en la transmisión, que se explica en parte por la incomprensión de ciertos discípulos, y en parte por las masacres y las persecuciones. Es concebible que, a comienzos del siglo II, todos o casi todos los que habían comprendido hubiesen desaparecido». El Caballero Rosa-Cruz no cae en ese engaño de la traición de la traducción y, hábil como es en el manejo de los símbolos, comprende que el logos es la arquitectura misma del templo del universo, cuyos constructores son los albañiles [magons], los masones.

Tras el paso por la sala oscura, todos los Maestros subimos a la cámara alta, situada encima de la Logia Azul, y que yo nunca había visitado. Esta sala, más

pequeña, estaba cubierta por paños rojos. El presidente, llamado Muy Sabio, dio un golpe de mazo, repetido por los dos Guardianes (Vigilantes), y habló:

—Hermano primer Gran Guardián, ¿sois Caballero Rosa-Cruz?

—Muy Sabio, tengo esa alegría.

—Hermano segundo Gran Guardián, ¿qué edad tenéis?

—Muy Sabio, tengo treinta y tres años.

El Muy Sabio pidió entonces, como en la Logia Azul, que se verificara el retejado del templo, y así se hizo.

—Hermano primer Gran Guardián, ¿para qué nos hemos reunido en este día?

—Para buscar la palabra que se perdió en el momento en que la estrella resplandeciente desapareció y las herramientas de la masonería fueron dispersadas.

—Hermano segundo gran guardián, ¿qué hora es?

—La hora en que el sol se oscurece.

El Muy Sabio invitó entonces a los hermanos Caballeros a reemprender los trabajos del Capítulo del Valle de Rennes, para buscar la palabra perdida, mediante las siete salvas de batería y la aclamación «Hoschée, Hoschée, Hoschée» (Salvador, en hebreo). El Muy Sabio me hizo observar primero la inscripción —bordada sobre el paño rojo— «Gran Colegio de los Ritos», del que dependen todos los altos grados y que está presidido a escala nacional por un Gran Comendador. Después, una rosa sobre una cruz, y en el centro la inscripción I. N. R. I., cuya significación hermética es Igne Natura Renovatur Integra («en el fuego la naturaleza se regenera», palabras sagradas del grado), vinculada a la idea de una renovación incesante del cosmos.

La rosa sobre la cruz es el conocimiento que florece y se desarrolla en su belleza. Como la materia, se anima y se organiza armoniosamente, una vez que ha sido fecundada por el espíritu del hombre. El pelícano es, en fin, símbolo del sacrificio, pues se abre los costados para alimentar a sus hijos, representando al masón que se dedica a sus hermanos con menosprecio de su propia vida. El Muy Sabio me declaró Caballero Rosa-Cruz y me colgaron del cuello el cordón rojo, del que pende un joyel formado por un compás que reposa sobre un cuarto de círculo con grados, y sobre él una cruz adornada con una rosa en el centro. Por ultimo, me colocaron el mandil blanco bordado en rojo, con el pelícano en su centro. Después aprendí la señal de la orden, esto es, la actitud del Buen Pastor: de pie, los brazos cruzados sobre el pecho, los dedos juntos y las manos extendidas hacia los hombros. El signo del grado, que consiste en elevar la mano derecha cerrada y el índice levantado hacia el cielo, y el contrasigno, con el índice mostrando la tierra y respondiéndose el uno al otro, evocan la máxima hermética: «Lo que está en lo alto es como lo que está abajo y lo que está abajo es como lo que está en lo alto» (palabras atribuidas al mítico Hermes Trismegisto). Después me fue comunicada la contraseña: «Emmanuel», es decir. «Él está en nosotros». Él simboliza la energía que anima al Gran Todo, lo que une al hombre con el cosmos y en cierta manera lo diviniza.

Él es la fuerza creadora que debe ser organizada según la razón. La respuesta a la contraseña es «Paz profunda».

Todos los Caballeros, una veintena pertenecientes a las dos logias azules, vinieron a saludarme, cada uno con la mano derecha sobre el hombro izquierdo, y me dieron el triple beso mientras pronunciaban la contraseña. La suspensión de los trabajos recordaba la de la Logia Azul. El Muy Sabio recordó que se trataba de una suspensión, y no de una parada, y anunció: «Caballeros, vamos a proceder a la celebración de la cena».

Bajamos a la sala húmeda, estancia donde se celebran los ágapes, que estaba preparada de manera especial. En el centro, una gran mesa oval, denominada «altar»; el mantel, llamado «alfombra»; las servilletas o «bufandas»; las jarras, denominadas «ánforas»; los vasos, bautizados como «cálices». Al principio de la comida, el Muy Sabio hizo circular el pan, del que cada uno tomó un trozo; después el cáliz con el vino, que cada cual pasó a su vecino tras habérselo llevado a los labios. La comida consistió, fundamentalmente, en compartir un cordero asado, con numerosas interrupciones para las libaciones, cada uno levantando su cáliz cuando lo ordenaba el Muy Sabio. Tras la cena todos formamos la cadena de unión, como en la Logia Azul.

Poco tiempo después, uno de mis amigos, director del Centro contra el Cáncer, me introdujo en la Logia Fraternal de los Altos Funcionarios, que tenía sus reuniones en París, y donde se encontraban hermanos de todas las obediencias: del Gran Oriente —por supuesto—, de la Gran Logia de Francia, de Le Droit Humain y, para sorpresa mía, de la Gran Logia de Inglaterra, que califica públicamente a las demás de «masonerías irregulares». Allí los trabajos se efectuaban sin ritual y las disertaciones intelectuales se escuchaban con un aire distraído, sin que reinase el silencio como en la logia. Funcionarios de toda clase de administraciones, prefectos, jefes de gabinetes de ministros, intercambiaban informaciones y servicios y decidían el ascenso de funcionarios. El presidente lo era igualmente de la Fraternal de los Parlamentarios, en la que se integraban, evidentemente, numerosos socialistas, pero también un centenar de diputados y senadores del RPR (Reagrupamiento por la República, partido de la derecha, presidido por Jacques Chirac, cuyo abuelo era francmasón y que habría sido iniciado en la Gran Logia Alpina de Suiza, según periodistas que nunca fueron perseguidos por esta afirmación).

En aquel año, igualmente, y a instancias del ministro de Sanidad y alcalde de Rennes, Edmond Hervé, se proyectó la creación de un Observatorio Regional de la Salud y del Medio Ambiente en cada región de Francia. Cuando se constituyó este organismo, mi director, amigo y «hermano» me pidió que representara a la Caja de Seguro de Enfermedad en su nombre. Mis relaciones sociales me llevaron a ser elegido miembro de su consejo de administración y de su comité ejecutivo, y luego vicepresidente y responsable de organizar en Rennes el primer congreso nacional de estos observatorios. ¡Era la gloria, la gloria del mundo!

Una sola sombra se proyectaba en este panorama. Desde principios de 1983, mi esposa padecía trastornos en forma de úlceras en todo el aparato digestivo, que eran muy dolorosas y reducían a casi nada su alimentación. Ni mis eminentes colegas de la Facultad ni un curandero famoso encontraban explicación ni remedio. Tuvo que permanecer en cama durante varios meses.

LA PRUEBA DECISIVA

EL SOL dibujaba sobre el suelo un agradable damero a través de las últimas hojas amarillentas de los árboles. Había alegría en aquel viento dulce y ligero de otoño, que jugaba con las sombras a mis pies. Yo caminaba con paso apacible, aprovechando el radiante atardecer. Claude me había telefoneado hacia unos instantes para decirme que se encontraba mejor. Yo estaba citado con Jean, amigo y «hermano» mío, también mi director, que solía recibirme en su despacho, tras la salida del personal, para dar mayor intimidad a nuestros encuentros. Esta vez era para ayudarme a resolver los pequeños problemas que había en mi servicio desde hacía tres o cuatro semanas.

En efecto, poco tiempo atrás, durante una reunión general del centro, del que yo asumía la responsabilidad médica y administrativa desde hacía cinco años, algunos empleados se habían quejado de la actitud fría y sospechosa de la joven que debía convertirse en mi adjunta médica, y yo había considerado conveniente postergar sus quejas, ya que la interesada estaba ausente, en situación de baja por enfermedad.

Propuse, pues, que retomáramos la cuestión a su vuelta y, si fuera posible, en un grupo más reducido. Por otra parte, mi adjunto administrativo, Robert, a pesar de la confianza y de la amistad que compartíamos desde que asumí la responsabilidad del centro, tardaba en aplicar algunas medidas que habían sido fijadas de acuerdo con la dirección general de la Caja de Seguro de Enfermedad del Departamento de Rennes Ille-et-Vilaine. Todo esto no ensombrecía lo más mínimo el cielo azul que percibía entre las hojas y que me recordaba aquellos bellos días de agosto que Claude y yo habíamos pasado en la península de Quiberon, al sur de Bretaña, antes de que volviera a padecer sus terribles dolores.

Mi despacho no distaba del de Jean más de doscientos o trescientos metros. Llegué enseguida a la secretaría de la dirección, y unos minutos después me introdujo él mismo en su inmenso despacho. Su apretón de manos, apoyado en el ritual, me recordaba, por si fuera necesario, que ambos pertenecíamos a la misma logia, y su sonrisa, algo forzada siempre, nuestra amistad de más de diez años.

Yo me disponía, pues, con la mayor confianza, a exponerle mis pequeñas inquietudes, cuando él tomo la delantera y me dijo:

—Maurice, siéntate, porque lo que voy a decirte no es agradable. Pero soy tu amigo, y un amigo debe saber decir también las cosas desagradables.

Me senté en el sillón bajo que me señaló, frente a su inmensa mesa, y mientras se sentaba le noté un temblor inusitado en las manos.

—Maurice, ¡eres un hombre acabado!

Esta frase cayó como la hoja de una guillotina y me anonadó hasta tal punto que me costó trabajo entender las palabras que siguieron, a pesar de los esfuerzos que

realizaba para dominar los latidos sordos de las arterias en mis orejas y el rubor que me subía a la cara.

—Sí, has perdido toda autoridad con tu personal, e incluso todo contacto con ellos. Y es porque hay una especie de muro entre el personal y tú. ¿Me entiendes?

—No —balbuceé con dificultad, con la boca seca—, no sé de qué me hablas.

—Vamos, sabes muy bien de quién quiero hablar, y debes afrontarlo. Soy el único que puede arreglar esta situación, pero has de entender que es necesario suprimir ese obstáculo.

Imaginé enseguida que podía aludir a Claude, que trabajaba en mi servicio desde hacía cuatro años, con aprobación suya, en una actividad aislada de las demás enfermeras: el diagnóstico del cáncer de colon. Por otra parte, se encontraba de baja por enfermedad desde hacía varios meses por sus trastornos digestivos, muy dolorosos y hemorrágicos: y ella no podía, en modo alguno, ser un obstáculo entre el personal y yo. No me atrevía, sin embargo, a pronunciar su nombre, ni menos aún a consentir el sacrificio que parecía tratar de imponerme en forma tan brutal.

—No comprendo —dije— de qué puedo ser yo culpable.

—Querido Maurice, soy el primero en reconocer tus eminentes cualidades profesionales, y nos quedan grandes cosas por hacer juntos… un porvenir nacional —añadió, barriendo el aire con sus brazos delgados y adelantando el mentón con un gesto marcial—, pero primero hay que acabar con las quejas de los sindicatos. Una palabra mía bastará, tengo mis contactos.

—Pero ¿qué me reprochan?

Señaló con el dedo una pila impresionante de expedientes que había en la esquina de su mesa.

—¡Tengo ahí material de sobra para hacerte saltar en pedazos!

—Pero ¿qué hay en esos expedientes?

—Testimonios desoladores sobre Claude y sobre ti.

—¿De quién?

—Eso es asunto mío, tengo informadores en todos los servicios.

Yo estaba conmocionado ante un ataque que me parecía tan inopinado como inverosímil. No podía ser verdad. Mi amigo militaba en la logia, junto a los demás, en defensa de los Derechos Humanos. Por eso, en un arrebato, me arriesgué a decirle:

—¡No puedes condenarme sin que yo conozca los argumentos de mis adversarios y sin que pueda responder con los míos!

Buscaba inútilmente en mi memoria, tratando de dar con quien pudiera haberse quejado de mí ante la dirección. En cinco años, sólo había llamado la atención a una empleada por negarse a efectuar tareas rutinarias y por su insolencia hacia mi adjunto médico y hacia mí mismo. El incidente estaba cerrado desde hacía varias semanas, a menos que… Sí, ella militaba en el sindicato Fuerza Obrera, que era el del director, pero también era el mío, el mismo en que el propio director me había aconsejado militar, antes de entrar en la Seguridad Social. Estaba, también, aquella solicitud de

reunión por parte de un sector del personal que ponía en cuestión a mi adjunta médica. Pero Jean, consultado por teléfono, había insistido en que no cediera a la presión. Nos habíamos reunido, precisamente, para hablar de ese problema.

Jean no me dio ocasión de continuar con mis reflexiones.

—Basta ya —dijo, endureciendo el tono—, parece que no quieres comprender. Te doy cuarenta y ocho horas para reflexionar. O Claude renuncia a su puesto o no respondo de nada y eres tú el que salta.

Se levantó, apoyando la mano y la mirada sobre el montón de expedientes en el que estaba sellada mi condena. Yo me encontraba demasiado abatido para replicar y, por otra parte, toda vehemencia hubiera resultado fatal para mí, pues él mismo me había confesado un día que grababa todas sus entrevistas: una insubordinación o un insulto no hubieran hecho nada más que agravar mi caso, añadir pruebas en mi contra. ¿Hubiera tenido fuerza para hacerlo, además, destrozado como estaba por la sensación de incomprensión que me invadía y la crueldad de mi interlocutor?

La idea de una dimisión inmediata me vino a la mente, pero mi fuerza vital estaba anulada. Y eso era una suerte, pues ya una vez, en una situación semejante, había cometido el error de dimitir por respeto a mí mismo y por respeto a la verdad, y… había destruido una envidiada carrera de cirujano. Sin duda, yo había comprometido una parte importante de mi libertad al entrar en la Administración, y Jean, en su paranoia destructora, sabía intuitivamente que tenía el poder de acabar con lo que quedaba, el corazón mismo de mi ser, por lo inesperado y el carácter surrealista de aquella agresión despiadada. Por otra parte, ni siquiera tuve tiempo de reaccionar, pues levantándose bruscamente, me tomó por el brazo y me acompañó hasta la puerta, haciendo protestas de su paternal amistad e insistiendo en los sacrificios necesarios para triunfar en la Administración.

—No te olvides, ¡en cuarenta y ocho horas!

Fuera, caía la noche. Un vientecillo fresco me dio escalofríos, pero no aportó alivio alguno al calor que me invadió al escuchar aquel veredicto, tan sorprendente como inesperado para un hombre de cincuenta años a quien el éxito y los honores no habían faltado hasta ese momento.

«¡Maurice, eres un hombre acabado!»: esta frase me volvía a la mente sin cesar, mientras pensaba frenéticamente en lo que podía justificar esa súbita desgracia, y lo que yo hubiera podido responder, si la sorpresa no hubiera anulado mi capacidad de reflexión. Ni siquiera le había recordado a Jean que Claude estaba enferma y en la cama desde hacía varios meses, lo que hacía de ella un chivo expiatorio ideal. Quizás alguien hubiese puesto en mi boca palabras ofensivas hacia el director, pero ¿por qué reunir un expediente tan voluminoso con un pretexto tan nimio, y por qué me había asegurado, pese a todo, su fiel amistad?

Ciertamente, en el curso de una reunión reciente, me había visto en la obligación de mostrar ante la dirección que mi adjunto administrativo se quejaba de una carga de trabajo excesiva y no siempre reemplazaba al personal ausente, pero lo había hecho

sin palabras humillantes para él, y el director le había sugerido, de una manera también suave, que siguiese mis consignas en la materia. Robert no podía tampoco ver en eso una falta de confianza por mi parte, cuando yo acababa de defender su causa ante el director para que obtuviera el nivel tres, ¡que era su bastón de mariscal!

Sí pudo haber ocasión para los celos de Jean poco tiempo antes, cuando, en su ausencia y sin instrucciones claras por su parte, me habían elegido vicepresidente del Observatorio Regional de la Salud, mientras él quedaba tan sólo como miembro del consejo de administración de este organismo. No había hecho, sin embargo, la menor objeción cuando le di cuenta fiel de aquella asamblea constitutiva. Es cierto que había habido una reunión rara, unos meses antes, a la que Jean me había invitado, junto al presidente de la Caja Primaria y el secretario regional del sindicato Fuerza Obrera, ambos masones, en la que en torno a un vaso de *whisky* me habían reprochado cierto compromiso con otro sindicato, la CFDT (Confédération Française Démocratíque du Travail) al participar —con el acuerdo de Jean— en la adquisición por parte de la mutualidad de un gran clínica de cirugía obstétrica. Lejos de las querellas sindicales, y de mi buena fe, les propuse que me retiraran la función de consejero técnico voluntario, propuesta que finalmente descartaron, ayudados por el *whisky*.

Mis desordenados pensamientos iban en todas las direcciones, mientras me dirigía a casa como un autómata. Porque, ¿qué tenía que ver Claude con los incidentes que se me pudieran reprochar? ¿De qué podían acusarla para exigir su salida, cuando ella había justificado su presencia en mi servicio, durante cuatro años, mediante un trabajo intenso y mezclándose lo menos posible con el resto del personal? ¿Cómo anunciarle ese ultimátum que nos caía encima, cuando su salud seguía siendo muy frágil?

No tuve mucho tiempo para plantearme estas cuestiones, porque al entrar en nuestra habitación. Claude descubrió inmediatamente en mi rostro de zombi la envergadura del drama. Le conté, por supuesto, el golpe que acababa de recibir, explicando mi estupor y mi abatimiento. Noté, todavía con mayor inquietud y desolación, su escepticismo con respecto a mi relato. Para ella, o yo había perdido repentinamente la razón, o mi cerebro había sufrido un accidente vascular. Me dijo:

—Jean y su mujer son nuestros amigos desde hace mucho tiempo. ¡Eso no es posible! Quiero tener las cosas claras. Voy a llamar a su casa.

Marcó el número y yo cogí otro auricular para escuchar:

—Marie, perdón por molestar a la hora de la cena. Podrías pasarme a Jean… Buenas noches. Jean. Maurice acaba de volver de su despacho y está completamente desconsolado. ¿Puede confirmarme lo que me acaba de contar?

—Escuche, mi querida Claude, sabe el afecto que siento por ustedes dos. Pero es necesario admitir que hay cosas que la sobrepasan a usted. Maurice y yo tenemos por delante un gran porvenir y usted no tiene derecho a interponerse entre nosotros.

—No me interpongo. Estoy enferma y en la cama desde hace meses y verdaderamente no veo lo que usted pueda reprocharme.

—Claude, yo gestiono miles de millones de francos, tengo enormes responsabilidades, ¿cómo quiere que le explique a una empleada de uno de mis servicios las dificultades que me crean los sindicatos? Déjenos arreglar el problema entre hombres. Maurice me ha comprendido.

—No, Jean, no comprende usted en absoluto la hecatombe que le ha caído encima.

—Pues bien, reflexionen ustedes. Son ustedes quienes deben encontrar la solución, no yo. Recuerde, disponen de cuarenta y ocho horas. Buenas noches.

Y colgó. Claude me cogió de la mano:

—Maurice, me quedo más tranquila. Creí que te habías vuelto loco. Tu amigo Jean está enfermo. Es un auténtico y perverso paranoico. También hay uno en mi familia. No cabe la menor duda, quiere destruirte. No quisiste admitir que había humillado también a tu predecesor, hasta el punto de llevarle a presentar la dimisión.

Y, efectivamente, yo había notado en él un gusto excesivo por el poder y por el misterio, una tendencia a perseguir a las personas con el pretexto de amenazas no probadas, con la lógica implacable de las premisas dudosas, por no decir falsas. Pero antes de convertirme en una victima más, me había negado —por amistad— a colgarle esa etiqueta. Pedí a Claude que pensara en lo que hubiera podido entorpecer la buena marcha del servicio y que yo no hubiera notado. Ella no encontraba nada. Un solo incidente merecía ser recordado: un encontronazo con una empleada, cuyo carácter histérico y cuyas crisis nerviosas eran conocidas de todos y que, a propósito de un problema de organización del trabajo, había dicho, delante de Claude, que «era mejor antes», aludiendo a la época de mi predecesor. Claude, después de hacerle ver que era, cuando menos, poco elegante decir eso delante de ella, se vio obligada a calmarla, no sin que antes hubiera tirado al suelo un montón de expedientes e intentado golpearse la cabeza contra la pared. Otras enfermeras habían intervenido también para tranquilizarla, y la algarada no había tenido mayores consecuencias, salvo un enfado pasajero. Por lo demás, y desde que trabajaba a jornada completa, ocupaba por la mañana un despacho aislado y tenía buenas relaciones con sus colegas por la tarde.

Pero Claude volvía a su hipótesis, refiriéndose al director:

—Sabes que con esta clase de personajes, y desgraciadamente abundan en tu entorno, no hay que buscar la causa de su agresividad, que puede ser tan minúscula que se le escape a todos: quizá simplemente crea que despiertas mayor simpatía que él en vuestro medio profesional, sin comprender que su obstinación y su suficiencia no le atraen precisamente amigos, sino todo lo contrario. Tal vez tus éxitos fáciles, tu plenitud, irriten su vanidad. Trata de dormir, mañana lo veremos todo con mayor claridad.

Pero el sueño no llegaba. Yo seguía dándole vueltas. No llegaba a admitir que un amigo con el que habíamos estado hacía poco en Yugoslavia, con nuestras mujeres, un «hermano» al que había logrado afiliar con nombre falso a la logia de la que yo

era Venerable, un miembro del mismo sindicato que yo, un simpatizante del Partido Socialista, del que yo era tesorero local, pudiera retirarme la confianza sin explicarme claramente los motivos ni desvelar la identidad de mis acusadores. ¿Tenía razón Claude al pensar que la envidia podía haber envenenado a aquel hombre hasta el punto de querer destruirme, como un niño destruye el juguete que no puede poseer? ¿O tenía dificultades con un sindicato y se veía en la obligación de sacrificar un chivo expiatorio? Pero ¿qué sindicato, puesto que Fuerza Obrera era mayoritario en todas las instancias? Es cierto que Claude tenía un carnet de la CFOT (Confédération Française Démocratíque du Travail, sindicato de mayoría católica en nuestra región), pero no era una militante activa. Y. en cualquier caso, ¿qué tenían que ver en ello un hombre y sus amigos que se decían defensores de los Derechos Humanos y de los derechos sociales?

Pensaba y pensaba en el ultimátum. Tenía que ver a Jean dos días después, en una reunión de directivos. ¿Qué decirle? No ceder significaba lisa y llanamente arriesgarme a ser eliminado sin conocer los argumentos suyos o de los supuestos adversarios. De hecho, me sentía incapaz de elaborar una estrategia, pues mis fuerzas vitales estaban muy afectadas, como bloqueadas. Me sentía inhibido, como la rata de Laborit en su jaula electrificada, que se hizo célebre en la película Mi tío de América, que interpreta Gérard Depardieu. Claude, que tenía el sueño muy ligero a causa de sus dolores, notó mi estéril agitación mental y trató de ayudarme. Yo le participé mi indecisión.

—Hay que ganar tiempo —me propuso ella—, e intentar descubrir los entresijos de la maquinación, si es que existe, o desenmascarar la patología mental que afecta a este hombre, como yo pienso. Puesto que yo estoy enferma, mentiríamos sólo relativamente si afirmamos que no puedo volver a mi trabajo. Y más teniendo en cuenta que, de forma inmediata, nada permite suponer que pueda volver a trabajar. Pero no quiero dimitir sin causa que lo justifique, ni perder todos mis derechos.

Asentí y más calmado por esta propuesta, caí en un sueño agitado y lleno de pesadillas. Me veía entrar, muy pequeño, en el inmenso despacho del jefe. El despacho se parecía, aún más que en la realidad, a un largo pasillo, con su pintura lacada y sus estampas gesticulantes, que recordaban el poder feroz de los emperadores chinos, y yo avanzaba penosamente sobre la espesa moqueta de lana; al fondo se alzaba el jefe, grande, delgado, huesudo, amenazador y gesticulante como un genio malo. Yo estaba pegado por una fuerza invisible a un sillón bajo, del que no podía escaparme, y el jefe me mostraba, con desprecio, montones de expedientes que parecían derrumbarse sobre mí. Cuando alargaba la mano hacia uno de ellos, desaparecía súbitamente, lo que provocaba carcajadas a espectadores invisibles. En otro momento, el jefe me daba largos abrazos, por tres veces, apretándome contra su pecho, pero yo veía en un espejo cómo me señalaba con el dedo a enemigos que avanzaban por detrás. Entre ellos reconocía a antiguos compañeros que se habían tornado hostiles. Yo trataba de huir, pero uno me golpeaba con una regla, el segundo

con una palanca y el tercero me derribaba con un mazo. Después me encontraba en una barca que zozobraba; me hundía en las aguas lúgubres de un estanque sombrío, y cada vez que estaba a punto de asir la mano salvadora de un amigo, ésta desaparecía bruscamente.

Me desperté empapado de sudor, con la garganta seca.

Miré el reloj: las seis de la mañana, ya era tarde para volver a dormirme. Por otra parte, no encontraba manera de borrar la impresión de que había caído en una trampa y no encontraba salida posible. Sin embargo, tenía que dar con la manera de poner al descubierto los ataques de los que era objeto y de justificarme ante Jean, pero mi pensamiento estaba paralizado. Sin duda, Jean se había dejado engañar. Quería pensar eso, agarrarme a eso para salir bien parado.

Desgraciadamente, el día que comenzaba estaba muy cargado de citas y no tendría tiempo para reflexionar —caso de que todavía fuera capaz de hacerlo— o para pedir consejo. De hecho, aquella mañana ni siquiera tuve la posibilidad de buscar indicios de lo ocurrido en mi servicio, pues debía recibir a las candidatas para un puesto de enfermera. Claude, por su enfermedad, no podía preparar las comidas, y regresé rápidamente a nuestro apartamento, que, por fortuna, estaba cerca de mi despacho. Los acontecimientos de la víspera habían tenido una influencia nefasta sobre su salud, y la encontré muy afectada, tanto física como moralmente. Su intuición, siempre perspicaz, le hacía temer lo peor. Me esforcé por calmar sus aprensiones, pero me resultaba difícil ser convincente. Comimos deprisa, ya que el régimen de Claude nos obligaba a una gran frugalidad: ¡arroz y zanahorias, zanahorias y arroz! Tenía poco tiempo, por estar citado después de comer con uno de los adjuntos del director.

Cuando llegué a su oficina, me espetó a bocajarro:

—Usted, que es médico, ¿no cree que nuestro director es un paranoico?

Sonreí con un aire cómplice, pero me abstuve de responder directamente, pues aunque apreciaba a aquel hombre no conocía lo suficiente para saber si podía confiar plenamente en él. Debió comprender mi reticencia, ya que añadió enseguida:

—Voy a darle un ejemplo. Usted sabe que mi despacho está prácticamente debajo de la oficina del director. Hace dos días, estaba trabajando cuando me llamó y me pidió que le subiera todos los asuntos de la jornada. Estaba en su secretaría un minuto después, pero allí mi sorpresa fue grande cuando la secretaria de dirección me indicó que me sentara. Tuve que esperar veinticinco minutos, ante la mirada divertida de las secretarias, antes de que el director me invitara a entrar en su despacho. Apenas había franqueado la puerta, en el lado opuesto a su mesa de despacho, cuando me preguntó brutalmente: «¿Qué es esto?». Me mostraba una carta con aire inquisitorial y asqueado. Yo me acerqué rápidamente para ver el cuerpo del delito, leí rápidamente la misiva y, no viendo nada de anormal en ella, le dije: «¡Es una carta dirigida al médico jefe del Centro de Exámenes de Salud!». «¿Y usted se permite escribirle dirigiéndose a él como mi querido amigo?». «Verá —repliqué—, nos llevamos muy

bien y me pareció mal dirigirme a él diciendo “señor médico jefe”». «No es su amigo y usted está en una administración casi pública. Aunque se trate de una administración semipública, debe respetar las reglas administrativas. Le prohíbo poner fórmulas de cortesía al comienzo y al final de sus cartas. Muchas gracias. Puede retirarse».

Me avergonzaba pensar que dos hombres que ganaban miles de francos mensuales hubieran podido perder cerca de una hora para que uno de ellos se diera el gusto de afirmar su autoridad sobre alguien que no se la disputaba. Alentado por esta confidencia, que además me afectaba directamente, le conté la escena que yo mismo había vivido la víspera.

—Escuche —me dijo—, no me sorprende lo que me cuenta, y le animo a que actúe con la mayor prudencia, pues el director le ha escogido como nueva cabeza de turco. Siempre necesita una, ¡aunque sólo sea para satisfacer su agresividad y su gusto por el poder! Habló de usted en el último consejo de administración, diciendo textualmente que «se cobraría su cabeza». Sobre todo, no ceda a la amenaza ni al chantaje. Si pretende estar en posesión de un montón de documentos comprometedores contra usted, quédese tranquilo, sabemos que no tiene nada. He tenido en mis manos alguno de esos supuestos documentos explosivos, en casos en que me ha encargado que le haga el trabajo sucio, es decir, destruir a un empleado o a un jefe, y nunca encontré en ellos nada que me permitiera siquiera recomendar una mínima multa, y he tenido verdaderas dificultades para pronunciar contra el interesado una advertencia o una reprobación. ¡Nunca hubo un despido! Desgraciadamente y con frecuencia, si dimisiones. Sobre todo, no dimita, por grande que sea la presión.

—Estuve a punto de hacerlo ayer por la tarde —le dije—, pero la parálisis mental que sufrí me impidió hacerlo. ¡A menos que fuera el instinto de conservación! ¡A los cincuenta años! Pero le agradezco mucho sus consejos y la confianza que me ha otorgado de manera tan valiente, mucho más porque usted no ignora los vínculos amistosos y sindicales que me unían a nuestro patrón… hasta ayer.

—Hay días que me pregunto hasta cuándo podré aguantar bajo esta tutela despótica.

No pude dejar de pensar, sin que mi corazón lo quisiera, que me hablaba así de un masón, de un campeón de los Derechos Humanos, de un discípulo de René Cassin. Por fortuna, mi interlocutor no lo sabía. ¿Cómo hubiera podido imaginar yo mismo tanta crueldad antes de que cayera el filo de la guillotina sobre mi propia nuca? Le volví a dar las gracias antes de despedirnos.

—Pierda cuidado, no dimitiré. (Pero ¿tan seguro estaba yo, después de lo que acababa de descubrir en veinticuatro horas?).

—Buena suerte, pero no olvide que, aunque alguno le compadezca, todos se limitarán a observar y a alegrarse secretamente de no haber sido la victima escogida por el jefe, ¡puesto que siempre necesita una! No espere la ayuda de un directivo o de

un empleado de la Caja. En lo que a usted respecta, limítese a esperar que pronto sea otro el que aparezca en el objetivo del director.

Regresé a pie, como un autómata, con el espíritu confuso, incapaz de comprender el avispero en que había caído. Claude, que había recobrado un poco la serenidad, me sugirió que cediera y esperase a que pasara la tormenta.

Al día siguiente llegué a la reunión de directivos cuando muchos habían ocupado ya sus puestos en la inmensa mesa del consejo. Jean presidía en el sitio de honor. Le saludé al pasar y, acercándome a él, le dije:

—Lo hemos pensado. Claude se quedará en casa.

Él aprobó con una sonrisa de satisfacción. Creí, por un instante, que el incidente había quedado cerrado: había rozado el mal absoluto, el mal incomprensible. Pero, curiosamente, el malestar que me había invadido la víspera no me abandonaba. Hubiera debido sentirme aliviado. Unos minutos más tarde, Jean comenzó una de las largas disertaciones a las que nos tenía acostumbrados. Intenté seguirle: era un discurso manido, que ya habíamos escuchado otras veces, la autosatisfacción del jefe que lo ha previsto todo de cara a los peligros que acechaban. Pero ¿cuáles eran los peligros? ¿Quién amenazaba a quién? Esta vez no me dejé engatusar por ese chorro de palabras. Observé al personaje y ya no le vi con los mismos ojos que antes: el encanto se había roto, la seducción había terminado. Comprendí que los ampulosos movimientos de sus brazos, su mímica dramática, las pausas que marcaba aclarándose la garganta, constituían una especie de coreografía que fijaba inconscientemente la atención del auditorio, sumiéndolo en un estado de ligera hipnosis que le hacía totalmente incapaz de ejercer cualquier sentimiento crítico sobre el contenido de sus palabras. Me daba cuenta de que yo mismo había sido, durante años, víctima de aquella fascinación. Me hallaba en este punto de mis reflexiones, cuando Jean terminó su arenga y nos invitó de sopetón a beber champán. En la cafetería, donde el champán corría a raudales y reinaba el buen humor, me acerqué a Jean con el vaso en la mano, y le hablé.

—Bueno, como acabo de decirte, nuestra decisión está tomada, pero ¿has pensado que ya perdí algunas plumas al dejar la cirugía privada para entrar en la Seguridad Social, y que si renunciamos al salario de Claude bajaremos todavía más en la escala de nuestros ingresos?

—Ningún problema al respecto —me respondió, con el aire de un hombre que ha pensado en todo—. Claude puede permanecer de baja por larga enfermedad durante tres años, con la totalidad de su salario, y obtener después la invalidez, con el setenta y cinco por ciento del sueldo, hasta la jubilación.

Se bebió de un trago su copa de champán, manifiestamente satisfecho de su plan.

El final del año transcurrió de manera más o menos conveniente a nivel profesional, a excepción de una huelga inexplicable del personal, desatada por sorpresa una mañana de diciembre, cuando en el centro había cerca de cuarenta afiliados a la Seguridad Social. Noté en aquella ocasión, sin embargo, la frialdad y la

actitud ambigua de mis adjuntos, tanto el médico como el administrativo. Más tarde comprendí la causa. A principios de febrero fui convocado por el sector a una reunión de «reorganización del centro». De hecho, tuve que enfrentarme, entre las ocho de la mañana y seis de la tarde, al director y a sus dos adjuntos, pero también a mis dos adjuntos. Fui sometido al fuego cruzado de estos cinco personajes, y mis dos adjuntos se mostraron particularmente agresivos, con desprecio total por la jerarquía que estatutariamente los sometía a mi autoridad: no se ahorraron ninguna mentira. Actuaban manifiestamente estimulados por el director, que hubiera debido llamarles al orden. Los adjuntos del director adoptaban un perfil más bien bajo, especialmente aquél con el que había compartido confidencias tan edificantes unas semanas antes. Su presencia tranquilizadora me recordaba su consejo de no dimitir. Y. a pesar de la enorme presión que pesaba sobre mí me mantuve tranquilo, correcto, y respondí, punto por punto, a todas las acusaciones, por groseras que fueran. Sólo tuvimos unos minutos, a mediodía, para tomar un bocadillo. Por fortuna, comprendí que se trataba de un acoso moral manifiesto, fenómeno que no había sido todavía identificado ni menos aún definido por la ley francesa como un delito. Cuando volví a casa, Claude pensó que había sufrido un infarto de miocardio. ¡Hasta tal punto estaba desencajado mi rostro!

De todas formas, lo que me preocupaba era la degradación de la salud de Claude, a pesar de los diferentes intentos de tratamiento, científico o mágico. Su alimentación se reducía a unas zanahorias y un poco de arroz cada día. Desesperado, recordé que los médicos de la generación anterior a la mía proponían, para las enfermedades rebeldes, un cambio de aires. Propuse entonces a Claude que pasáramos unos días en el valle de la Cerdaña, cerca de Font-Romeu, en un hotel. A principios de febrero del año 1984, la trasladé, acostada, en nuestro coche, y desgraciadamente tuvo que guardar cama durante los diez días de nuestra estancia allí. Se me ocurrió entonces una idea impropia de un masón ateo: proponer a Claude que durante nuestro camino de regreso a Bretaña nos detuviéramos en Lourdes. Pensé que eso podía provocarle un choque psicológico salvador o lo que las ciencias ocultas llaman un «choque cosmotelúrico», pues mis conocimientos en radiestesia y en geobiología me habían enseñado que el santuario de Lourdes, como algunas catedrales, está situado en una encrucijada que podría explicar los fosfenos percibidos por Bernadette (para los ocultistas, las apariciones marianas son fosfenos, emanaciones del mundo astral favorecidas por ciertos lugares telúricos). Por supuesto, yo no creía en el carácter sobrenatural, espiritual, de las curaciones espectaculares que se producen en Lourdes.

Los efectos psicológicos sobre Claude de esta propuesta fueron desastrosos, pues aunque ella, como enfermera profesional, era consciente de la gravedad de su estado, no podía imaginar que su marido, médico racionalista, cientificista, francmasón y anticlerical, pudiera sugerirle el paso por las aguas milagrosas de Lourdes. Tuvo el valor de no decir nada al escucharme. Pero al haber conservado siempre la fe

cristiana, discreta pero firme, temió otro peligro. Tuvo miedo, en efecto, de que un fracaso de esa iniciativa provocara en mí un aumento del escepticismo y del ateísmo.

UN CAMINO INESPERADO

EN ESE contexto de desamparo y de humillación, llevé a Claude al santuario de Lourdes. A comienzos de febrero, una mañana temprano, bajo una llovizna helada, el lugar estaba desierto. Ninguna gran peregrinación. Pese a no haber estado nunca en Lourdes, encontramos con facilidad la Gruta con la imagen de la Virgen y las piscinas milagrosas. Solicité que me permitieran asistir al baño de Claude, haciendo valer mi condición de médico, pero mi presencia fue rechazada por los responsables. Se me dijo que un hombre no podía entrar en la piscina de las mujeres. Antes de dejar a Claude, temblorosa de dolor, de frío y de aprensión, me cité con ella en la Gruta que acabábamos de visitar. Después, transido de frío, busqué un refugio, pero la Basílica inferior estaba cerrada. Todavía no sé cómo, encontré amparo en la cripta, que se encuentra encima de la Gruta.

Se celebraba una misa. Yo no había seguido nunca una eucaristía, y no había prestado atención en las bodas y funerales a los que había asistido como parte de la obligada vida social. Antes de mi ingreso en la masonería, consideraba la misa como un rito anticuado, una especie de superstición destinada a atraerse los favores del cielo, al igual que los primitivos se afanaban, mediante diferentes encantamientos, por atraer hacia ellos a las entidades bienhechoras y expulsar a las malas. La masonería me había hecho entender la existencia de una cierta dimensión de lo sagrado en la naturaleza y en el hombre, cuyo respeto es necesario para lograr el orden y luchar contra el caos (ordo ab chaos es una de las fórmulas masónicas), y para mí la misa era un ritual como cualquier otro, capaz quizás de poner al hombre en condiciones de establecer el orden en sí mismo y en su entorno, pero nada más.

Sin embargo, esta vez no podía asistir a la eucaristía distraído ni con suficiencia. Mi corazón estaba en un platillo de la balanza, la salud de Claude en el otro, había iniciado un camino inesperado para un hombre que siempre andaba derecho, por mucho que acabara de agachar la cabeza en el trabajo.

En consecuencia, escuchaba con atención. En un momento dado, el sacerdote se levantó y leyó con solemnidad: «Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá… Palabra de Nuestro Señor Jesucristo». Me quedé estupefacto: esta frase que había escuchado durante mi primera iniciación y que había pronunciado iniciando a otros profanos, eran palabras de Jesús, a quien yo consideraba, en el mejor de los casos, como un sabio o como un gran iniciado, pero no como el Señor. Había acudido a pedir, a buscar, a llamar, sin tener conciencia de la seriedad de lo que estaba haciendo. El sacerdote se había vuelto a sentar y guardaba silencio (porque no había homilía, aunque yo de esas cosas no tenía ni idea), cuando de repente, yo, que me había burlado de las voces interiores de Juana de Arco, escuché con claridad en mi cabeza una voz dulce —no era mi conciencia ni una voz exterior— que me decía:

«Está bien, pides la curación de Claude, pero ¿qué ofreces tú?». Durante un tiempo que no puedo determinar, quedé fascinado por esta locución interior, incapaz de seguir el desarrollo de la misa. No tuve, en absoluto, el sentimiento de que se me proponía un intercambio, sino una invitación al diálogo, una llamada que precisaba respuesta por mi parte, una respuesta esencial. Sólo recobré, de alguna manera, la conciencia cuando el sacerdote elevaba la hostia, en la cual, por vez primera en mi vida, reconocí a Jesús bajo las apariencias de un humilde trozo de pan. Era la Luz que había buscado en vano a lo largo de múltiples iniciaciones.

Naturalmente, yo no tenía la menor noción del sentido de esa ofrenda, salvo el recuerdo de la repulsión que me habían inspirado las religiosas que trabajaron los primeros años en nuestra clínica y que pedían a los enfermos que ofrecieran sus sufrimientos al Señor. Y, sin embargo, como en un relámpago, me vi a mi mismo ofreciéndome a Dios.

Puede parecer poca cosa, pero es mucho para un ateo que había devorado curas durante más de cuarenta años y que acusaba a la civilización judeocristiana de haber inculcado al hombre horribles complejos de culpabilidad, dejando un poso de amargura en todos los placeres de la tierra. Al terminar la misa, seguí al sacerdote hasta la sacristía y, sin más preámbulos, le pedí el bautismo, sin saber que para los adultos es indispensable una preparación. Sólo había asistido al bautismo de mis hijos, sin interesarme realmente en lo que ocurría. Dudó quizás de mi estado mental, y en cualquier caso le preocuparon mis antecedentes, al saber por mí con horror que yo era masón del Gran Oriente de Francia, y ocultista: ¡un diablo en su pila de agua bendita no le hubiera impresionado más! Me explicó entonces que debía presentar una solicitud ante el arzobispo de Rennes.

Algo decepcionado por esa acogida, pero invadido por la impresión del maravilloso encuentro con Jesús, fui al encuentro de Claude. La hallé, como habíamos convenido, sentada ante la Gruta. Y no curada, sino completamente aterida de frío. Se preguntaba qué podía haber hecho yo durante esos tres cuartos de hora, ya que su paso por la piscina no había excedido los diez minutos. Lo primero que hice fue pedirle que me enseñara cómo se hace la señal de la cruz, para santiguarme. Naturalmente, ella se sorprendió, creyendo que se trataba de una broma o que me había vuelto loco. No se le escapaba que mi evidente gozo contrastaba con su estado de tremendo sufrimiento. Sin embargo, en el camino de regreso, mi curiosidad insaciable sobre las cuestiones de la fe y la vida cristiana, sobre la forma de rezar, y mi insistente deseo de ser bautizado, terminaron por convencería de que mi transformación, mi metanoia, mi conversión, no era una engañifa ni una chifladura. Por otro lado, y para sorpresa mía, algunas de mis convicciones más arraigadas se derrumbaron en unas horas.

En efecto, nada más reunirme con Claude frente a la Gruta recordé inmediatamente los antiguos errores y las faltas pasadas. Me sentía impaciente por conocer mejor a ese Jesús a quien yo había perseguido, sin saberlo, al oponerme a la

sabiduría de su Iglesia, participando —incluso de buena fe— en la difusión de la cultura de la muerte, en nombre de un falso concepto de libertad. Me invadía un gran deseo de vincularme, a través del bautismo, a Aquel que me había hablado por la voz de un sacerdote y me había interpelado en lo más intimo de mi alma.

Sin embargo, y aunque la gracia me hubiera tocado, mi orgullo de iniciado, todavía sin limpiar, impedía que yo, el antiguo Venerable, miembro del Capitulo, tramitara una solicitud ante el arzobispado. Mis recientes dificultades no me habían procurado todavía la suficiente humildad. ¿La tengo en cantidad suficiente incluso hoy, teniendo en cuenta que Dios, Él, supo rebajarse hasta asumir nuestra condición humana para salvarnos?

Acordándome de mi abuela ortodoxa rusa, por la que sentía un gran cariño, pensé en dirigirme a un pope de la Iglesia Ortodoxa de Rennes. Le había conocido con mi amigo ruso, pero nuestra conversación había sido un poco tensa, pues no había soportado que yo asimilara el bautismo a una iniciación masónica: hasta tal punto estaba yo persuadido de que no había otro camino para acceder a los misterios del cosmos, de la vida y de la muerte.

La Providencia tuvo que venir en mi ayuda, pues algunos días después de esta transformación me encontré con nuestro amigo René, el rosacruz, a quien conté lo que me había conmovido tanto. Me recordó su pertenencia a la Iglesia Galicana Católica Ortodoxa, que observaba el antiguo rito galo, y que si Jesús me había llamado siendo yo masón, ocultista, divorciado y vuelto a casar, y habiendo en su día practicado abortos, era por pura misericordia. Y añadió que estaba seguro de que su Iglesia me acogería con benevolencia.

Al día siguiente fui a ver al padre Patrick, el pope de la parroquia de Rennes. Me recibió, efectivamente, con toda bondad y tras haber escuchado la narración de mi vida, me dijo, un poco como Cristo a la mujer adúltera: «Yo tampoco te condeno», y me propuso prepararme para el bautismo. Me aconsejó que leyera y estudiara el Catecismo Ortodoxo del Arcipreste Semenoff y el libro de Timothy Ware La Ortodoxia. En las semanas que siguieron devoré estos libros, así como los Evangelios y los escritos de los Padres de la Iglesia.

No experimentaba la menor dificultad en asimilar el catecismo, cuya enseñanza me parecía evidente y correspondía al éxtasis que había hecho nacer en mi alma la misericordia que el Señor había mostrado en Lourdes hacia el pagano recalcitrante que yo había sido durante decenas de años.

Me levantaba temprano por la mañana, para rezar y para leer. Terminé siendo insoportable para Claude a causa de mi exaltación, tal era mi sed de descubrir la fe cristiana. Incluso, ironías de la vida, descubrimos divergencias teológicas entre nosotros, ¡ella católica y yo ortodoxo! Pero no hubo guerra de religión, y Claude asistía conmigo, cada domingo, a la Divina Liturgia (la misa de los ortodoxos). El padre me recibió regularmente para verificar mis conocimientos y tomando en cuenta mis rápidos progresos, me propuso ser bautizado en la siguiente Vigilia Pascual. Yo

recordé con alegría a mi abuela materna. Había sido un ortodoxa convencida y hubiera quedado sorprendida y feliz de verme entrar en esta familia del cristianismo.

Como el padre Patrick no había formulado ninguna observación o reserva sobre mis prácticas esotéricas y ocultistas, yo volvía con naturalidad a la logia masónica. En la primera tenida, que tuvo lugar poco después de nuestra visita a Lourdes, al llegar al punto del orden del día dedicado a «cuestiones diversas», al final de la reunión, pedí la palabra al Venerable que me había sucedido en el cargo y con la mayor honestidad anuncié a mis hermanos mi súbita e inesperada conversión.

Como es usual, no se produjo ninguna reacción en la logia, pero una vez en el patio y más tarde en el ágape, ni un solo hermano me dirigió la palabra.

Aparentemente, todo el mundo estaba molesto, pero nadie hizo el menor comentario.

Por lo demás, mi cambio de convicciones no se hizo sin combate interior. En dos ocasiones me despertaron risas sarcásticas junto a mis oídos y la visión de formas negruzcas, lúgubres, fusiformes, cambiantes como pueden serlo las llamas que se elevan en una hoguera, pero sin luz y sin calor. Esta visión me provocó escalofríos de horror, que me helaron el cuerpo entero. Tales fenómenos desaparecieron de forma instantánea cuando tuve la presencia de espíritu necesaria para invocar en mi auxilio a la Virgen, rezando el avemaría.

Por otra parte, Claude tenía la costumbre de colocar sobre su mesilla de noche un vaso de agua para calmar su sed. Se trataba de agua mineral, que siempre estaba igual de pura al levantarnos que al acostarnos. Hasta que, de repente, y durante varios días, al despertarnos el agua aparecía turbia, repugnante, desprendiendo un olor pútrido, corrompida como el agua de un jarrón con flores tras varios días sin renovarla. Tratamos de sustituir el agua mineral por la del grifo, pero se reproducía el mismo fenómeno. Al cabo de algunos días, un amigo nos aconsejó un experimento: una noche, en lugar de un vaso, colocamos tres en la mesilla de noche. Uno con agua mineral, el segundo con agua del grifo y el tercero con agua mineral, a la que habíamos añadido una gota de agua bendita. A la mañana siguiente, el agua de los dos primeros vasos estaba corrompida, mientras que la del tercer vaso no había perdido nada de su pureza. Obtuvimos los mismos resultados los días siguientes.

Tras habernos familiarizado con la magia blanca, conocíamos ahora las acciones del Maligno.

A pesar de estas maniobras de intimidación, recibí el Bautismo de Agua y la Confirmación del Espíritu, como establece el ritual ortodoxo, el Sábado de Pascua, durante la Vigilia. Tenía más de cincuenta años y era abuelo del pequeño Nicolás desde hacía seis meses. En la fiesta de luces y cantos polifónicos propios de ese rito, sentí verdadera emoción en el momento de la inmersión total de la cabeza y la dulzura del soplo de los santos óleos. Y subí al iconostasio con lágrimas en los ojos, acompañado por el padre Patrick. Experimenté el gozo de ser aceptado como hijo de Dios, limpio de todos mis pecados, acogido como un hermano en una comunidad

cristiana pobre y caritativa, mi familia según el Espíritu. Experimenté también el sufrimiento de verme separado de mis padres carnales, recordando las palabras de Jesús: «Si alguno viene a mi sin preferirme a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas e, incluso, a su propia vida, no puede ser mi discípulo».

Sin embargo, no me encontraba solo, pues ¡oh milagro! Claude estaba presente y curada, sin que se le hubiera aplicado ningún nuevo tratamiento. Y también me acompañaba su hijo, Eric, a quien yo consideraba como propio desde hacía una docena de años.

La emoción del bautismo era mucho más fuerte que la de mi primera iniciación masónica, donde lo sagrado sólo tocaba los sentidos y la inteligencia, pero no saciaba la sed espiritual, que no se colma hasta que Dios mismo baja a nosotros a través de su Hijo. La inmediata participación en la Comunión apaciguó por completo mi alma y mi espíritu.

Ocho días más tarde, Claude decidió volver a su trabajo, desafiando el chantaje del director. Por supuesto, y es lo menos que puede decirse, ¡la acogida no fue calurosa! Dos días después de su regreso al centro, una nota del director ordenaba que Claude ocupara un puesto de secretaria adjunta, cerca de las tres secretarias que estaban destinadas en los despachos de los médicos, y que se encargaban de tareas administrativas —lo supimos rápidamente gracias a algunas indiscreciones de vigilar hasta el menor de sus actos y el más pequeño de sus gestos—. El trabajo de clasificación de expedientes que le habían asignado era casi apto para un discapacitado psíquico. Y era, con toda evidencia, contrario a los reglamentos, pues una enfermera especializada no puede ser asignada a estas tareas. Por supuesto, Claude protestó por escrito, con una carta certificada, contra esta violación de sus derechos, pero se sometió a la decisión dictatorial.

En cuanto a mis dos adjuntos, tras el inesperado retorno de Claude se obstinaron en no saludarme y no responderme cuando me dirigía a ellos. Algunos días más tarde recibí una nota de servicio de la dirección, en la que se me comunicaba una modificación en mi estatus y una completa reorganización del Centro del que yo había asumido cinco años antes la entera responsabilidad administrativa y médica, en el marco fijado por mi contrato, según las normas entonces establecidas por el propio director y por su consejo de administración. Sin previo aviso y sin explicación alguna, todas mis responsabilidades administrativas quedaban transferidas a mi adjunto, Robert, colocado bajo la autoridad directa de uno de los adjuntos de la Caja. La joven médica cuya promoción había diferido era nombrada adjunta y asumía la responsabilidad del personal de enfermería. Mi secretaría de dirección ya no dependía de mí, sino del adjunto administrativo. Se trataba de una degradación flagrante, que vulneraba las disposiciones del convenio colectivo aplicable a todos los centros de la Seguridad Social.

En los días siguientes, toda una serie de notas de servicio, firmadas por el director, me anunciaban que ya no podía dar clase en la Facultad de Medicina ni en la Escuela Nacional de Salud Pública y que dejaba de pertenecer al Observatorio Regional de la Salud, entre otras cosas. Asimismo se suprimían todos los estudios exteriores en los que yo participaba con otros investigadores médicos de la región. En una palabra, tuve que asumir en pocos días que me habían arrinconado, que el personal tenía orden de ponerme en cuarentena, que no me llegaba el correo, ni siquiera las revistas médicas a las que estaba suscrito. Pasaba ocho horas en mi despacho sin el menor contacto con el exterior. Las consultas médicas las pasaban los becarios internos, que en teoría debían consultarme en caso de dificultad, pero que sin duda habían sido aleccionados por el médico adjunto para no hacerlo.

Por supuesto, la fe en Jesucristo me dio la energía necesaria para no dejarme abatir. Todavía contaba, a pesar de todo, con mis relaciones sociales, las masónicas en particular.

En primer lugar, pedí al Venerable que me había sucedido a la cabeza de nuestra logia —un veterinario de nuestra región con el que mantenía una amistad bastante íntima— que intentara una mediación ante mi director, que seguía formando parte de nuestro taller (aunque raramente viniera a las tenidas). Regresó muy desanimado, describiendo la arrogancia y el carácter intratable de su interlocutor, a pesar de que invocó ante él con energía los principios de fraternidad y solidaridad; mi amigo me confesó que, antes de esa entrevista, sólo había creído en parte mis alegaciones, hasta tal punto le parecían inconcebibles. Pero prefería no ponerse él mismo en peligró perseverando en mi defensa. Pedí a algunos otros masones, personajes influyentes de los que he hablado antes, que intervinieran, pero eludieron su responsabilidad con el pretexto de que se trataba de un conflicto profesional. Consulté entonces al superior jerárquico de mi director, a saber, el director regional de Asuntos Sanitarios y Sociales, representante del ministro de Sanidad, que no era masón, pero con el cual yo participaba en el comité ejecutivo del Observatorio Regional de la Salud, en el que habíamos estableado una relación de mutuo aprecio. Me hizo comprender que las relaciones «ocultas» de mi director le proporcionaban una impunidad, por no decir un peligro, innegables. Sabiendo que el Inspector General de Asuntos Sanitarios, temible por su rigor, visitaría nuestra región, me permití informarle de mi situación. ¡Pero me hizo saber que, a pocos meses de la jubilación, no deseaba enfrentarse a un hombre que disponía de tanto poder!

Consulté entonces a un abogado al que conocía y que formaba parte de la Gran Logia de Francia, y le pedí que presentara, ante la magistratura laboral encargada de los conflictos entre patronos y empleados, una demanda por «modificación sustancial» de mi contrato laboral. Para dejar claro que se trataba de una cuestión de honor, no solicitaba recibir indemnización alguna, sino solamente ser restablecido en la integridad de mis funciones.

Tres días más tarde, retenido en casa por una gripe y con fiebre, tuvimos la sorpresa, Claude y yo, de recibir la visita matinal de un «hermano» de la Gran Logia de Francia, catedrático y secretario regional de Fuerza Obrera, quien me dijo con la mayor frialdad que si pleiteaba ante la magistratura laboral «ponía en peligro mi vida» y él no podría hacer nada para protegerme. Yo sabía que se podía llegar a poner en peligro la propia vida para defender a un «hermano»; pero nunca imaginé que se pudiera estar amenazado de muerte por conocidos y honorables masones de nuestra ciudad. Dándole vueltas al asunto, acabé relacionando esa amenaza con la invitación de mi director, unos meses antes, a una curiosa reunión con el presidente de nuestro consejo de administración, en presencia de la persona que me transmitió las amenazas, cuando yo buscaba en vano las razones de mi desgracia. Supuse que estos señores hablan formado con otros una logia salvaje, antesala de la deriva mafiosa de las organizaciones masónicas.

Me tomé en serio la amenaza y al día siguiente deposité en la caja fuerte de mi banco una nota, indicando el nombre de las personas sospechosas, para el caso de que me sobreviniera un «suicidio involuntario». Previne también a un pariente que trabajaba en la DCRG (Direction Centrale des Renseignements Généraux), la central de Inteligencia de la Policía. Claude y yo nos manteníamos siempre alerta. En cuanto nos era posible cogíamos nuestro coche y salíamos hacia destinos imprevisibles, especialmente durante los fines de semana, íbamos con frecuencia a la península de Quiberon, en la costa sur de Bretaña, donde disfrutábamos de la hospitalidad de una pareja discreta.

A pesar de todo, mi entusiasmo religioso no se debilitaba. Continuaba levantándome pronto cada mañana para rezar el rosario y leer los Evangelios. Poco tiempo después de mi bautismo me apunté a un curso por correspondencia para obtener un diploma de propedéutica en teología ortodoxa, y cuando me vi «arrinconado» en mi despacho aproveché el tiempo de inactividad para estudiar los materiales correspondientes.

Evidentemente, trabamos nuevas relaciones en el seno de la pequeña comunidad ortodoxa. Además de nuestro amigo René y de su esposa, responsables en la Orden Rosa-Cruz AMORC, pertenecían a esa comunidad muchas personas decepcionadas con la religión católica por razones diversas, especialmente porque rechazaban las decisiones del Concilio Vaticano II. Habituado a los esoterismos y a los ocultismos, no me sorprendía la presencia de martinistas y de templarios modernos. Había también curanderos e hipnotizadores. Uno de ellos, agricultor, hizo amistad con nosotros. Nos invitó a su casa y nos fue informando, poco a poco, de que él practicaba una magia blanca marroquí con la que curaba a quienes acudían a consultarle. Más tarde, a medida que la confianza y la amistad reciproca se fortalecieron, nos confesó que era sacerdote de la Iglesia Veterocatólica, iglesia clandestina que había sobrevivido a la persecución de sacerdotes y comunidades religiosas por los gobernantes de la Tercera República, a finales del siglo XIX y

principios del XX. Había instalado una pequeña capilla en una de sus granjas. El hijo del pope, que se preparaba para serlo él mismo, era monitor de Tai-Chi-Chuan, y nos pusimos igualmente a practicar esta disciplina que, teóricamente, había sido importada a Occidente para mejorar la salud y el dinamismo de las personas. No nos dimos cuenta, al menos en los primeros meses, de que se trataba de una práctica de los monjes taoístas chinos, quienes no creen en un Dios personal, sino en un universo en el cual se enfrentan o se equilibran las energías cósmicas y telúricas, el Ying y el Yang.

Durante el verano en Quiberon, visitamos la Abadía de Sainte-Anne de Kergonan, situada a la entrada de la península, para escuchar canto gregoriano. Se trata de una abadía benedictina de la orden de Solesmes. Acudimos a oír Vísperas. Qué pureza, qué sencillez, qué intimidad y al mismo tiempo, qué efecto sobre el alma y sobre el cuerpo. Sí, sobre el cuerpo.

Claude ya podía alimentarse normalmente, pero aún tenía fístulas. Al salir de la iglesia me dijo que durante los cantos había dejado de sufrir. Fuimos al locutorio, donde nos atendió el hermano portero, hombre de edad avanzada, que parecía, sin embargo, muy eficiente. Le participamos nuestro asombro, que fingió compartir, y después, tras algunas frases sobre la lluvia y el buen tiempo, nos reveló incidentalmente que el doctor Tomatis, fundador de la musicoterapia en Francia, había permanecido de retiro en aquella abadía y había constatado el efecto curativo del canto de algunos salmos. Le contamos a grandes rasgos nuestra situación, mi arrinconamiento y los ataques que habían seguido a mi conversión. Fue a buscar un libro sobre las manifestaciones del Maligno en el mundo moderno y nos propuso que lo leyéramos esa misma tarde, para volver a verle al día siguiente. Curioso libro y curiosa propuesta. Pero así lo hicimos.

Al día siguiente y en días sucesivos, proseguimos nuestra conversación con el buen padre Yves Boucher, que iba recibiendo las revelaciones sobre nuestra vida de pecadores con una aparente y sonriente ingenuidad, sólo interrumpida por expresiones como «ah», «¿sí?», «bien», que nos daban la impresión de estar descubriéndole un mundo de desgracias y de perversidad. Eso sí, tenía una mirada como nunca habíamos visto otra, una mirada que parecía traspasar nuestra apariencia física, nuestra historia y nuestra experiencia vital, como si viera nuestras almas, pero sin formular el menor juicio. Fue esa mirada lo que nos hizo comprender lo que podía ser el amor verdadero, el agapé de los griegos; lo que nos hizo descubrir que la tolerancia, de la que estábamos tan orgullosos los masones, es tan sólo un pálido reflejo de la tolerancia de la que Cristo es testimonio en el mundo, de la tolerancia que sólo puede descubrirse en los ojos de estos hombres sencillos, que encarnan a Cristo resucitado. Esta auténtica tolerancia se manifiesta de forma tangible en consejos sorprendentes, para mi y para todos los que tienen esa visión maniquea de la humanidad que viene a decir «los buenos somos nosotros, los malos son los demás».

Así, mi pertenencia a la ortodoxia le inspiró solamente la reflexión de que la orden había sido creada por San Benito antes del cisma, y que los benedictinos, como los ortodoxos, habían conservado como oro en paño el legado de los Padres de la Iglesia. Le enseñé mis deberes de teología y corrigió mis errores, no desde la óptica católica, sino en el sentido de la ortodoxia pura, lo que me permitió, por otra parte, obtener una mención en el examen oral, meses después en París. Nos enteramos de forma casual de que este buen monje era sacerdote, aunque nunca había mencionado esta condición ante nosotros. Cuando le comenté mi enfado por el hecho de haber sido destruido por otro francmasón, hermano y amigo mío, y de haberme sentido abandonado en mis peticiones de ayuda ante otros hermanos, que estaban entre los más influyentes, me mostró a Jesús, quien, Él también traicionado por Judas y abandonado por los Apóstoles, no había recurrido al poder de su Padre para escapar a la muerte, sino que había confiado en Su voluntad y en Su amor. No me proponía resignación, pues me aconsejó que utilizara todos los medios pacíficos —es decir, jurídicos— a mi alcance para hacer valer mis derechos: pero recomendaba que lo hiciera con buen talante y confianza, porque mientras somos probados no sabemos ver el plan que tiene Dios para nosotros. Porque Dios no abandona nunca a sus hijos. Y, en último término, la prueba de la Cruz, que escandaliza nuestros espíritus ofuscados, permite la maravilla de la Resurrección, triunfo de la verdadera vida, la Vida Eterna.

Por lo demás, en la masonería del 16.º grado, al que yo había accedido, el símbolo era la rosa sobre la cruz, con lo que se quiere decir que de la prueba surge la plenitud de la personalidad, liberada de las exigencias del mundo. Se trata de un sucedáneo, por supuesto, ¡ya que la víctima expiatoria no es Cristo, sino el pelícano! ¡Ridículo sustituto! Gracias a este buen padre, comprendí que yo no podía cambiar el mundo con mis arrebatos y mis gritos, sino que sólo cambiándome yo mismo, paciente y constantemente, podría contribuir a la conversión y transformación del mundo. Y comprendí que el camino para pasar de la cruz a la rosa era el sacrificio, es decir, el amor a todos los hombres, incluso a aquellos que nos odian. Por esta vía logré perdonar, en el fondo de mi corazón, a todos aquellos que me perseguían materialmente, moralmente y de manera oculta: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen».

A pesar de todo, aunque mi corazón estaba dispuesto a perdonar, mi inteligencia pretendía un desahogo, un gesto de ruptura. Pero el padre me desaconsejó dejar la masonería en aquel momento de indignación personal. Era mejor darse un tiempo de reflexión y evitar reacciones aún más nocivas de los «hermanos» contra el disidente. Por otra parte, yo no veía todavía la incompatibilidad fundamental que existe entre el cristianismo y la francmasonería, aunque el padre hubiera comenzado a abrirme los ojos discretamente.

El padre Yves, como le llamábamos, se había preocupado también por nuestra situación conyugal. Estando ambos divorciados y vueltos a casar, no podíamos recibir

la comunión ni volver a casarnos por la iglesia Católica. No cabía la menor ambigüedad a la vista de las disposiciones canónicas, y el padre sabía que sentirnos alejados de Cristo y separados de la comunidad constituía un sufrimiento. No teníamos este problema en el ámbito de los ortodoxos y el padre Patrick nos había propuesto bendecir nuestra unión, pero Claude no se sentía con derecho a aceptarlo, ni con respecto a su conciencia, ni con respecto a la Iglesia de Roma, ni con respecto a Dios. El padre, un día, nos sorprendió al explicamos que él conocía casos en que las condiciones iniciales de una unión habían sido revisadas por el tribunal eclesiástico. No había problema en lo referente a mí, puesto que yo no estaba bautizado al contraer mi primer matrimonio. En el caso de Claude, parecía imposible que unos sacerdotes, formalistas en nuestra opinión, pudieran revisar una bendición nupcial impartida veinticinco años antes, aun cuando esa unión no fuera fruto del amor y se hubiese convertido en un calvario desde el primer día, ya que su exmarido no había tenido mejor idea que llevarla a pasar la noche de bodas a un hotel para prostitutas; a ella, que pertenecía a la buena burguesía católica provincial.

Tras las vacaciones a la orilla del mar y cerca de la abadía, el regreso a Rennes y a la Seguridad Social nos sumergió de nuevo en la opresión y en la obsesión propias de una situación profesional insoportable. Claude se volvió a encontrar prisionera en el secretariado, vigilada por sus tres colegas, que no tardaron en hacerle ver que soportaban mal el papel de guardianes que mi adjunta administrativa les imponía. Pero no tuvieron gran cosa que descubrir, porque Claude había tomado la resolución de ejecutar al pie de la letra las tareas prescritas para sus nuevas atribuciones, por contrarias que éstas fuesen a su contrato de trabajo inicial. Por mi parte, pasaba ocho horas al día encerrado en mi despacho sin contacto alguno con el resto del servicio y además de cultivar la teología, dedicaba mi tiempo a estudiar homeopatía y acupuntura, técnica por la que sentía una gran curiosidad, por haberme curado gracias a ella, en 1976, de una enfermedad que me había afectado gravemente durante cuatro años: una rectocolitisulcerohemorrágica debida al estrés que me había producido mi divorcio. Tal dolencia había resistido a todas las terapias entonces conocidas.

Sin embargo, no escatimaba esfuerzos para restablecer nuestra situación. En uno de mis últimos intentos de mediación, solicité la ayuda de Edmond Hervé, alcalde de Rennes y ministro de Sanidad, compañero mío en el Partido Socialista, con el que me tuteaba desde hacía muchos años. Me sorprendió que no me recibiera directamente. Luego supe, durante una entrevista con mi abogado, que se había reunido en secreto con el secretario regional de Fuerza Obrera, el autor de las amenazas de muerte que pesaban sobre mí. Ambos concluyeron que no había nada que hacer para sacarme del avispero en que me encontraba.

Recordando que los tres eran francmasones (la adscripción masónica de Edmond Hervé fue revelada por el semanario Le Point), apreté las clavijas a mi abogado y comprendí que no se preocupaba realmente por mi suerte ni conocía con detalle mis asuntos. Le comuniqué, como quien dice sobre la marcha, que le retiraba mi defensa

y la de Claude para confiárselas a otro letrado. Consultamos ambos al decano del Colegio de Abogados, conocido por ser ferviente católico y un hombre de gran integridad; cuando le pregunté si estaba dispuesto a aceptar nuestra defensa, a pesar de las graves amenazas proferidas y de que todas la autoridades se habían desinteresado, me respondió que su deber era defendernos, incluso en el caso de que estuviéramos en conflicto con el propio presidente de la República.

ÚLTIMO DISCURSO ANTE EL GRAN ORIENTE

DE TODAS formas, decidí volver a la logia, pero con la intención bien precisa de poner a prueba la famosa tolerancia masónica y la amistad de mis hermanos. Propuse al Venerable preparar una plancha para el día de San Juan Evangelista (honrado en las logias por las razones que luego diré). Sería una plancha sobre el personaje histórico de Jesús. Nuestras dos logias del GODF (Gran Oriente de Francia) se hallaban reunidas en esta ocasión. Mi trabajo se titulaba: Jesús, ¿personaje mítico o iniciado? He aquí el texto íntegro, que he conservado:

Venerable Maestro y hermanos todos, según vuestros grados y calidad: habiéndose reunido nuestras logias azules, logias de San Juan, para celebrar la fiesta del solsticio, siguiendo una tradición ancestral, he propuesto exponer ante vosotros la síntesis del trabajo que vengo realizando desde hace varios meses.

Sin embargo, según avanzaba en la redacción de esta plancha, me daba cuenta con mayor claridad de la vanidad de mi ambición: ¿cómo concentrar en unos pocos minutos y, sobre todo, cómo conciliar opiniones tan variadas como divergentes de todos los teólogos, místicos, historiadores, filósofos, psicólogos, sociólogos, que han estudiado la personalidad de Jesús, personaje tan fuera de lo común que los historiadores han considerado conveniente dividir la historia del mundo en dos periodos, antes y después de Él? ¿Por qué evocar al fundador de una de las religiones más extendidas universalmente ante las logias del Gran Oriente, orden que ha sido uno de los artífices de la separación de la iglesia y del Estado, de la laicidad e, incluso, del ateísmo de los que no conocen la masonería?

Y. sin embargo, es menos sorprendente de lo que pudiera parecer a los más jóvenes de nosotros. En primer lugar, porque los primeros masones especulativos, como los masones operativos —los constructores de catedrales—, eran cristianos, aun cuando supieran guardar su independencia con respecto a las autoridades eclesiásticas, en especial el Papado. ¿No fue el propio Jesús uno de tos promotores de la laicidad, cuando dijo «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»? O, dicho en otros términos: distinguid bien lo que pertenece a los poderes públicos y lo que pertenece al ámbito del espíritu, y también de la libertad individual. Como iremos viendo. Jesús fundó la libertad individual que nosotros continuamos defendiendo frente a todos los poderes constituidos.

Y esto, en lo que se refiere a Jesús, en el seno de un pueblo preocupado hasta la obsesión por su destino colectivo, el pueblo elegido de Dios. Él proclamó también la igualdad de todos, judíos y gentiles, hombres y mujeres, en el seno de una sociedad elitista, donde el extranjero, la mujer, el esclavo eran considerados impuros, hasta el punto de ser relegados al exterior del templo. Predicó la fraternidad, el amor al prójimo, la verdadera caridad, en una época en que los Diez Mandamientos dictados a

Moisés no eran sino letra muerta y en que las costumbres depravadas de Roma se veían sobrepasadas por las crueldades de Herodes y de la dinastía Idumea. Libertad, igualdad, fraternidad, he aquí la divisa de nuestra orden, proclamada por Jesús hace dos mil años «con peligro de su vida». Y ya que celebramos en nuestras fiestas solsticiales a San Juan Bautista, el precursor, con el comienzo del declinar del sol, el 24 de junio, y a San Juan Evangelista, el intérprete, con el renacimiento del sol el 27 de diciembre, me parece legítimo evocar ante vosotros, durante unos instantes, a Aquel que fue anunciado por el primero y narrado por el segundo.

Considerando que las concepciones metafísicas pertenecen al dominio exclusivo de la opinión individual, me resistiré, como nuestra orden, a formular cualquier afirmación dogmática. ¿Fue Jesús la encamación de Dios incognoscible, como afirman las religiones cristianas? ¿Fue, como sostiene Mahoma, el más grande de los profetas, nacido de una Virgen, descendiente de Noé a través de Abraham? ¿Fue, como pretenden ciertos místicos, como Rudolf Steiner, la reencarnación de grandes precursores, como Zoroastro? Sólo la fe procura una respuesta inapelable a estas cuestiones, cuya solución no se encuentra en la arqueología, ni en la historia, ni en ninguna ciencia del hombre. Guardémonos, pues, de menospreciar la fe. Es ella la que nos anima a todos, en la elección y en el mantenimiento de los principios que nos guían. Y la fe del racionalista militante, aunque opuesta, es tan viva como la de un monje del Monte Athos. Sólo el objeto difiere. La primera ha deificado la razón.

No entraré tampoco en las querellas históricas, a veces bizantinas, que resaltan las contradicciones entre los Evangelios.

No son mayores ni menores que las que rodean cualquier texto de la Antigüedad cuyo original haya desaparecido. ¿Acaso no sabemos, por ejemplo, que el más antiguo manuscrito de la obra de Esquilo, escrita 500 años antes de Cristo, data de las proximidades del año 1000 de nuestra era? Sólo citaré el estudio, tan critico, de Robert Ambelain sobre Jesús o El secreto mortal de los templarios, que apenas toca el tema ligeramente al comienzo y al final, y las aportaciones tan originales de Michael Baigent. Richard Leigh y Henry Lincoln en El Enigma Sagrado, uno con la pretensión de aportar la prueba de la existencia de un hermano gemelo de Jesús, que le sustituyó después de la crucifixión, y los otros la prueba del matrimonio de Jesús con María Magdalena, quien se habría refugiado con algunos discípulos en el sur de la Galia, tras la muerte de Cristo.

En todo caso, los teólogos modernos y los historiadores auténticos están de acuerdo en afirmar que la transmisión de la Buena Nueva, al principio oral, no se fijó por escrito hasta una treintena de años después de la muerte de Jesús, sobre unos papiros, algunos de cuyos fragmentos se han encontrado. Los primeros pergaminos completos, en griego, datan de cerca de trescientos años después de la redacción original: es el caso del Codex Vaticanas, conservado en el Vaticano, y del Sinaiticus, conservado en el British Museum. Sin embargo, existen traducciones en latín, en sirio y, sobre todo, en copto, que datan del siglo II.

Es preciso recordar, además, que el Evangelio, la Buena Nueva transmitida en las logias, es el anuncio de la salvación realizado por Jesucristo. El hecho de que permita reconstruir una parte de la vida de Jesús no debe ocultar lo que quiere ser por encima de todo: el testimonio de Jesucristo, hijo de Dios y salvador de los hombres, por la nueva comunidad cristiana. Los Evangelios, fuente esencial para nuestro conocimiento de Jesús, no deben ser tratados como obras históricas: fue la necesidad de la predicación, de la enseñanza y del culto, más que un interés biográfico, la que guió a la comunidad primitiva en la fijación de esta tradición sobre la vida de Jesús.

Me limitaré, pues, como lo indica el titulo de mi plancha, a dos hipótesis que se han enunciado con respecto a Jesús: ¿personaje mítico o iniciado?

¿Personaje mítico? Fundándose en las debilidades históricas del Nuevo Testamento, algunos han llegado a negar la existencia de Jesús. El jefe de filas de esta teoría fue David Strauss, historiador alemán, discípulo de Hegel, que escribió en 1835 una Vida de Jesús que provocó un enorme escándalo y le valió su destitución como profesor en Tubinga. Strauss trató de probar que la vida de Jesús, tal como la cuentan los Evangelios, es un mito, una leyenda creada por la imaginación popular para satisfacer las necesidades del cristianismo naciente según las profecías del Antiguo Testamento. Su tesis, puramente negativa, defendida con extremado ingenio y una gran erudición, ha resultado verdadera en algunos detalles, pero resulta insostenible en su conjunto. Tiene, sobre todo, el grave defecto de no explicar el origen del cristianismo. Tuvo, sin embargo, un mérito importante: el mérito de transferir el problema de la teología dogmática al de la crítica de los textos y de la historia. La influencia de Strauss fue considerable sobre el racionalismo moderno, pero sobre todo llevó progresivamente a los teólogos más oficialistas a efectuar revisiones que cuestionaban dogmas esenciales: basta con leer, para convencerse, la presentación de la Biblia de Jerusalén por el reverendo padre Botsmard, profesor de la Escuela Bíblica de Jerusalén.

No se puede negar, con Strauss, la existencia de Jesús. Historiadores del siglo I, como Tácito, Suetonio, Plinio el Joven, aluden a Cristo: alusión discreta, como resulta comprensible, pues los cristianos sólo representaban entonces para ellos una secta judía sin gran importancia. Flavio Josefo, historiador judío contemporáneo de Jesús, es más explícito cuando evoca a «un hombre sabio llamado Jesús, que arrastró a muchos judíos y a muchos griegos y que, después de crucificado, resucitó el tercer día». Existe, sin embargo, un fundamento indiscutible en la teoría mitológica. Es el hecho de que los Apóstoles, y quizá el propio Jesús al final de su misión terrena, efectuaron la fusión entre el Jesús personaje histórico y Cristo. Cristo, Christos en gnego, es el Mesías, el Ungido del Señor, anunciado por el Antiguo Testamento desde hacía muchos siglos, la esperanza para los hebreos de ver restaurada la dinastía de David y el poder del pueblo elegido de Yaveh.

Por lo demás, hasta el momento de la Pasión los propios Apóstoles están convencidos de que el Reino de Dios anunciado por Jesús será la toma del poder

temporal y la instalación, a la vez, de Dios Rey en el Templo restaurado por Herodes y en el trono de David. Cuando Jesús es detenido por los hombres de Caifás, guiados por Judas, todos los Apóstoles se dispersan desanimados, salvo Pedro, quien, por otra parte, le niega, y Juan, el discípulo al que amaba el Señor. Será necesaria la Resurrección para que los Apóstoles vean de nuevo en Jesús al Mesías, a Cristo, y para que entiendan que el Reino pertenece al ámbito del Espíritu.

Lo que favorece la interpretación mitológica de la historia de Jesús es, también, el hecho de que los Padres de la Iglesia se preocuparan por atender a las últimas palabras de Cristo resucitado, como dice San Marcos: «Id por todo el mundo y predicad la Buena Nueva a toda la creación»; y, con este fin, adoptaron determinados elementos de culto anteriores, mejor aceptados por los pueblos paganos. Fue así como la fecha de nacimiento de Jesús, siempre controvertida, se fijó el 25 de diciembre, a causa de la enorme popularidad del cuito de Mitra, el Sol invictus o Sol Invencible. Para unos y para otros, la vieja fórmula litúrgica, llegada de lo más profundo del antiguo Irán, mantenía su validez: Sol novusontur, un nuevo sol había nacido. Era, también, el nuevo Adán. Lo cual justifica, igualmente, la lectura del Evangelio de San Juan por Paul Diel, quien, a semejanza de Ernest Renán, elimina lo milagroso e incluso el Dios antropomórfico, pero no quita nada del carácter eminentemente espiritual de las enseñanzas de Jesús y de sus Apóstoles. Yo pienso a este respecto que todo masón apasionado por el simbolismo debería leer El simbolismo del Evangelio de Juan, de Paul Diel y Jeanine Sdotarefí.

En el lado opuesto, René Girard, en su libro El chivo expiatorio, demuestra que la misión de Jesús y el relato que de esa misión hacen los Evangelistas implican el final de toda mitología. En efecto, para él, todo mito enmascara a una víctima voluntaria, el chivo expiatorio fundador de toda sociedad y de toda religión, para la solución de las tensiones y la reconciliación de los antagonistas. Es cierto que aquí existe también una victima expiatoria, como dice Caifás al Sanedrín: «Es mejor que uno solo muera por los demás». Con ello quería indicar que resultaba preferible sacrificar a Jesús antes que ver desencadenada la violencia romana contra la comunidad judía, ante la sospecha de que quisiera restaurar la dinastía de David. Sin embargo, como subrayan René Girard y los propios Evangelios, esta vez, y en oposición a todos los mitos antiguos, la víctima es reconocida como totalmente inocente, ella misma no se reconoce ninguna culpabilidad personal y sólo acepta cargar con los pecados de los demás: es el Cordero de Dios, anunciado por Juan el Bautista, que debe enseñar a la humanidad el rechazo de toda violencia y el triunfo del Espíritu. Es necesario, pues, admitir que Jesús existió realmente, que no se trata de un personaje meramente legendario y que su Pasión quizá constituya, a la vez, el fin de un período mitológico de la humanidad y el comienzo de la era cristiana.

Por otra parte: ¿fue Jesús un iniciado? Y. más precisamente, ¿un iniciado esenio?

Creo que el primero que enunció esta hipótesis fue Edouard Schuré, en el año 1889, en su sorprendente libro Los grandes iniciados. Para él, el silencio de Jesús y

de los evangelistas sobre los esenios se debe al hecho de que eran sus herederos espirituales. En efecto, si por un lado las palabras de Jesús que nos relatan los Evangelios contienen ataques reiterados a los saduceos y a los fariseos —las dos principales castas religiosas judías de la época—, y si, por otro, algunos reproches se dirigen sólo a los celotes o sicarios, que intentaban una revuelta armada contra los romanos, sin embargo los esenios no aparecen nunca citados. Y eso que eran bastante numerosos. Algunos llevaban una vida casi monástica en Engadi, en la orilla occidental del Mar Muerto, otros constituían pequeñas comunidades dispersas en Judea, Galilea y, también, en Alejandría, cerca del lago Mareotis. Filón, dos siglos antes de Cristo, y Flavio Josefo, contemporáneo de Jesús, alabaron su moralidad.

La tesis de Schuré, basada en una notable intuición y en una sólida erudición, tiene el mérito de llenar el silencio total de los Evangelios y de los textos neotestamentarios sobre los treinta primeros años de la vida de Jesús, con la excepción de su presentación ritual en el Templo a los 13 años, edad en que el futuro Maestro sorprende ya a los doctores por su conocimiento de la Ley y de los Profetas, así como por la vivacidad de su espíritu. A menos que se admita que Jesús recibió de Dios todo conocimiento, hemos de imaginar que una parte de su sabiduría le fue transmitida por maestros cuyo nivel de espiritualidad no ofrece la menor duda.

Por otra parte, la Teología Dogmática precisa que Jesús sólo recibió el Espíritu Santo en el momento de su bautismo por Juan el Bautista, a la edad de 30 años, iniciando así su misión universal. Los otros fundadores de las grandes religiones tampoco eran seres incultos: Zoroastro y Buda pertenecían a familias principescas, y Mahoma no hubiera podido transmitir el mensaje poético del ángel Gabriel sin el conocimiento admirable que tenía de la lengua árabe. Para Schuré, pues. Jesús recibió la enseñanza de los esenios y el mismo Juan el Bautista era un anacoreta esenio: la purificación a través del agua era, de hecho, un rito de esta secta. La iconografía cristiana representa siempre a Jesús con una larga túnica blanca, símbolo, por supuesto, de pureza. Pero también los esenios llevaban siempre una túnica blanca. Rechazaban cualquier clase de violencia, incluso verbal, y no practicaban sacrificios cruentos, como los que inundaban a diario la escalinata del Templo de Jerusalén. Constituían asimismo una orden iniciática, pues había pruebas de ingreso tras un período de purificación de un año, una enseñanza con diferentes grados, un ritual, la obligación del secreto, con exclusión en el caso de que éste fuera violado. Amar al prójimo era su primer deber. Para Schuré, Jesús aprendió con ellos la doctrina esotérica y la doctrina del Verbo Divino, ya enseñada por Krisna en la India (citado en el Rig Veda), por los sacerdotes de Osiris en Egipto, por Orfeo y Pitágoras en Grecia, y conocida por los profetas bajo el nombre de Misterio del Hijo del Hombre y del Hijo de Dios. Según esta doctrina, la más alta representación de Dios es el hombre, que por su constitución y su inteligencia es la imagen del Ser universal y posee sus facultades, como leemos en San Ireneo de Lyon cuando dice que «Dios se ha hecho hombre para que el hombre pueda llegar a ser Dios».

Jesús aprendió también entre los esenios a curar los cuerpos y los espíritus. La palabra «esenio» equivalía a «terapeuta» en griego, y los miembros de esta fraternidad se esforzaban por aliviar los males de sus prójimos. Spencer Lewis, Imperator de la Orden Rosa-Cruz (AMORC), sin evocar el libro de Schuré, sostiene una tesis muy próxima, en el año 1929, en un libro titulado La vida mística de Jesús. Basándose en archivos que se conservan en San José de California, en Egipto y en el Tíbet, va más lejos que Schuré cuando afirma que Jesús no sólo se formó en el Monte Carmelo con los esenios (herederos a su vez de los iniciados egipcios, la Gran Fraternidad Blanca, cuyo más célebre representante fue Akenatón, fundador de la primera religión monoteísta), sino que el silencio de los Evangelios sobre la juventud de Jesús se debe al hecho de que su formación prosiguió en Egipto, en la India e incluso en el Tíbet. Para Spencer Lewis, igual que para Schuré, el episodio de su retirada al desierto durante cuarenta días y la tentación de Jesús por Satanás se corresponde con un retiro en una de las grutas a orillas del Mar Muerto que los anacoretas esenios imponían como prueba final a aquellos que, iniciados en el cuarto grado, estaban llamados a desempeñar una misión excepcional. Naturalmente, los historiadores no se privaron de criticar la intuición de Édouard Schuré ni las afirmaciones de Spencer Lewis, al no estar sostenidas sobre referencias precisas y fundarse tan sólo sobre los «archivos secretos» conservados por los herederos de la Gran Fraternidad Blanca, que, para los miembros de la Orden de Rosa-Cruz y para los templarios joanitas actuales, significaría todavía una jerarquía suprema. Sin embargo, el descubrimiento en 1947 por pastores beduinos en el sitio de Qumram, a orillas del Mar Muerto, de un verdadero tesoro de manuscritos —los llamados Manuscritos del Mar Muerto— prácticamente contemporáneos de Jesús, ha permitido aportar un principio de confirmación a la hipótesis según la cual Jesús se habría iniciado entre los esenios y en cualquier caso, hacer verosímil esta tesis que cincuenta años antes, parecía blasfema a los guardianes del dogma y fantasiosa a ´los propios historiadores. El propio Jean Daniélou, gran especialista en cuestiones bíblicas, consideró esta tesis al final de su vida.

Los Manuscritos del Mar Muerto confirman, en efecto, las alusiones a los esenios de los historiadores judíos Filón y Flavio Josefo y, además, aportan multitud de detalles sobre sus rituales, su modo de vida, sus concepciones morales. Todavía ahora (en 1985) no han sido estudiados todos los papiros recogidos, pero lo esencial está concentrado en una obra notable de Dupont-Sommer. Los esenios, como los profetas del Antiguo Testamento, esperaban al Mesías, Salvador de la humanidad. Pensaban, sin embargo, que el Mesías seria uno de ellos y que debería transmitir su doctrina al mundo. Es cierto que Jesús no aparece citado en los Manuscritos; pero se encuentra en ellos esa humildad, esa vida frugal pero rica en el plano espiritual, esa glorificación de los pobres, ese rechazo del poder real y sacerdotal, esa aspiración a vivir realmente en espíritu la moral restrictiva de la comunidad, y a evitar tanto las

falsas apariencias de los rituales pomposos como la exégesis puntillosa de los textos de la Ley.

Todo esto se encuentra en los actos y en las palabras de Jesús, tan opuesto a las prácticas aristocráticas de los saduceos y a los formalismos de los fariseos. Las abluciones constituían el rito purificador, precursor del bautismo cristiano que, en el rito ortodoxo, comporta siempre una inmersión completa. Sobre todo se encuentra, descrito con precisión, el ritual de las comidas compartidas, que estaba reservado a los verdaderos iniciados y que implicaba compartir el pan y el vino, lo cual constituía, pues, la prefiguración de la Cena que reunió a los Apóstoles con Jesús, por última vez en su misión terrena, para convertirse después en la Eucaristía, sacramento fundamental de la Iglesia cristiana primitiva y, después, de las Iglesias católica y ortodoxa. Jesús le aporta, además, el significado de sacrificio incruento, sin derramar sangre.

El ágape fraterno que va a reunirnos hoy, después de esta tenida, ¿nos viene también de los esenios, a través de los cristianos joanitas, de los templarios y de la Rosa-Cruz? Es verosímil, pero es indudable que ningún historiador podrá probarlo nunca. En todo caso, existe desde los orígenes de la masonería, y el gozo de reencontramos unidos en el renacimiento del sol debe acompañarse de un recuerdo a Jesús, que ha aportado a la humanidad doliente el humanismo, el respeto al hombre, a todos y cada uno de los hombres y, para aquellos que viven la fe cristiana, la certeza de que Dios está en cada uno de nosotros. Busca y encontrarás. He dicho.

Por supuesto, había hecho bastantes concesiones a la gnosis, que tanto apasiona a tos masones. A pesar de ello, y por vez primera en mi vida masónica, oí durante mi intervención burlas en voz baja, pero muy audibles («¡fuera el solideo!»), y ello en diferentes ocasiones. El Venerable, por su parte, no cumplió plenamente su función, que consistía en cortar de inmediato, con un simple golpe de mazo, estas infracciones inadmisibles del reglamento: ¡en la logia no se interrumpe nunca a un orador! Entre los espacios de tránsito y la sala húmeda, ningún hermano vino a cumplimentarme por mi trabajo, no recibí ni una sonrisa de apoyo. En consecuencia, me eclipsé discretamente antes del ágape y decidí no volver a participar en los trabajos de la logia, de la cual había sido Venerable: me acordé entonces de los discretos consejos de nuestro buen monje, para quien la masonería no era compatible con el cristianismo, o cuando menos con el catolicismo y la ortodoxia.

Recordé, igualmente, que me había aconsejado no proceder a una ruptura brusca, sino alejarme de la logia alegando, por ejemplo, razones de salud. Algunas semanas más tarde me reuní con un amigo, médico psiquiatra, a quien describí brevemente mi situación profesional, las amenazas de las que habíamos sido objeto y los primeros síntomas de reaparición de mi rectocolitis.

Me aconsejó que pidiera la baja por enfermedad alegando trastornos psicosomáticos y, gracias a él, pude escapar al «arrinconamiento» durante dieciocho meses. En junio de 1985, Magistratura de Trabajo, de la que formaban parte algunos

masones conocidos míos, pero también de mi adversario, desestimó mi demanda so pretexto de que ¡no había valorado económicamente el perjuicio sufrido! De acuerdo con mi nuevo abogado, presentamos una nueva demanda ante la misma instancia, pero con solicitud de indemnización por daños y perjuicios, con sus correspondientes intereses.

Frecuentábamos aún a toda clase de personas en los medios ocultistas y esotéricos, entre otros el movimiento New Age. Amigos de Quiberon nos introdujeron en los círculos espiritistas, especialmente el encabezado por dos señoras mayores, exresidentes en Parts, que vivían enfrente de nosotros, en la isla de Belie-lsle, y que recibían mensajes del «más allá» mediante escritura automática o bien directamente, como médiums. Y comenzamos a practicar juntos, por nuestra propia iniciativa y con éxito, algunas formas de espiritismo.

Al ver nuestra curiosidad, estos amigos nos prestaron con cierta delectación un libro, escrito por un sacerdote y rápidamente prohibido por la jerarquía, que revelaba los contactos de una tal Madre Yvonne-Aimée con el mundo invisible en la primera mitad del siglo XX. Nos la presentaron como una gran médium que había vivido en Malestroit, en la Bretaña central. Leímos el libro con avidez y con cierto perfume de misterio. Creímos sorprender a nuestro monje haciéndole partícipe de nuestro descubrimiento, pero nos confió que, si bien su monasterio no había tomado posición oficial con respecto a esta religiosa fallecida en el año 1951, él estaba convencido, a título personal, de que era una gran santa. Nos animó a visitar cuanto antes su tumba, en Malestroit, en la comunidad de agustinas hospitalarias.

Al día siguiente, en una calurosa jornada del mes de agosto, descubrimos la pequeña ciudad medieval y encontramos la comunidad sin la menor dificultad, pero no dimos con nadie que nos informara. Un jardinero poco afable respondió con un gruñido cuando expresamos nuestro deseo de localizar la tumba de la Madre Yvonne-Aimée. Renunciamos, pues, y decidimos visitar la ciudad, que habíamos atravesado algunas veces. Nuestros pasos nos llevaron hacia el célebre canal Nantes-Brest, que une los dos extremos de Bretaña. Es un sitio encantador. Apenas habíamos dado unos pasos cuando vimos que venía hacia nosotros una monjita, bastante anciana y no muy alta. Al no estar acostumbrado a tratar con religiosas, dejé a Claude que le preguntara dónde se encontraba la famosa tumba. Y la hermana, sonriente y alegre, nos dijo:

—Hijos míos, les envía la Providencia. Yo no paso nunca por este camino para regresar a la comunidad. Fui a la iglesia para llevar unas flores y escuché una voz que me impulsó a regresar por el canal.

Seguidamente, nos tomó por el brazo para llevarnos al cementerio de la comunidad. Por el camino nos fue contando que había vivido muchos años junto a la madre Yvonne-Aimée de Jesús y que había constatado personalmente los dones y carismas que había recibido precozmente del Espíritu Santo, así como los fenómenos místicos que había experimentado: visiones de Jesús, mensajes suyos, profecías, fenómenos de bilocación. Añadió que había sido además una superiora muy eficaz y

una firme resistente durante la ocupación alemana, siendo condecorada por el general De Gaulle en persona. Sorprendido por el hecho de que nos la hubieran presentado como una médium, esta religiosa, sor Anne-Héléne, añadió que cinco años después de su muerte se inició el proceso de beatificación, pero fue interrumpido por el cardenal Ottaviani, temeroso de la critica de los racionalistas, que también habían penetrado en la Iglesia (el proceso fue reabierto hace dos años). Así comenzamos a distinguir lo que eran fenómenos espiritistas, siempre provocados y equívocos, de lo que eran fenómenos místicos, dones gratuitos de Dios. Algunas lecturas nos ayudaron mucho en este sentido.

Ante la insistencia del padre Yves, Claude había presentado, sin mucha esperanza, una demanda de nulidad matrimonial ante el Tribunal Eclesiástico de Rennes. Hacia el final del verano, todavía en Quiberon, leímos en el periódico Ouest France una reseña que anunciaba el paso por Versalles del padre Emiliano Tardif, sacerdote carismático canadiense, cuyas misas atraían a verdaderas multitudes, pues iban acompañadas de curaciones instantáneas, inexplicables sin una intervención divina.

Era el 24 de septiembre de 1985, fecha de mi cumpleaños, y cinco días después se casaba nuestro hijo mayor. Al leer esta reseña, pensamos inmediatamente en nuestro amigo René, miembro de los Rosa-Cruz, sujeto a diálisis permanente. Él nos había hablado, algunos meses antes, del padre Tardif, a quien se había acercado en una asamblea carismática. En realidad, trataba de poner a prueba al personaje y confrontar sus propios poderes ocultos con aquellos de los que, suponía, estaba dotado el padre. Pero durante la misa éste recibió una palabra de conocimiento o locución interior del Espíritu Santo: «Hay aquí un hombre que padece una enfermedad renal crónica. Ha venido por curiosidad. En otra ocasión vendrá para pedir a Cristo su curación». Telefoneamos, pues, a nuestro amigo para animarle a acudir a Versalles. Al llamarle por la noche nos dijo que, aunque en la ocasión anterior no le había curado, no sólo no se negaba a asistir, sino que además había reservado tres plazas en el autobús que salía de Rennes, para nosotros dos y para nuestro amigo Urbain, el agricultor sacerdote veterocatólico y curandero. Nos pareció algo descabellado, pues regresaríamos por la noche, muy tarde, y la boda de nuestro hijo se celebraba al día siguiente, a las once de la mañana. No obstante, aceptamos.

Salimos temprano. Había paradas previstas para recoger a peregrinos durante el trayecto. El viaje duró varias horas y estuvo marcado por cánticos de alabanza y de invocación a María. Hacia las cuatro de la tarde llegamos por fin a la catedral de San Luis, donde había cerca de cuatro mil fieles. El rezo del rosario duró casi dos horas, durante las cuales tuve la impresión de que la atmósfera se hacía tan pesada como una capa que nos fuera envolviendo. El padre Tardif apareció hacia las seis de la tarde, sencillo y sonriente, rodeado de sacerdotes entre los que se encontraba, para sorpresa mía, el obispo de Versalles.

El padre Tardif nos explicó, en pocas palabras, que él nunca, en ningún caso, había curado a nadie. Era Jesús quién, durante la Eucaristía, realizaba curaciones,

como signos para su pueblo. Claude no estaba todavía totalmente restablecida y yo imaginaba que pediría su total curación.

Por mi parte, en lo más recóndito de mi corazón pedí que nuestra unión fuera bendecida algún día. Supe, después de la ceremonia, que Claude había efectuado la misma petición que yo. Quedé maravillado por los cantos que, en diferentes lenguas, surgían de la asamblea. Habíamos oído hablar de ellos, leyendo entre otros el libro de los Ranaghan El regreso del Espíritu, pero yo había imaginado que el resultado seria una cierta cacofonía, y temía que hubiera exageradas expresiones de exaltación. ¿Cómo imaginar, en efecto, con nuestro entendimiento limitado, que personas que no se conocen entre sí puedan vocalizar o entonar dulces cánticos en lenguas que desconocen, y que el oyente descubra potentes subidas y bajadas progresivas de tono, con una perfecta armonía, sin notas discordantes, en forma de bella melodía, hasta el punto de provocar el llanto de los más insensibles? ¿Cómo imaginarlo sin la acción del Espíritu Santo unificando todas las almas en un solo cuerpo?

La Eucaristía fue sencilla, pero el ambiente se tornaba cada vez más denso, como ocurre antes de una tormenta. En el momento de la comunión, el padre Tardif nos pidió que no nos moviéramos de nuestros sitios: los sacerdotes avanzarían para distribuir la hostia consagrada. Un sacerdote avanzó hacia el pasillo central, distribuyó la comunión en las filas que estaban delante de nosotros, pasó a las siguientes y pensamos que nos había olvidado. Sin embargo, luego volvió hacia nosotros. Pensé que la fe ortodoxa, con cuyas normas cumplía, me permitirla recibir la comunión y avancé hacia él. Marie Claude, sin embargo, sabiendo que estaba excluida de la comunión por su situación personal, permaneció en su sitio. No obstante, el sacerdote pasó frente a ella y le ofreció «el Cuerpo de Cristo», pero ella dijo que, divorciada y vuelta a casar, no podía recibir el sacramento.

—¿Por qué has venido? —le preguntó el sacerdote.

—Para comulgar —respondió.

—¿Por qué lloras?

—Lloro en cada Eucaristía.

El sacerdote, que había retirado la mano, cerró los ojos, meditó unos instantes y dijo:

—Te doy el Cuerpo de Cristo y continúa con tus gestiones.

Humanamente, aquel sacerdote no podía saber que Claude había iniciado un proceso de nulidad matrimonial. A partir de este día, además, perdió el don de las lágrimas.

Cuando todos hubieron comulgado, el padre Tardif recibió palabras de conocimiento anunciando curaciones. Y como ocurría en tiempos de Jesús durante su vida pública, hubo enfermos que se levantaron de sus camillas, artríticos que alzaron la mano para mostrar que sus hombros ya no estaban bloqueados, y un sordo que afirmó que oía de nuevo. Un médico llegó al púlpito y anunció la curación de su artrosis vertebral paralizante, que no se había atrevido a declarar un año antes,

durante una visita del padre Tardif a Francia, a la que entonces no acudió a pedir su curación, sino la de su hijo.

En un momento dado, escuché la respuesta a mi oración:

—Jesús bendice la unión de una pareja.

Por supuesto, había otras parejas que estaban, como nosotros, separadas de Cristo, pero tuve la íntima convicción de que esas palabras nos estaban destinadas. Por otra parte, una de las gracias de la fe es la percepción de que a través de la Palabra y de la Escritura, es Dios quien se dirige a cada uno de nosotros.

Esta reunión de Versalles me hizo mirar de forma diferente a la Iglesia Católica. Tanto más cuanto que el obispo de Versalles estaba presente y, como hiciera Pablo VI, Juan Pablo II había recibido en mayo de 1981 a los representantes mundiales del movimiento carismático, que hacían revivir los dones y los carismas del Espíritu Santo, descritos en el capitulo II de los Hechos de los Apóstoles.

En enero de 1986 supe, sin gran sorpresa, que la Magistratura de Trabajo, constituida por los mismos personajes, rechazaba mi demanda, con el pretexto de que «no se podían presentar dos demandas sucesivas por el mismo perjuicio». Mi fe en Jesucristo me había devuelto la libertad con respecto a estas contingencias materiales y, por otra parte, nuestro abogado propuso un recuso inmediato ante el Tribunal de Apelación de Rennes… y yo confié en el Señor, sin pedir socorro esta vez a un amigo nuestro, que era presidente de una de las salas de ese tribunal, pero al que no correspondía nuestro recurso.

El 13 de abril de 1986 me impresionó mucho la visita de Juan Pablo II a la sinagoga de Roma. Y en el mes de octubre me produjo admiración el famoso encuentro de Asís, cuando el Papa invitó a los jefes de las grandes religiones del mundo a orar conjuntamente por la paz y por la reconciliación, pero sin el menor rastro de sincretismo. Fue un choque emocional para mí, ya que en el fondo de mi memoria permanecían las secuelas de una educación obligatoria laicista: la imagen de una Iglesia intolerante y triunfante en la Inquisición, la persecución de los cátaros, la noche de San Bartolomé y, también, el compromiso de algunos papas con los poderes temporales. Comprendí que tras el Concilio Vaticano II, la Iglesia, humillada por la pérdida de su influencia, sobre todo en Europa, vivía su propia resurrección y encontraba su verdadero lugar, que se sitúa en el ámbito espiritual y en el ámbito moral.

Después de haber lamentado determinados cambios en el rito de la misa, que la privan de sus aspectos energéticos, conocidos por los constructores de catedrales y por sus sucesores esotéricos, terminé por asumir que el hecho de haber avanzado el altar hacia la asamblea, y que el sacerdote se vuelva hacia ella, ha permitido la supresión de esa barrera psicológica que llevaba a los fieles a pensar que la Iglesia eran solamente los sacerdotes y no el conjunto de los bautizados, como ocurría en sus orígenes. Lo cual nos permite reconocer con mayor facilidad en nuestros pastores, si ellos mismos quieren reconocerlo —como ocurre cada vez con mayor frecuencia—, a

pecadores como nosotros, que sólo pueden mirarnos con indulgencia y con amor. En estas condiciones, la intolerancia resulta imposible. Esa baja pasión no puede ser, en modo alguno, cosa de la Iglesia, sino de cristianos aislados, que un día habrán de rendir cuentas al Señor.

Después de esto, tuvimos la feliz sorpresa de saber que el Tribunal Eclesiástico de Rennes y, tres meses después, el de Angers, consideraban nulo el matrimonio de Claude, a causa de su falta de madurez afectiva en el momento de la unión y de la ausencia de libre consentimiento. He de precisar que nadie intervino en su favor ante estas instancias, cuya instrucción es larga y puntillosa; y que estos procedimientos no tienen el menor carácter oneroso ni, en consecuencia, discriminatorio, en comparación con los procedimientos legales públicos. Costaban unos trescientos euros, en total, entre la primera instancia y la de apelación.

Vi en este resultado la mano de Dios y el signo de la apertura de la jerarquía católica al sufrimiento de los hermanos alejados de ella. El padre Yves dio gracias por este feliz desenlace, que había imaginado y pedido con insistencia en sus oraciones.

Dichoso como estaba, no me afectó demasiado la decisión del Servicio de Medicina del Trabajo, que, a pesar de un dictamen en contrario, me imponía el retorno a mi puesto de trabajo en régimen terapéutico de media jornada en el último trimestre del año 1986. El reingreso se efectuó ante la aparente indiferencia del personal de mi servicio, pero con la hostilidad manifiesta de mis dos adjuntos. Tras las fiestas de fin de año, recibí la carta de despido de la dirección, ¡«por pérdida de confianza»! Era el epilogo a más de tres años de humillaciones.

¡Por fortuna, no había perdido la confianza en Dios! Rápidamente, y con el pretexto de que uno de mis «hermanos» me privaba de mi trabajo, a los 54 años y sin posibilidad razonable de reciclarme, dimití oficialmente de mi logia (y de la masonería), tanto más fácilmente cuanto que no tenía la menor noticia de mis hermanos desde hacía meses. Decidimos también, Claude y yo, presentar la dimisión en la Orden Rosa-Cruz AMORC, a la que pertenecíamos desde hacía diez años y en la que habíamos alcanzado, curiosamente, el grado de Rosa-Cruz: ¡siempre la rosa sobre la cruz!

Y fue entonces cuando, emocionado por el resplandor de Juan Pablo II y por la anulación del matrimonio de Claude, renuncié a la fe ortodoxa para entrar en la iglesia Católica.

Renuncia que se hizo más fácil porque las cuestiones dogmáticas que separan a ambas Iglesias son bien pequeñas, a mi manera de ver. Entre ellas está el Filioque: ¿procede el Espíritu Santo sólo del Padre, o del Padre y del Hijo? Si hay que ofrecer una explicación (que no es la de Pascal de que Dios es una esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna), yo opto por la libre circulación del amor en el seno de la Santísima Trinidad, y por su efusión sobre el hombre a través del Espíritu Santo. Nadie ha visto al Padre, salvo el Hijo, y del Espíritu sólo percibimos

los efectos. Así que el paso de una Iglesia a otra fue sencillo, puesto que sólo tuve que escribir a mi pope y al cura de mi parroquia.

Una vez despedido, me lancé a la búsqueda de una nueva actividad médica. Al haberlo interrumpido ocho años antes, me parecía difícil reemprender el ejercicio de la cirugía, dadas mi edad y la necesidad de una puesta al día, por no hablar de la dificultad de ser aceptado en un equipo quirúrgico con un proceso pendiente. Pensé que podría ser todavía bastante competente, si me instalaba en Rennes, como médico urólogo, máxime cuando no había en la ciudad ningún especialista de este tipo. Solicité la opinión del profesor de Urología de la Facultad de Medicina, más joven que yo y a quien había facilitado su instalación en Rennes. Además, era presidente de la comunidad israelita de nuestra región, y yo le conocía como «hermano» de la Gran Logia de Francia desde hacia algunos años. A pesar de ello, me recibió con enorme frialdad y me advirtió que si me lanzaba a esa aventura, ¡él no dejaría de oponerse!

Luego me presenté a determinadas administraciones públicas y semipúblicas, pero se me respondió que mi condición de despedido no me permitía presentar mi candidatura hasta que el Tribunal de Apelación hubiera dictado sentencia sobre mi conflicto. En las empresas públicas se me dijo que era demasiado mayor o que tenía demasiados títulos y diplomas.

Un encuentro con amigos de la New Age nos orientó hacia la gerencia de un pequeño centro de Talasoterapia situado en el sur de Bretaña, no lejos de Vannes, que atravesaba dificultades financieras. No pudiendo ejercer yo mismo una actividad comercial, fue Claude quien asumió la dirección, y yo me convertí en médico remunerado por horas. ¡No era muy glorioso, a la vista de mi actividad profesional anterior! Pero Jesús, mi maestro, había padecido humillaciones más terribles sin pronunciar la menor queja. Por otra parte, esa actividad me permitía aplicar los conocimientos de homeopatía y de acupuntura que había adquirido durante mi periodo de «arrinconamiento» y durante mi baja por enfermedad. Contamos con la colaboración de un fisioterapeuta y osteópata. Louis, que, tras un tránsito por el ocultismo, se había convertido a la fe en Medjugorje, lugar de aparición de la Virgen en Bosnia.

Una vez instalados en nuestra nueva actividad, que era de temporada, hice una gestión ante el cura del pueblo para que nos casara, gestión que fue muy bien acogida. Sin embargo, cuando le anuncié la noticia a Claude, su reacción no fue entusiasta, pues acababa de poner en marcha una opción diferente. En el curso de una sesión de oración, una religiosa, la hermana Dominique, que se presentó espontáneamente para proponemos su colaboración a nuestra llegada, y que conocía nuestro recorrido espiritual, tuvo la inspiración de que confiáramos nuestro matrimonio al padre Kergoat, canónigo de la catedral de Vannes. Tanto la religiosa como el sacerdote eran miembros de la Renovación Carismática, como el padre Tardif, que nos había emocionado tanto.

En agosto de 1987, el padre Kergoat nos recibió para prepararnos para el matrimonio. Nos propuso leer un bello libro escrito por un ortodoxo. Michel Laroche, Una sola carne, y fijó la bendición nupcial para el 7 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Nos hubiera gustado tener como testigos y contar con la sola presencia del padre Yves y de la hermana Anne-Héléne, pero el derecho canónico se opone a que las personas consagradas figuren como testigos. Se lo pedimos entonces a nuestros amigos Bernard y Michéle, quienes nos habían descubierto el libro «prohibido» sobre la madre Yvonne-Aimée de Jesús.

En septiembre nos enteramos de que el padre Tardif venía a Pontmain, cerca de Fougéres, en el límite entre Bretaña y Normandía, lugar de una aparición mariana en 1870 que había anunciado la salvación de Francia en la guerra con Prusia que padecía entonces. Nos sorprendió encontrar allí a numerosos amigos, entre ellos curanderos que venían más bien impulsados por la curiosidad, y a Louis, nuestro fisioterapeuta. Había más de diez mil personas y como el tiempo lo permitía, la misa se celebró al aire libre, en la explanada de la basílica.

Tras los cánticos y las oraciones de preparación, hubo un movimiento de decepción en la multitud, pues se anunció que el padre Tardif había tenido que regresar a Canadá a causa del fallecimiento de un hermano, y que la misa sería celebrada por el padre Jacques Marín. No habiendo oído hablar nunca de este sacerdote, miembro de la Comunidad del León de Judá (convertida después en la Comunidad de las Bienaventuranzas), me pregunté cómo respondería a las expectativas de tantas personas. Estábamos sentados, con algunos amigos, sobre un pequeño muro adosado a la verja de un jardín, al fondo de la plaza, a unos cien metros del altar. Al final de la Eucaristía, los sacerdotes fueron hacia la multitud para distribuir la comunión. Después hubo plegarias de curación y palabras de conocimiento. El padre Jacques Marin anunciaba las curaciones y las personas levantaban la mano para indicar que, tocadas por la gracia, estaban deseosas de dar testimonio.

He de confesar que, algo desmotivado por la ausencia del padre Tardif, no había pedido nada para nosotros: la salud de Claude era buena y estábamos felices por la perspectiva de recibir pronto la bendición nupcial. De repente, oímos, y nuestros amigos también lo oyeron, al padre Marin anunciar por los altavoces:

—Hay en el fondo de la plaza, junto a las verjas, un masón de grado elevado que tiene dificultades para entrar en la Iglesia Católica.

Los amigos se volvieron hacia mí, riéndose de mi sorpresa. Yo no podía dudar ya de eso que se denomina carisma. Intenté avanzar para prestar mi testimonio, pero una densa multitud me separaba de los micrófonos. Me prometí a mí mismo hacerlo por la tarde, en el tiempo previsto para ello, durante la procesión del Santísimo Sacramento. Sin embargo, cuando llegó ese momento, hube de abandonar la reunión a causa de un malestar inexplicable, una especie de debilidad súbita, como si una fuerza enorme me impidiera hacer algo tan simple como anunciar ante una inmensa

asamblea que el Espíritu Santo actuaba en cada uno de nosotros. Unos años más tarde, durante un retiro espiritual en la Comunidad de las Bienaventuranzas, volvimos a encontrar al padre Jacques Marín, a quien alegró nuestro testimonio porque esa palabra de conocimiento tan poco habitual le había producido una duda persistente.

Para el 7 de octubre habíamos invitado a una docena de amigos, todos cristianos convencidos, porque no queríamos transformar un acto sagrado en una reunión mundana donde la curiosidad, si no la ironía, se hubieran mezclado con la expectativa de una buena comida. La misa de matrimonio estaba fijada a las 11 de la mañana. A las 10, cuando nos disponíamos a salir de nuestro domicilio, el padre Kergoat telefoneó con cierta inquietud, para preguntarme si mi primera esposa era católica. Si hubiera sido pagana como yo mismo, nuestro matrimonio, denominado natural, hubiera sido considerado como válido por la Iglesia y yo no hubiera podido volver a casarme religiosamente. Le dije que ella había sido bautizada en Finisterre y luego catequizada y confirmada, y que no podía existir dificultad porque yo no había sido bautizado. El padre me pidió que esperara, antes de verla a ella, a que él pudiera verificar mis afirmaciones en el obispado de Quimper. Yo le hice ver que teníamos la obligación de acudir a la cita con esos pocos amigos en la catedral de Vannes.

Media hora más tarde, cuando entramos en la catedral, vimos una expresión de tristeza en el rostro de quienes estaban ya al corriente del problema, y el propio padre Kergoat nos comunicó que mi primer matrimonio era válido desde el punto de vista religioso, pues había sido bendecido en virtud de una dispensa basada en la «disparidad de cultos». Era como si nos hubiera caído un rayo, después de tantos meses y de tantas gestiones llenas de esperanza. En lo que a mí se refiere, yo no sé qué sentimiento prevalecía, si el de decepción o el de rebelión. El padre, tan hundido como nosotros, propuso celebrar de todas formas la misa, para pedir por nosotros y por nuestros amigos. En la homilía manifestó su propio sufrimiento ante los imperativos canónicos, pero también su esperanza, diciendo que «nada es imposible para Dios». Nuestros amigos nos acompañaron durante buena parte del día, pero nuestra pena era grande a pesar de su afecto.

Algunos días más tarde, el padre nos llamó por teléfono y nos propuso una reunión con el presidente del Tribunal Eclesiástico de Vannes, el padre Le Masle. Pero tengo que decir que el sentimiento de rebelión continuaba anidando en mi corazón y que estuve a punto de rechazarla: ¿por qué someterse a las decisiones de la Iglesia de Roma en vez de considerar que, tras veinte años de vida en común, unidos ante los hombres en dos ocasiones, primero en la alcaldía y luego en la logia, estábamos también unidos ante Dios en nuestro corazón y en nuestro espíritu? ¿Por qué someterse, cuando la Iglesia Ortodoxa, tan Apostólica como la Romana, permite volver a casarse, mientras ésta se opone? Sin embargo, noté que el Adversario se alegraba de estas contradicciones que me hacían sufrir, y decidí intentar esta nueva gestión.

El presidente del Tribunal escuchó nuestra historia sin rechistar y luego trató de poner en duda mi buena fe. La reunión duró dos largas horas y estuvo marcada por tensos silencios. Ninguna solución humana parecía posible cuando, después de un nuevo silencio y acompañándonos ya hasta la puerta, el presidente dijo «¡nada es imposible para Dios!». Era la misma frase pronunciada por el padre Kergoat durante su homilía. Quizás el Espíritu Santo, me dije, había puesto manos a la obra.

Algunos días más tarde, el presidente nos telefoneó para decimos que sólo había una salida imaginable: solicitar para mí una «dispensa en beneficio de la fe». En virtud de un privilegio que venía de San Pablo y había transmitido a Pedro, el Papa, tras escuchar a la Congregación para la Doctrina de la Fe, tiene la posibilidad de autorizar a un convertido, casado en primeras nupcias, a volver a casarse con una católica. El caso no se había presentado nunca en Vannes ni en Rennes, y la decisión del Papa era equivalente a la gracia o indulto presidencial para un condenado, si se me permite la comparación.

Volví a coger mi bastón de peregrino, rellené los impresos correspondientes y redacté una súplica dirigida al Papa. Fue necesario obtener testimonios, entre otros, de familiares, lo que no dejó de provocar cierto revuelo, hasta por parte de mi padre, tan anticlerical como siempre y disgustado por la conversión de su único hijo. Y fui convocado al Tribunal Eclesiástico de Rennes, donde pasé largas horas ante tres jueces sacerdotes, entre los que se encontraba el abogado del diablo, cuya misión era refutar mis argumentos. Claude había pasado ya por un proceso idéntico, pero hay que vivirlo personalmente para poder contarlo. Es un verdadero camino de humildad, que pasa por poner al desnudo la propia vida y reaviva las viejas heridas. Pero yo no tuve sentimiento de humillación en ningún momento, ya que la delicadeza de los sacerdotes sólo podía compararse con su deseo de conocer la verdad. Al final, uno de ellos, mi abogado, cuando me acompañaba a la puerta, tuvo la gentileza de decirme que me haría falta mucha paciencia, pues la Congregación para la Doctrina de la Fe tenía muchos expedientes que instruir, pero que mi causa no era desesperada, pues «nada es imposible para Dios». El hecho es que los meses iban pasando y nada se arreglaba, pero tres sacerdotes nos habían dicho que ¡nada era imposible para Dios!

La noche de Navidad de ese mismo año 1987, pasada en Saint-Broladre, en la Comunidad de las Bienaventuranzas, junto al Mont Saint-Michel, fue para nosotros una revelación y una ayuda para aplacar mi deseo de rebelión y calmar nuestra impaciencia. Habíamos tratado de visitar esa comunidad dos veces, pero no debía gustarle al Adversario, pues en la primera ocasión no había ni acogida ni oficio y, en la segunda se encontraban de viaje. Y en aquellas Navidades estuvimos a punto de no llegar. Salimos de Rennes con tiempo suficiente y tardamos más de hora y media en recorrer ochenta kilómetros, pues la lluvia y el viento hacían peligrosa y lenta la circulación. Pero la llegada a la pequeña iglesia, decorada con iconos, entre cantos polifónicos, nos resarció ampliamente de esas dificultades y me recordó con emoción los fastos litúrgicos ortodoxos, en los cuales yo había renacido en Dios.

No creo que la vida religiosa pueda alimentarse sólo de las Escrituras, que mueven nuestra inteligencia, pues también necesita la intervención de los sentidos: la vista de los iconos, el olor del incienso, el gusto del Cuerpo y de la Sangre del Señor, que mueven nuestra alma; en fin, las actitudes de oración, los signos, las genuflexiones, los movimientos que hacen participar nuestro propio cuerpo del contacto con lo divino, en esta religión de la Encarnación.

Uno de los méritos de la Renovación Carismática es haber reintroducido, con la alegría, estas tres dimensiones de la persona humana en la liturgia, inspirándose en las tradiciones judía y ortodoxa. Es también, muy especialmente, una apertura al diálogo judeocristiano, que hemos de cultivar si queremos salvar nuestros valores esenciales frente a la expansión del Islam y sobre todo, de su ala integrista. No me falta respeto hacia el Islam: lo que temo, por la humanidad, es la intolerancia y la violencia que caracterizan y han caracterizado siempre al fanatismo religioso. Ese fanatismo olvida que Dios hizo libre al hombre por amor, y que ninguna imposición puede llevar al hombre a Dios. Dios llama siempre pero, en el infinito respeto que siente hacia cada una de sus criaturas, espera pacientemente la conversión que restablecerá el diálogo, la metanoia, ese movimiento que nos separa de nosotros mismos para buscar el cara a cara con el Totalmente-Otro y con todos los hombres.

Los primeros meses del año 1988 pasaron en una espera confiada, interrumpida sólo por algunos encuentros con nuestro padre Yves, que nos animaba a esperar, aun manteniéndonos con firmeza en la observancia del alejamiento de los sacramentos (una vez convertido al catolicismo desde la Ortodoxia, no podía ya comulgar ni confesarme). Esto no resulta fácil para ningún creyente y en mi caso, el intelecto, ese gran rebelde, se resistía a aceptar que yo estuviera en ruptura con Dios, cuando el bautismo me había lavado de todos mis pecados anteriores, por graves que fueran, debido a una decisión de los hombres y sin que nada hubiera cambiado en mi vida. Yo me consideraba ciertamente un pecador, pero no más que los que recibían la comunión a mi lado. ¿Acaso Jesús no había venido a salvar a los pecadores y a los publicanos? Sin embargo, quien se había convertido en nuestro padre espiritual (y sigue siéndolo a sus casi cien años) sufría con nosotros. Y la noche de la Vigilia Pascual, en que un monje nos colocó en la primera fila de los fieles, el padre Yves nos confesó que le había partido el corazón vernos en nuestro banco, a un metro de él, mientras distribuía la comunión.

Las visitas a nuestra pequeña sor Anne-Héléne, en Malestroit, nos ayudaban también, pues nos confiaba de forma sencilla todos los fenómenos místicos vividos con naturalidad y discreción por su superiora. Yvonne-Aimée de Jesús. Por supuesto, lo esencial de estas manifestaciones está descrito en los libros del padre René Laurentin y en el del padre Paul Labutte. Pero ¡qué enriquecimiento para la fe! recibir el testimonio directo y lleno de candor de una religiosa que ha visto con sus propios ojos los estigmas de la pasión, el anillo místico (visible sólo para algunos privilegiados), el esplendor de las flores fuera de temporada y, sobre todo, la

bilocación (Yvonne-Aimée, arrestada por la Gestapo por su participación en la Resistencia, se encontró instantáneamente ante los ojos de Anne-Héléne, en su pequeño hogar del distrito 16, a unos cuantos kilómetros de allí). ¡Cómo no tener esperanza, cuando sor Dominique, que nos había puesto en contacto con el padre Kergoat, nos contaba que años atrás habían tenido que operarla de un tumor en el intestino; que había solicitado al cirujano que retrasara la intervención para ganar un tiempo que consagraría a la organización de un encuentro internacional de la Renovación Carismática en Lourdes; y que, a su regreso, reconocida de nuevo por el cirujano, éste había constatado que el tumor, palpable antes en la pared del abdomen, había desaparecido!

También es cierto, como decía con sentido del humor el padre Tardif, que el Señor no cura a todos los enfermos: primero, porque de hacerlo no habría necesidad de médicos y después, porque alcanzaríamos rápidamente la superpoblación. Dios cura a aquellos que se lo piden con fe y estas curaciones son, sobre todo, signos para que otros crean en Su presencia, en Su amor (obviamente, la ausencia de curación «espiritual» no es signo de falta de Fe). ¡Y cuánto más numerosas son entonces las curaciones de las almas y de los espíritus, las más importantes, pues de cualquier forma y como consecuencia del pecado original, tendremos que morir y estar preparados para el cara a cara que nos transformará, a la vez, en Cristo!

Y LLEGARON AL FIN LAS ALEGRÍAS Y LAS GRACIAS

EN SU sentencia del 10 de mayo de 1988, el Tribunal de Apelación de Rennes, «considerando que resulta del conjunto de estas pruebas que el despido del doctor Caillet debe considerarse desprovisto de causa real y seria; considerando, en cuanto al perjuicio sufrido, que el doctor Caillet, actualmente de 55 años, no puede ya ejercer en la función pública a causa de los límites de edad, ni razonablemente comenzar ahora una carrera en el sector privado, que había abandonado para ocupar el puesto de director médico del Centro de Exámenes de Salud: considerando que al daño material se añade un perjuicio moral cierto, vinculado a la propia naturaleza de los motivos invocados y a la necesaria repercusión en los ambientes médicos del despido de uno de sus colegas… condenamos a la Caja de Seguridad Social del Departamento de l’Ille et Villaine a pagar al doctor Caillet la suma de un millón de francos en concepto de daños e intereses (tres años de salario)». Los considerandos del Tribunal especificaban además que la actitud de mis adjuntos, su insubordinación, ¡habría debido entrañar para ellos desde el comienzo del conflicto sanciones severas por parte de mi director!

El 15 de noviembre ese mismo Tribunal de Apelación, considerando que la ruptura del contrato era imputable al patrono, decidió que Claude tenía derecho a una indemnización compensatoria de preaviso, más daños e intereses, por un despido sin causa real y seria, por un importe de 90 000 francos (un año de salario). Los considerandos del Tribunal indicaban que mi adjunto administrativo había afirmado ante testigos «que terminarían con *Madame* Caillet ese mismo año». El médico inspector de Trabajo había constatado la presencia deliberada de sulfato de cobre en el filtro de su despacho de enfermera, lo que podría explicar las úlceras digestivas que padeció durante meses.

Nuestra catastrófica situación financiera quedaba restablecida y sobre todo, nuestro honor lavado. La mayor satisfacción fue que nuestro gran diario regional, Ouest France, publicara estas sentencias judiciales.

Por aquellos días recibí una llamada telefónica de un sacerdote del Tribunal Eclesiástico de Rennes para anunciarme que el Papa había firmado el 11 de noviembre la dispensa «en beneficio de la fe», que me permitía casarme con «la católica Claude André». Qué alegría poder concretar, por fin, veintidós años de amor, poder acercarnos a los sacramentos y sentirnos plenamente integrados en la Iglesia Católica —católica quiere decir universal en lengua griega—. Quiero precisar, de cara a eventuales detractores que pudieran pensar que Roma trata mejor a los más pudientes, que este procedimiento me costó unos centenares de francos… y un año de padecimientos.

El padre Yves y el padre Kergoat, avisados inmediatamente, compartieron nuestra alegría, y el segundo nos invitó a reunirnos para organizar la ceremonia. Pero nos advirtió que debíamos someternos a una penitencia: noté que se me subía la sangre a la cabeza, pero no me dio tiempo a montar en cólera. Riéndose, nos dijo que deberíamos pasar un día en el monasterio del padre Yves, para recibir el sacramento de la reconciliación, la confesión. Ya lo habíamos recibido un año antes. Para aquellos que son alérgicos a la confesión, porque han dado con sacerdotes indiscretos o inquisidores, quiero asegurar que este sacramento, además de sus virtudes de perdón, nos hace ver que Dios es un padre amante y misericordioso, que perdona nuestras faltas y nuestros errores como el padre al hijo pródigo. ¿Cuántos padres carnales van tan lejos en la misericordia como nuestro Padre que está en los cielos?

El padre Kergoat decidió casarnos rápidamente. ¡Antes de que apareciera un nuevo obstáculo! O quizás pensara, con su enorme caridad, que nuestras pruebas hablan durado demasiado. Nada cambió en la breve ceremonia que hablamos previsto un año antes. Pregunté si la bendición nupcial podría ir acompañada de la imposición de manos para obtener la efusión del Espíritu, pero el sacerdote se comprometió sólo a ayudarnos y prepararnos. La bendición fue realmente esa unión mística que yo esperaba desde hacía más de cuatro años, y Claude desde mucho antes, sin atreverse a imaginarla. Qué emoción ver cómo nuestro amor humano, frágil y falible, se veía por fin consagrado por el amor infinito de Cristo en un compromiso que no era temporal, sino eterno.

El 7 de octubre de 1987 pusimos nuestra unión bajo la protección de María Puerta del Cielo. Un icono suyo adorna nuestro dormitorio y nuestro despacho, con esta pequeña oración:

Bendita eres, María Puerta del Cielo, tú que creíste en lo que te dijeron de parte del Señor. Bendita eres. María, morada del Espíritu, tú que supiste guardar, entre los Apóstoles, las palabras del Señor. Hoy te consagramos nuestra unión. Sé para nosotros la Puerta del Cielo, que nos abre el camino hacia tu Hijo, Jesús. Guárdanos unidos para la Vida Eterna, como Cristo a su Iglesia. Intercede para que el Espíritu Santo nos conceda los carismas necesarios para nuestra vocación. Amén.

María Puerta del Cielo nos había escuchado y nuestra unión estaba, por fin, bendecida. Durante la ceremonia, Claude experimentó varias «ausencias» y el sacerdote tuvo que interpelarla para que respondiera a las cuestiones rituales. Luego me contó que el sacerdote le parecía muy alto, cuando en realidad es de estatura mediana, y que sentía la capilla del Santísimo Sacramento como si estuviera inundada de luz y de cánticos, cuando en el mes de diciembre, incluso a mediodía, es muy oscura, y a pesar, también, de que sólo nuestra sor Dominique cantó durante la ceremonia. Sin duda, el Espíritu Santo no había esperado al cumplimiento de los plazos humanos para inundar su alma. Nuestra alegría era enorme al sentirnos miembros en plenitud de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, a pesar del largo

pasado vivido en las tinieblas. Y dimos gracias a la gran misericordia de Dios, que espera siempre el retomo del hijo pródigo.

Claude me reveló entonces que, durante nuestra primera visita a Lourdes, mientras yo rogaba por su curación, ella, en la piscina, pedía mi conversión. Dios, que está más allá del tiempo, nos había escuchado a los dos. Y pude experimentar la gracia particular del sacramento, pues mis relaciones íntimas se transformaron por completo: de hedonistas e instrumentales pasaron a adquirir el sentido que en sus conferencias de Cracovia apuntó el Papa Juan Pablo II para el matrimonio cristiano: «El acto conyugal es un verdadero acto de adoración».

Tras la ceremonia, el sacerdote, acordándose de nuestra petición, nos indicó algunos libros para prepararnos, en siete semanas, a la efusión del Espíritu Santo, también denominada Bautismo en el Espíritu, y nos aconsejó que participáramos regularmente en el grupo de oración de la Renovación Carismática. Durante esas semanas nos dedicamos con voracidad a la lectura de las Escrituras y de libros dedicados al Espíritu Santo. Una vez por semana íbamos a la reunión de un grupo de oración en la cripta de una gran iglesia de Rennes. Y los sábados, a última hora de la tarde, a las Vísperas de Resurrección en Saint-Broladre, cerca del Mont Saint-Michel, en la Comunidad de las Bienaventuranzas.

Y entonces, sin acuerdo alguno con los responsables de esa comunidad, se manifestó la mano de la Providencia. En efecto, la tarde del sábado de la sexta semana se propuso recibir la efusión del Espíritu a los fieles presentes que lo desearan. Era el 28 de enero de 1989, cinco años después, casi día por día, de mi súbita conversión. Quince días antes, a nuestro regreso de un corto seminario sobre acupuntura en Cannes, nos habíamos desviado hasta Lourdes para dar gracias por todos los dones recibidos después de ese cambio radical y, de alguna forma, habíamos renovado nuestro bautismo, sumergiéndonos en la piscina de agua helada que surge de la Gruta. Esa tarde, en Saint-Broladre, me adelanté hasta el pie del altar, donde dos monjas arrodilladas acogían a los fíeles. Me arrodillé entre ellas y me preguntaron si tenía alguna petición que formular: yo les pedí saber lo que el Señor esperaba de mí. Colocaron entonces una mano sobre cada uno de mis hombros y rezaron con dulzura en diferentes lenguas. Bruscamente, noté mi espalda sacudida por violentos espasmos, como sollozos, las lágrimas cubrieron mi cara y, finalmente, me invadió una paz indescriptible que se llevó todas mis tensiones, toda mi ansiedad, todos mis miedos, todas mis viejas heridas. Una de las religiosas pronunció entonces palabras de conocimiento, y me anunció que debía ayudar a personas enfermas o heridas por la vida, pero que antes, y esto era totalmente inesperado para mí, «tendría que dar testimonio en mi propia familia».

En cualquier caso, la efusión del Espíritu Santo que Claude había recibido seguramente durante nuestra bendición nupcial vino acompañada para nosotros por la convicción absoluta de que teníamos que romper con toda forma de esoterismo y de ocultismo. En efecto, yo no había renunciado al uso del péndulo, a la radiestesia,

pensando que se trataba de una actividad inocente. En febrero, mientras regresábamos de nuestra visita habitual a Lourdes, Claude me sugirió que abandonara también esas prácticas. Circulábamos por la autopista y yo rodaba aproximadamente a ciento treinta por hora. Al escuchar estas palabras, y pese a mi temperamento más bien tranquilo, frené brutalmente, dejando los neumáticos marcados sobre el asfalto, cogí a mi esposa de manera violenta por el brazo y la amenacé con echarla fuera del coche. Por fortuna, me di cuenta inmediatamente de que esa violencia súbita no podía venir de mí, sino del Adversario, de Satán, furioso porque yo pudiera finalmente liberarme de mi última vinculación con las fuerzas ocultas. De regreso a nuestro domicilio, eché al fuego el péndulo y todos los libros que trataban de radiestesia. Desde entonces hemos perdido toda sensibilidad hacia las fuerzas telúricas y ya nunca nos quitaron el sueño.

Durante el periodo de Cuaresma hicimos un retiro espiritual en el Hogar de Caridad de Bretaña, cerca de Dinan (los Hogares de Caridad fueron fundados por la mística y estigmatizada Marthe Robin, cuya causa de beatificación se abrió hace algunos meses). Aproveché ese momento de recogimiento para escribir una carta abierta a mi familia: un centenar de páginas manuscritas donde, más allá de toda controversia, describí mi transformación espiritual. Mi padre la acogió con reticencia, porque iba contra sus convicciones, manifestadas públicamente durante decenas de años, pero admitió «que no podía poner en cuestión mi sinceridad». Este texto se convirtió, el año 1997, en mi primer libro. Del secreto de las logias a la Luz de Cristo, ya traducido al polaco y al italiano.

Por consejo de sor Dominique aprovechamos la inactividad invernal para hacer un retiro de formación en el Château Saint Luc (Comunidad de las Bienaventuranzas), donde los doctores Fernand Sánchez y Bernard Dubois enseñaban una antropología cristiana y una medicina psicoespiritual basadas en los escritos de Santo Tomás de Aquino y de San Juan de la Cruz. Así descubrimos los lazos entre los trastornos del espíritu, del alma y del cuerpo. La medicina científica disocia excesivamente las diversas especialidades, sin buscar las causas profundas y con frecuencia antiguas de tales desarreglos psicoespirituales. Volvimos cinco veces, en períodos de una semana.

A finales de mayo nos planteamos si debíamos continuar con nuestra actividad estacional en la talasoterapia, en un establecimiento marcado por las actividades ocultistas de la persona que nos había precedido. Durante una visita a Malestroit fuimos a rezar a la tumba de la madre Yvonne-Aimée de Jesús y, en silencio, pregunté al Señor Jesús lo que esperaba de nosotros y, como en Lourdes cinco años antes, escuché una dulce voz interior que repitió tres veces: «Sed mis testigos». Aquello nos animó, aunque no sospechábamos lo que esta palabra anunciaba.

En junio reanudamos la talasoterapia y acudimos a una joven médica, especialista en acupuntura, para completar nuestro equipo. Conocíamos su fe cristiana, y ella y su marido eran de los pocos invitados que habían asistido a nuestro matrimonio

religioso. A finales de mes vino a verme a mi despacho y me dijo en un tono perentorio:

—Vais a Lourdes, al encuentro de las Bienaventuranzas, a principios de julio. Tomando sus palabras como una pregunta y sabiendo que los tres o cuatro meses de verano eran de intensa actividad para nosotros, le respondí que no. Pero ella insistió:

—Sí… ¡iréis a Lourdes!

—Pero sabes que ahora es imposible.

—Yo os reemplazaré. Iréis Claude y tú durante una semana y así participaréis en ese gran encuentro carismático.

La verdad es que era uno de nuestros sueños, y acepté con gusto la propuesta.

Los primeros días de la semana, en Lourdes, fue como si estuviéramos en las nubes, entre cánticos de alegría y profusión de gracias. Como las habíamos recibido en abundancia durante los meses anteriores, no pedimos ninguna para nosotros y nos alegramos de las que recibían los demás. Asistimos, entre otras, a una curación ante nuestros propios ojos durante las plegarias del doctor Philippe Madre, uno de los fundadores de la Comunidad. Mientras anunciaba que iban a tener lugar curaciones de sordera, una religiosa se quitó su prótesis auditiva gritando: «¡Yo oigo!», y fuimos los primeros en recoger su testimonio.

Teníamos que regresar a causa de nuestro trabajo, y no podíamos permanecer en Lourdes para la ceremonia de renovación de la efusión del Espíritu. Por eso la víspera del acontecimiento improvisamos una pequeña reunión de oración, bajo los árboles, frente a la Gruta, en la otra orilla del Gave, con nuestra amiga sor Dominique, algunas religiosas y un sacerdote de Vannes. Con la mayor sencillez, formamos un circulo dándonos la mano y pedimos que el Espíritu Santo descendiera sobre cada uno de nosotros.

Al día siguiente, cuando reemprendimos nuestra actividad profesional, Claude comenzó, como cada día, a aplicar lodos marinos a uno de nuestros pacientes y vio cómo entraba en un sueño profundo. Pensó que estaba cansado, pero el fenómeno se reprodujo con las dos personas siguientes y percibió en ellas un sufrimiento afectivo profundo. Intrigada, vino a mi despacho y me preguntó si no me importaría tumbarme sobre mi mesa de reconocimiento: me impuso las manos y experimenté un largo descanso en el Espíritu.

Antes de dar libre curso al carisma manifiestamente recibido por Claude en Lourdes, tuvimos una larga entrevista con el padre Kergoat, que había celebrado nuestra boda y pertenecía a la Renovación Carismática. Tras largo discernimiento, nos aconsejó que compartiéramos este regalo del Cielo con las personas que padecen trastornos inexplicables desde el punto de vista médico. Fue así como numerosos pacientes encontraron explicación sobre el origen de sus dolencias y muchos llegaron a curarse.

Terminada la temporada termal y ante la escasa rentabilidad de una actividad médica limitada a cuatro meses anuales, que había agotado nuestras finanzas, decidí

volver a abrir consulta en Rennes. Tuvimos una larga entrevista con el padre Boishu, director del seminario mayor de Rennes y responsable local de la Renovación Carismática (en 2003 fue consagrado obispo auxiliar de Reims), y nos autorizó a ejercer el carisma de Claude en una consulta médica, bajo reserva de observar los «frutos» y de informar sobre ellos al arzobispo de Rennes.

Así, llevados por el Espíritu, tuvimos la audacia de abrir una consulta, con el rótulo Medicina general con orientación en acupuntura y homeopatía, frente al edificio de la Seguridad Social donde continuaba haciendo estragos nuestro anterior verdugo. Claude llevaba mi secretaría: yo interrogaba a los pacientes sobre sus dolencias y sobre todo, les escuchaba hablar largamente sobre sus sufrimientos o choques afectivos del pasado. Después, tras la atención y el consejo médicos clásicos, les proponía un momento de oración, con imposición de manos. Con gran sorpresa por mi parte, creyentes y no creyentes, practicantes y no practicantes aceptaban con facilidad. Entonces entraba Claude y, en silencio, imponíamos las manos a nuestros pacientes, rogando a Jesús como propone San Marcos al final de su Evangelio:

He aquí los signos que acompañarán a quienes han creído: en mi nombre, expulsarán los demonios, hablarán lenguas nuevas… impondrán sus manos a los enfermos y éstos quedarán curados.

Hasta finales del año 1993 el Señor colmó de gracias a numerosos enfermos, revelándoles el origen principal de sus sufrimientos y, con bastante frecuencia, curándolos. Actividad poco remunerativa y que no hubiera sido posible sin las indemnizaciones por despido recibidas de la Seguridad Social.

En 1994 escribí un libro relatando estas maravillas del Señor, bajo el título Nada es imposible para el Señor: un carisma de curación. Sólo aportaré aquí un ejemplo.

Una mujer en torno a los cuarenta años vino a consultarme porque tenía un fuerte dolor de espalda, que me hizo evocar inmediatamente una periartritis escápulo-humeral. Le pregunté si había realizado esfuerzos especiales en los días anteriores o si se había enfriado, pero no era el caso. Le planteé entonces si tenía disgustos o problemas, y se echó a llorar. Me dijo que estaba angustiada por su marido: bebía mucho y se negaba a reconocer sus excesos alcohólicos, aunque el nivel de la botella descendía siempre cuando ella estaba en el trabajo. Su marido estaba en paro. Invité a la mujer a ser paciente y comprensiva, pues seguramente su marido sufría mucho a causa de su humillante situación, y era mejor que tomase un poco de alcohol antes que tranquilizantes… aunque resultase menos honorable. Pero ella temía, con razón, que ese vicio arruinara su salud. Ya no había diálogo entre ellos. Además, se sentía bajo los efectos de un fuerte estrés, pues temía no poder pagar los estudios de su hijo. Le traté la espalda con acupuntura y después le pregunté si era católica. Me respondió como la mayoría de mis pacientes:

—Sí, pero no soy practicante.

Le propuse entonces la oración, y aceptó con gusto. Claude se reunió con nosotros y, tras un breve momento de plegaria silenciosa con imposición de manos, se

volvió hacia la paciente y le anunció dos cosas: primero le dijo que «lloraba a consecuencia de un duelo», pero la señora no veía claro de qué podía tratarse. Claude insistió:

—¿No ha llorado usted por un niño?

—Sí, pero hace ya mucho tiempo. Hace siete años pasé por una interrupción voluntaria del embarazo.

—Pero usted sabe, señora, que el sufrimiento permanece como una marca, incluso siete años después. Y, además, hay otra cosa: el amor no parece brillar en su vida de pareja.

—No tenemos ninguna relación física.

—Y ¿por qué?

—Desde que me impuso la interrupción de mi embarazo, he rehusado toda relación íntima; me amenazó con abandonarme si no me sometía a esa intervención, que me repugnaba.

—¿Cuándo comenzó a beber su marido?

—¡En esa misma época, hace siete años!

Inútil insistir sobre el encadenamiento de los hechos y sus consecuencias. Esta mujer, que no se había atrevido nunca a hablar de esto en confesión y que no había perdonado a su marido siete años después, se curó por el sacramento de la confesión, que le aconsejamos vivamente. La pareja se ha reconciliado y el marido ha dejado de beber. Dios, que es amor, llama a la puerta de las parejas en dificultades para construir de nuevo en ellas su morada. El perdón es la llave que abre la puerta: entonces el hombre y la mujer, como después del sacramento del matrimonio, son de nuevo uno, una sola alma, una sola carne.

En el curso de estas consultas hemos ayudado, con la gracia divina, a numerosas personas que habían vivido la experiencia del aborto, algunos practicados por nosotros mismos tiempo atrás. Más de quince años después, estas mujeres sufrían angustia, ansiedad, insomnio, discordia familiar, y tenían dificultades con respecto a la fe, sin establecer el vínculo entre esos males y el hecho de haber destruido voluntariamente el fruto de sus entrañas. El Señor ponía Su dedo en la llaga y al mismo tiempo, proponía con dulzura la curación de su corazón herido: la confesión, que nosotros aconsejábamos, culminaba la curación.

El 1 de septiembre de 1992 acudimos a un encuentro carismático en tomo al padre Tardif en Pontmain, lugar de aparición mariana del que ya hemos hablado. Claude, su hermana enfermera y yo llevamos a mi suegra, discapacitada por la enfermedad de Parkinson desde hacía una década. A pesar del tratamiento clásico, estaba muy limitada en sus desplazamientos, que eran de apenas unos cuantos metros, en su apartamento, y con frecuencia plagados de traspiés. Sólo salía excepcionalmente, acompañada y sostenida con fuerza por el brazo de un pariente o de una amiga. Llevaba un aparato de «telealerta». Cuando se caía en su apartamento, no podía levantarse sola y debíamos intervenir con urgencia para ayudarla.

Ella no deseaba coincidir con los enfermos crónicos en la Basílica, así que nos instalamos en la plaza, delante de la explanada, en sillas de campo. Yo estaba sentado a su lado cuando se acercó la procesión con el Santísimo Sacramento. Le propuse, y ella aceptó, ayudarla a levantarse, lo que hizo con gran dificultad, a pesar de apoyarse en mis dos manos. El sacerdote que llevaba el ostensorio, un vicario general, se detuvo ante ella para bendecirla. En ese momento, para gransorpresa mía, se derrumbó sobre las rodillas. Yo pensé que se trataba de algo accidental. Lo más sorprendente es que se levantó sola, sin apoyar sus manos, y permaneció en pie, como pasmada. Claude, inquieta, se acercó: su madre no paraba de repetir «mis piernas, mis piernas». Súbitamente, se dirigió a la Basílica, caminando cada vez más deprisa, y Claude sólo pudo arrancarle una frase, repetida con insistencia: «Mis piernas, mis piernas… son ligeras». Subió rápidamente las escaleras del peristilo y continuó rápidamente su camino a través de la Basílica, hasta reunirse con el padre Tardif cerca del altar. Allí esbozó algunos pasos de danza y anunció por el micrófono: «¡Me llamo Yvonne y el Señor me ha curado!». Regresó a su sitio con facilidad, el rostro distendido y sonriente, a pesar de que la enfermedad le paralizaba el gesto pocos instantes antes. De nuevo y ante las personas que nos rodeaban, se puso a bailar para mostrar la ligereza de sus piernas, «que antes le daban la impresión de pesar cien kilos». Tras la bendición final, acogió sin fatiga aparente la felicitación de nuestros amigos y de personas que no conocíamos. Volvió al coche con agilidad y sin ayuda.

Al día siguiente su fisioterapeuta se quedó estupefacto al comprobar que la rigidez había desaparecido. Muchos miembros de su familia, católicos tradicionales y un poco tibios, descubrieron que Jesús está vivo y que cura hoy como lo hizo durante su vida terrenal.

Debo señalar que varias veces, durante esta actividad psicoespiritual, antiguos hermanos de mi logia vinieron a nuestra consulta, con pretextos diversos y con frecuencia anodinos, para plantear indefectiblemente, al final de fa consulta, la misma cuestión:

—Maurice, ¿por qué no vuelves a nuestras filas? Tu conversión no es un obstáculo a tu presencia en nuestra logia.

Y mi respuesta les dejaba sin voz:

—¿Qué puedo hallar en la logia, cuando he encontrado a Jesucristo?

Al principio, también algunos curanderos nos enviaron a sus pacientes. Uno de ellos me dijo que su grupo estaba sorprendido de que los rituales para lograr nuestro regreso a sus reuniones no surtieran efecto. En otra ocasión me dijo que no volverían a remitirnos sus enfermos, pues tras nuestras plegarías «ya no podían trabajar» (se sobrentiende ejercer sobre ellos acciones ocultas). Los Evangelios lo anuncian con claridad: «¡Jesús vence!».

LOS PRINCIPIOS QUE RECHACÉ

PRIMEROS ESCRITOS Y POLÉMICAS

CUMPLIDOS los sesenta años, obtuve una prejubilación, pero no para permanecer inactivo: quería trabajar para el Señor. Sin saber todavía lo que esperaba de nosotros, imaginé que podríamos continuar en la medicina psicoespiritual de manera voluntaria y no lucrativa. Optamos por permanecer un año más en Rennes, en espera de tomar una determinación definitiva al respecto. Hice memoria de los prodigios que habíamos vivido durante los últimos seis años, escribiendo Nada es imposible para Dios. Después, en el curso de un retiro ignaciano, decidimos instalarnos en el sur de Bretaña, en la península de Quiberon, cerca de la abadía benedictina de Sainte-Anne de Kergonan, donde estaba y está todavía nuestro padre espiritual, el padre Yves Boucher.

Mientras los operarios de la mudanza amueblaban la pequeña casa que habíamos alquilado, visité al cura de nuestra nueva parroquia. Era una persona muy cordial, antiguo misionero en Chile, a quien sorprendió nuestro recorrido espiritual. Me dijo que la gente de Quiberon deseaba establecer un grupo de oración carismático y me propuso fundar uno. Tomamos contacto rápidamente con una docena de amigos, lo organizamos bajo el nombre de Pequeño Cenáculo y fuimos elegidos como «pastores» de este reducido grupo, que se reúne una vez por semana, existe todavía y cuenta con una treintena de miembros. Para compensar de alguna manera nuestra participación, por limitada que fuese, en la aplicación de la Ley Veil, nos inscribimos en el movimiento Madre de Misericordia, en el cual ayunábamos y rezábamos por las mujeres jóvenes tentadas de abortar.

Tuvimos además la suerte de formarnos durante dos años para el Acompañamiento Espiritual en un centro espiritual jesuita situado en el Golfo de Morbihan y también, durante cuatro años, para una lectura completa de la Biblia, con el rector de la Basílica de Saint-Anned’Auray, lugar de peregrinación situado a treinta kilómetros de nuestra casa.

Allí tuvimos la inmensa alegría de acercarnos a ver a Juan Pablo II, rodeado de 150 000 fíeles. Cuarenta masones se manifestaron en las calles del gran puerto de Lorient, ¡para protestar por esta ilustre visita! Decidí entonces escribir un libro titulado La masonería, ¿un pecado contra el Espíritu? (Ed. L’Icône de Marie), en el que demuestro la incompatibilidad entre la religión católica y la filosofía masónica.

Después, fustigué en el opúsculo Hedonismo o cristianismo (Ed. L’Icône de Marie) la deriva de las costumbres en nuestro país, bajo la influencia soterrada de la masonería. Otro librito trata de los peligros de las prácticas ocultistas, en las cuales teníamos cierta experiencia: Ocultismo o cristianismo (Ed. L’Icône de Marie). En fin, el último aparecido, en diciembre de 2007, lleva el título Católico y masón: ¿es posible?, cuya respuesta es categóricamente no, como lo dijo, por otra parte y con pocas semanas de intervalo, monseñor Domínique Rey, obispo de Fréjus-Toulon, en

su obrita ¿Se puede ser cristiano y masón? (Ed. Salvator). He tenido ocasión de dar testimonio y manifestar mi punto de vista en la prensa cristiana (Famillechrétienne, L'HommeNouveau), en las radios cristianas (RCF, Radio Notre Dame, Radio Fidélité, Radio Espérance, Radio María) y en KTO, la cadena de televisión católica de París. He pronunciado conferencias-testimonio en cerca de sesenta ciudades de Francia, que versaban, entre otros temas, sobre la «irreconciliabilidad» entre masonería y catolicismo. He abierto un blog en internet (http://www.cailletm.com), donde el diálogo resulta difícil, sobre todo con los católicos que han entrado en la masonería e intentan justificarse con toda clase de argumentos especiosos. Gracias a Dios, he sido admitido como miembro de la Asociación de Escritores Católicos de Lengua Francesa y soy miembro del Comité de Honor de la Alianza por los Derechos de la Vida, asociación que lucha por ella desde el momento de la concepción hasta la muerte natural, siguiendo la enseñanza magnifica de Juan Pablo II en su encíclica Evangelium Vitae.

Mi experiencia y mis lecturas me llevaron a la conclusión formal de que, en buena lógica, no se puede ser a la vez un buen católico y un verdadero masón, sean cuales fueren las obediencias que se sigan. Y para mí supone un gran sufrimiento saber que numerosos laicos y algunos eclesiásticos se han dejado seducir por los cantos de sirena masónicos.

El caso más concluyente es el del padre Jean-Claude Desbrosse, que en diciembre de 1999 ordenó que, a su fallecimiento, la esquela en Le Fígaro incluyese todos sus títulos masónicos de la Gran Logia Nacional Francesa. Lo más llamativo es que precisaba que había entrado en la masonería «en virtud de una autorización concedida por la autoridad eclesiástica», y anunciaba su retorno al «Oriente Eterno», lugar de los masones fallecidos. ¡La misa de funeral se celebró el 4 de diciembre en la catedral de Autun! El anuncio fue, evidentemente, piedra de escándalo, pero encontró un apoyo inesperado en un antiguo obispo de esa diócesis, monseñor Le Bourgeois, en el diario católico La Croix, a quien replicó rápida y acertadamente su sucesor, monseñor Seguy. Desde entonces, otros obispos franceses, y no de los menos importantes, han sostenido la doctrina romana en la materia: monseñor Bonfils en Nouvelles Religieuses, monseñor Brincarden el sitio de Internet de su diócesis de Puy-en-Velay, y monseñor Rey en un articulo de La Nef de diciembre de 2004, y después en el ya citado libro ¿Se puede ser cristiano y masón?

¿QUÉ ES LA FRANCMASONERÍA?

MI TESTIMONIO ha dado ya una idea, pero me parece útil recordar ciertas verdades. Oficialmente, la masonería es una asociación filosófica y filantrópica que, en su forma «especulativa», apareció a principios del siglo XVIII. Las obediencias son federaciones de logias, de las que existen una o varias en cada ciudad de cierta importancia. Se estima en 140 000 el número de francmasones en Francia, es decir, un 0.2 por ciento de la población. En cada obediencia existen, al menos, tres estructuras paralelas de naturaleza diferente.

Una estructura que se puede calificar de democrática, que agrupa los talleres o logias azules o de San Juan, responsable de la gestión de los tres primeros grados: Aprendiz. Compañero y Maestro. Oficiales y Venerables que dirigen los trabajos de la logia, delegados en el Convento, miembros del Consejo de la Orden. Gran Maestre y sus adjuntos (que dirigen la obediencia), son elegidos y no pueden ser reelegidos más allá de dos o tres años. Estas logias de base se declaran como asociación, según la ley de 1901, en las prefecturas, y las obediencias aparecen con frecuencia en la primera página de los periódicos semanales, con fotografía del Gran Maestre incluida, como si no existiera secreto alguno. En este nivel, hay una Constitución, unos estatutos e, incluso, una justicia masónica, cuya existencia podría criticarse, pero que está legalmente encargada de resolver los conflictos entre masones.

Una segunda estructura, iniciática, es mucho menos conocida, si no ignorada, por los profanos, es decir, los no iniciados —entre otros, los poderes públicos— y, curiosamente, ¡hasta por algunos iniciados! Se trata de los talleres de perfeccionamiento, compartimentados en cuatro niveles estancos que van del 4.º al 33.º grado, según ciertos ritos (por ejemplo el Rito Escocés Antiguo Aceptado, en el que yo fui iniciado), o al 26.º, al 6.º o al 7.º según otros ritos. No hay comunicación entre los talleres superiores y los inferiores. El paso de un nivel a otro se hace por cooptación, y la gestión de esta pirámide corresponde a un colegio de grandes iniciados, desconocidos para los masones de base y aún más para la prensa, que preside un Gran Comendador elegido de por vida. Señalemos, de paso, la afirmación realizada en julio de 1889 por un Gran Comendador americano. Albert Pike, citado por Lozac’hmeur en El Hijo de la Viuda: «Lucifer, el Dios de la Luz y del Bien, lucha por la humanidad contra Adonai, Dios de la Oscuridad y del Mal». Más discreto, Oswald Wirth, gran iniciado e iniciador, escribió en el Libro del Compañero: «La serpiente iniciadora de la desobediencia, de la insubordinación y de la rebelión, fue maldecida por los antiguos teócratas, pero ocupaba un lugar de honor entre los iniciados». Y mucho se ha escrito sobre el carácter mimético, si no blasfemo, de la Cena que constituye la iniciación al grado 18.º, que yo he vivido. Los iniciados de grado superior se reúnen en la cámara alta, y asisten igualmente a las tenidas de base, pero con condecoraciones y delantales de Maestros. De forma que, salvo

excepciones, los masones de los tres primeros grados desconocen su condición y no saben que sus hechos y sus gestos son objeto de una evaluación con vistas a un «aumento de salario», es decir, una iniciación en los grados superiores.

La tercera estructura ni siquiera tiene un estatuto oficial en las obediencias, y algunos grandes maestres han intentado hacerla desaparecer. Se trata de las fraternales, que agrupan a masones en función de sus profesiones o de sus intereses, lo cual, según un antiguo Gran Maestre, Alain Bauer, abre la puerta a toda clase de compromisos y de corrupciones, sobre todo porque en ellas se reúnen masones pertenecientes a obediencias diferentes, que no dudan en lanzarse públicamente anatemas como el de constituir una «masonería irregular». Es el caso, en Francia, de la Gran Logia Nacional Francesa, que por un lado condena, en un totum revolutum, al Gran Oriente de Francia, a la Gran Logia de Francia, a Le Droit Humain (mixta) y a la Gran Logia Femenina, mientras por otro sus miembros se reúnen en las fraternales organizadas por esas mismas obediencias. En Francia hay hasta una fraternal, Los Amigos de Cambacérés, que agrupa a masones gays o lesbianas. Numerosos escándalos han manchado a estas fraternales, hasta el punto de que algunos masones, descorazonados, han creado una página web (http://www.hiram.be) para denunciarles. El más conocido de estos escándalos fue objeto del proceso Elf-Aquitaine, en el cual casi todos sus protagonistas eran masones y terminaron en la cárcel.

En fin, siete Maestros pueden constituir una logia «salvaje», que no tiene que rendir cuentas a nadie y donde con frecuencia se practica la magia: a mí me propusieron formar parte de una de ellas, sin que la incorporación llegara a concretarse. Existen, igualmente, clubs específicamente masónicos, como el Club de los Cincuenta, donde se integran cincuenta de los masones más influyentes de cada gran ciudad de Francia, que se reúnen en los mejores restaurantes y no en la logia. Sin olvidar a los «masones durmientes», que han salido de su logia pero que siguen defendiendo en su vida profesional o política los principios masónicos, y que se mantienen en las redes y en las fraternales.

Mientras que todos conocemos a San Pedro, primer Obispo de Roma, a quien Jesús confió su Iglesia, los orígenes de la masonería especulativa son discutidos. Sin embargo, muchos historiadores admiten que es el resultado de la transformación y la fusión de cuatro grandes logias de la masonería operativa (constructores de catedrales) en Londres, en el año 1717, impulsada por dos pastores, James Anderson, presbiteriano, y Jean Théophile Désaguliers, anglicano, secretamente influidos por Isaac Newton, físico de reconocido prestigio pero notorio hereje, practicante de la alquimia, admirador del adivino Nostradamus… y de los filósofos denominados de las Luces (ilustrados), lo cual es cuando menos contradictorio.

Por lo demás, las Constituciones fundadoras, llamadas de Anderson (1723), mencionan a Dios una sola vez y en un comienzo de capítulo, pero nunca aluden a la Santísima Trinidad, el pecado, la salvación, la Resurrección, la Ascensión,

Pentecostés ni la venida del Espíritu Santo. En Francia, la masonería aparece ya en 1725, entre otros lugares, en Burdeos, con el filósofo Montesquieu. Sus miembros, nobles, grandes burgueses, incluso eclesiásticos, son galicanos, es decir opuestos a la preeminencia del obispo de Roma, el Papa, sobre los demás obispos. Lo prueba el hecho de que la primera condena de Clemente XII contra la masonería, en 1738, no fuera jamás aplicada en Francia.

En cualquier caso, la masonería, sea operativa o especulativa, es un resurgimiento de la gnosis, herejía ya condenada por San Ireneo en el siglo II. La gnosis trata siempre de pervertir la verdadera fe cristiana mediante la introducción de filosofías y de símbolos paganos.

El cristianismo está fundado sobre el kerygma, es decir, el anuncio de la muerte y de la resurrección del Señor por testigos oculares entre los cuales se encuentra el apóstol San Juan. Los fundamentos de la masonería son fábulas, mitos, con el de Hiram como mito central. Hiram, arquitecto del Templo de Salomón, que habría sido asesinado por tres malos Compañeros, lo cual no reposa sobre ninguna prueba escrita, ni histórica, ni más ni menos que la pretendida transmisión por San Juan de una enseñanza secreta de Jesús a las órdenes iniciáticas sucesivas, pasando por los Templarios… y olvidando el hecho de que entre los Apóstoles y esas órdenes transcurrió cerca de un milenio.

Además, el propio Jesús dijo ante el Sanedrín: «He hablado abiertamente al mundo, he enseñado siempre en las sinagogas y en el templo… y no he dicho nada en secreto» (Juan 18,20). Como tampoco es verosímil la hipótesis de una transmisión de los ritos iniciáticos desde la Antigüedad egipcia hasta los masones modernos, hipótesis del masón y brillante novelista Christian Jacq.

En cuanto a los principios, son completamente opuestos. El cristianismo es una religión revelada por el mismo Dios, primero a Moisés, luego a Jesús y por Jesús, el Mesías. Comporta un determinado número de verdades reveladas o dogmas, incluidos en el Credo, que un católico bien formado no puede poner en duda sin renegar de su fe. La masonería, en todas sus obediencias, propone una filosofía humanista, preocupada ante todo del hombre y consagrada a la búsqueda de la verdad, aun afirmando que ésta es inaccesible. Rechaza todo dogma y sostiene el relativismo, que coloca a todas las religiones en un mismo plano, mientras que desde 1723, en las Constituciones de Anderson, ella se erige a sí misma en un plano superior, como «centro de unión». De ahí se deduce un relativismo moral: ninguna norma moral tiene en sí misma un origen divino y, en consecuencia, definitivo, intangible. Su moral evoluciona en función del consenso de las sociedades, lo cual revela el naturalismo denunciado por el papa León XIII quien, al calificar a la masonería como secta, definió así esta actitud filosófica: «En todas las cosas, la naturaleza o la razón humana debe ser dueña y soberana». El antiguo senador Caillavet, conocido masón y tenaz partidario de la eutanasia activa, ha escrito: «No hay moral universal que tenga un fundamento divino; la moral, siendo esencialmente

contingente, evoluciona. No es trascendental. Lo que es verdad hoy, será falso mañana». En otras palabras, y esto es válido para todas las obediencias masónicas, se trata de la independencia del hombre con respecto a Dios. Es la ciudad terrestre de San Agustín: «El amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios». Es también el rechazo a todo fenómeno sobrenatural: teofanías, apariciones, milagros.

En la Iglesia Católica las enseñanzas son accesibles a todos: Catecismo de la Iglesia Católica, actas de los concilios, encíclicas dirigidas en el encabezamiento a los obispos pero divulgadas urbi et orbi…

La masonería parte de una formación esotérica, secreta y sólo impartida a los iniciados en función de su grado, cuya finalidad es revelar progresivamente los misterios que esconderían los dirigentes de la religión exotérica, que sería la Iglesia Católica. Apostólica y Romana. Uno se pregunta por qué entonces las iglesias ortodoxas y protestantes esconden esos mismos misterios, cuando también han combatido durante mucho tiempo a la Iglesia Católica. Todos los rituales juegan, a los ojos de los iniciados, con el señuelo del conocimiento de una pretendida Tradición Primordial prehistórica y de una Luz que, en el mejor de los casos, consistiría en un mejor conocimiento de sí mismo por parte del iniciado, en esa especie de psicodrama que son las iniciaciones, pero que en ningún caso sería la Luz de la Transfiguración del Señor en el Monte Tabor o la de los santos transfigurados, como Serafin de Sarov, a quien venera la Iglesia Ortodoxa.

Para un cristiano. Dios es un ser personal, tres Personas en Uno, un Dios-Persona que entraña una relación de amor con la criatura humana: los teólogos denominan esta concepción como teísmo. Para un masón, el concepto mismo de Dios es especial, y eso si es que se le menciona, como en las obediencias llamadas espiritualistas. En el mejor de los casos, es el Gran Arquitecto del Universo, un Dios abstracto, pero solamente una especie de «Creador-maestro relojero», como le designa el pastor Désaguliers, uno de los fundadores de la masonería especulativa y, más tarde, el célebre Voltaire, iniciado a una edad avanzada. Para los teólogos, se trata de deísmo, por oposición al teísmo de las religiones monoteístas. A este Gran Arquitecto se le reza, si se me permite la expresión, para que no intervenga en los asuntos de los hombres, y ni siquiera se le cita en las Constituciones de Anderson.

En cuanto a la escatología, en el cristianismo el fin último es la vida eterna concedida por la gracia, en una adoración y una alabanza eternas, en un cara a cara amoroso con el Señor. Hemos visto, a propósito del padre Desbrosse, que en la masonería es «el paso al Oriente Eterno» que escapa, como el Gran Arquitecto, a toda definición o descripción —salvo en el respeto de los iniciados hacia sus difuntos— y se parece al sheof de los judíos.

Para el cristiano, la salvación consiste en encaminarse hacia la santidad, a través de la gracia de Dios y de los sacramentos, en la imitación de Jesucristo, la humildad y la caridad, para entrar en el Reino de los Cielos. Por el contrario, el concepto de salvación no existe en la masonería salvo en el plano de lo terrenal: es el elitismo de

las sucesivas iniciaciones, aunque éstas puedan considerarse pertenecientes al ámbito del animismo, según René Guénon, gran iniciado, y Mircea Eliade, gran especialista en religiones. Es, también, la búsqueda de un bien que no se especifica en ninguna parte… puesto que la moral evoluciona en la sinceridad, la cual, como todos sabemos, no es sinónimo de la verdad. El masón es un hombre que se hace a sí mismo, es decir, por sí mismo y con la ayuda de sus hermanos, pero sin la gracia divina: algo que recuerda el pelagianismo, combatido ya por San Agustín.

Para el católico, se impone el respeto a los creyentes de otras religiones, con la tolerancia debida a las personas que no han sido todavía iluminadas por el Espíritu Santo, pero también en la preservación minuciosa de la doctrina de la Iglesia, transmitida a los Apóstoles y a sus sucesores: ése es el verdadero espíritu de los encuentros de Asís, iniciados por el Papa Juan Pablo II. En la masonería, la relación con las religiones es muy ambigua. En principio, los masones proclaman con firmeza una tolerancia especial hacia todas las creencias e ideologías, con un gusto muy marcado por el sincretismo, es decir, una coordinación poco coherente de las diferentes doctrinas espirituales: es la eterna gnosis, subversión de la fe verdadera, un empobrecimiento de la sal de la tierra. Por otra parte, la vida en las logias, que ha sido la mía durante quince años, revela una animosidad particular contra la autoridad papal y contra los dogmas de la Iglesia Católica.

La relación con el cuerpo y con el placer opone de manera especial a católicos y masones. Sin el menor puritanismo y lejos de los cátaros y los jansenistas, el catolicismo enseña que el cuerpo y los sentidos deben someterse a la conciencia y a la ley moral, y subordinarse a un amor verdadero y duradero. Lo cual implica un cierto autodominio y un respeto absoluto por la vida. Los masones reivindican desde hace mucho tiempo, y lo han obtenido en buena medida en Francia, la libertad sexual total entre adultos. Esta valoración del placer, este hedonismo, ha llevado a la masonería a preparar y a promover en Francia todas las leyes que favorecen el libertinaje sexual, el divorcio, la contracepción química y mecánica, el aborto, el célebre PACS (pacto civil de solidaridad, una unión civil entre personas heterosexuales u homosexuales), la manipulación de embriones y, pronto, la despenalización de las drogas blandas, así como la legalización de la eutanasia activa. «Es todo el concepto de familia lo que está derrumbándose», según el pronóstico del doctor Pierre Simon, antiguo Gran Maestre de la Gran Logia de Francia, en su libro De la vie avanttouteautrechose, aparecido en 1979 (Ed. Mazarme), y que fue retirado de las librerías a instancias de las autoridades masónicas de la época, por desvelar con excesiva claridad las intenciones de la masonería.

Tenemos, por último, que oponer el carácter universal de la religión católica, que espera la conversión y la salvación de todos los hombres, frente al universalismo masónico que aspira al gobierno mundial —a cargo de iniciados, naturalmente—, proyecto sostenido de manera soterrada por múltiples organizaciones internacionales que pilotan masones: Trilateral, Bilderberg. Bnai-Brith.

El católico no debe dejarse seducir ni engañar por los ideales masónicos, que son los principios de nuestra República Francesa (libertad, igualdad, fraternidad): no tienen el mismo sentido en el espíritu de un cristiano que en el de un masón.

Para un cristiano, la libertad es un medio, un instrumento que Dios concede al hombre para que se dirija hacia el bien y hacia el amor, ambos definidos por las enseñanzas evangélicas que precisan los Diez Mandamientos. Para un masón, se trata de un objetivo sin fin preciso, llamado a derribar todos los tabúes y todas las prohibiciones de la moral judeocristiana tradicional. En 1992, ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia, el entonces cardenal Ratzinger afirmó: «Una libertad cuyo único contenido fuera la posibilidad de saciar las propias necesidades, no sería una libertad humana: quedaría en el ámbito animal».

La igualdad, para los cristianos, reside en el hecho de que somos todos hijos de un mismo Padre, hermanos y hermanas de Jesús. Para un masón —lo hemos visto en mi testimonio— es una simple afirmación de principios, una ilusión, puesto que distingue entre profanos e iniciados y a la vez, diferencia a los masones entre ellos, a través de los diversos grados, treinta y tres en algunos ritos… Sin hablar de la separación entre hombres y mujeres, que existe en las diferentes obediencias, ya sean regulares o irregulares.

La fraternidad cristiana es universal y se expresa, desde hace muchos siglos, en numerosas organizaciones caritativas y humanitarias en todo el planeta. La fraternidad de los masones se limita o se concentra en el circulo restringido de los iniciados y de su familia. No hay comparación posible.

La primera condena pontificia de la pertenencia de los católicos a la masonería data de 1738 y se debe a Clemente XII. Desde entonces, numerosos papas han confirmado este punto de vista. Tras el Concilio Vaticano II y el nuevo Código de Derecho Canónico, publicado en 1983, las obediencias espiritualistas o pretendidamente «crísticas» se valieron del hecho de que este Código no condenaba de manera explícita a la masonería, para justificar la doble pertenencia a ella y a la Iglesia. Pero la Congregación para la Doctrina de la Fe, con el hoy Papa Benedicto XVI como prefecto, a través de la declaración del 26 de noviembre de 1983 aprobada por Juan Pablo II, confirmó que el juicio negativo de la Iglesia sobre las asociaciones masónicas no ha cambiado, porque:

Sus principios se han considerado siempre irreconciliables con la doctrina de la Iglesia. Los fieles que pertenecen a las asociaciones masónicas se encuentran en estado de pecado grave y no pueden acceder a la Santa Comunión. Las autoridades eclesiásticas locales (los obispos) no tienen competencia para pronunciarse sobre la naturaleza de las asociaciones masónicas mediante un juicio que implique la derogación de lo mencionado en esta declaración.

De esta decisión se desprende que el hecho de querer ser, a la vez, católico y francmasón, no sólo constituye un absurdo en el plano de la lógica, sino que es además una herejía.

En febrero de 1936, durante su primer encuentro en Chateauneuf de Galaure, Marthe Robín, gran mística de la que ya se ha abierto la causa de beatificación, declaró al padre Finet que «entre los errores que nos harían zozobrar se encontraban el comunismo, el laicismo y la francmasonería» (en Raymond Perret, Prendsma vie. Seigneur, p. 139). El comunismo no tiene ya mucho porvenir. Oremos pues por la conversión de los masones, que, con frecuencia de buena fe, están en el error y en las tinieblas, y creen haber recibido la Luz. La sinceridad de algunos no puede ponerse en duda, aun cuando persistan en el error. Tras la aparición de mi primer libro. Del secreto de las logias a la Luz de Cristo, uno de mis antiguos hermanos, iniciado en el grado 33, me escribió: «Me alegra que hayas encontrado la Luz que yo busco desde hace tanto tiempo». A pesar de esto, aunque cristiano, continúa siendo masón. Oremos para que todos reconozcan que la Luz que ilumina a cada persona es Jesús. Cristo, que no acepta compromiso alguno con Lucifer.

¿Quiénes son mi madre, mis hermanos, mis hermanas? Jesús responde a esta cuestión, que se plantea a Sí mismo: «Son aquéllos que cumplen la voluntad de mi Padre». Estas palabras me sostiene cuando pienso en las dificultades familiares que hemos sufrido Claude y yo. He hablado muy poco de estos problemas, que pertenecen a nuestra intimidad. Pero la animosidad de mis padres frente a mi conversión les llevó a desheredarme en la medida permitida por la ley y a indisponer a mis hijas contra nosotros; y después de su muerte, hace cuatro años (con uno de intervalo entre ambos), no hemos vuelto a tener contacto alguno con ellas ni con sus nueve hijos. Pero yo rezo cada día por ellos y por su conversión: ¡espero ser escuchado como Santa Mónica lo fue cuando oró por San Agustín! Rezo también y encargo misas en sufragio de mis padres, que, en su ceguera racionalista, optaron por una incineración, sin los auxilios espirituales de la Iglesia. Nos queda un hijo (y su familia) fiel, que apoya siempre mi testimonio, entre otras cosas gestionando mi página web.

CONCLUSIÓN

DEJO LA palabra, primero, al cardenal Poupard, que presidió el Consejo Pontificio para la Cultura entre 1985 y 2007: «No tengáis miedo, no temáis».

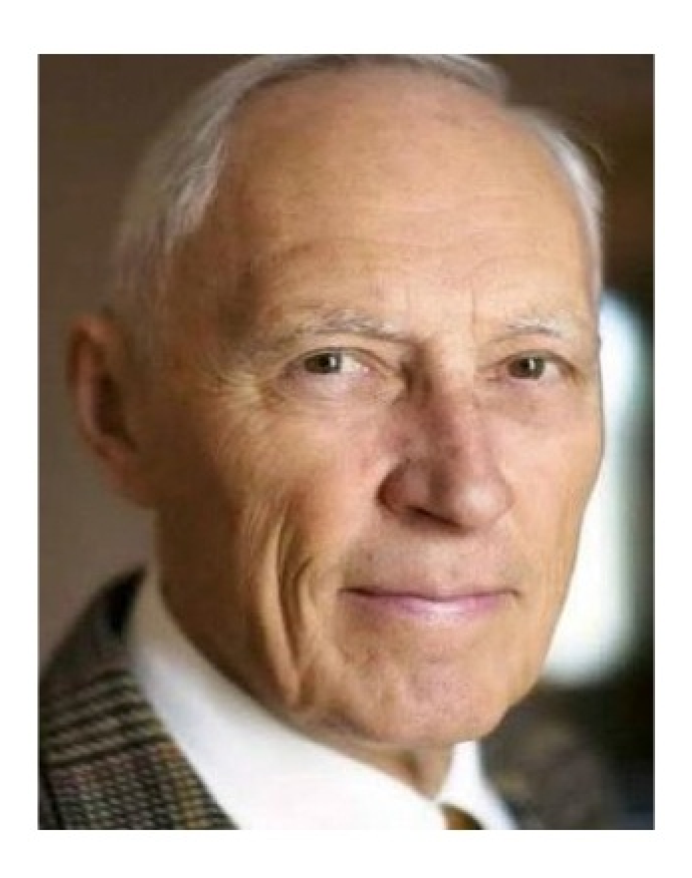
La experiencia de los convertidos ilustra sobrecogedoramente estas palabras. Toda su vida se ve transformada, y se sacuden el miedo en el gozo de la adoración. El mal y su cortejo infinito de desgracias, el sufrimiento y su carga terrorífica de penas, la muerte y la angustia de vida insondable que implica, no desaparecen como por encanto, y mortifican siempre la condición humana. Pero el mensaje de los convertidos nos ilumina con una luz más fuerte que todas esas tinieblas: somos amados por Dios. Su amor es más fuerte que la muerte. Por la muerte en la Cruz de Jesús, Su Hijo, resucitado en la mañana de Pascua, la propia muerte ha sido vencida. Cambia de sentido, ya no nos devora el abismo oscuro del sheol (¿del Oriente Eterno?), sino que es el mismo Dios quien nos atrae para compartir la vida eterna, la verdadera vida, que desborda de amor y de gozo compartidos. Compartir la fe de los convertidos es entrar en el tiempo de la esperanza, vivir en plenitud nuestra existencia humana, en la alegría de ser amados por Dios y de caminar hacia la plenitud de su amor.

Recordemos, por último, la Epístola de San Pablo a los Efesios (5.8-14), que se podría dirigir a los bautizados que padecen la tentación de extraviarse en la masonería, a veces con absoluta buena fe:

Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en todo bondad, justicia y verdad. Examinad qué es lo que agrada al Señor. Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, reprendedlas. Cierto que ya sólo el mencionar las cosas que hacen ocultamente da vergüenza; pero, al ser denunciadas, se manifiestan a la luz. Pues todo lo que queda manifiesto es luz. Por eso se dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo.

Y por eso yo recito cada día la oración que el Espíritu Santo me ha inspirado:

Padre infinitamente bueno, Tú conoces el secreto de los corazones y de las logias. Tú sabes que muchos masones, extraviados por una filosofía engañosa, buscan verdades vanas. Libérales, Señor, de los espíritus que les confunden. Que el Espíritu Santo, Espíritu de Verdad, inunde su inteligencia y su corazón. Que les revele la Verdad primera y última, el Alfa y la Omega: tu hijo Jesús. Cristo, su Vida, su Enseñanza: la Buena Nueva de Tu Amor.



Maurice Caillet (Burdeaux, Francia, 24 de septiembre de 1933) es un cirujano, urólogo, ginecólogo, conferenciante y ensayista francés. Maurice Caillet nació en una familia cristiana pero no fue bautizado. Entró en la masonería y, varios años después, renunció a la misma exponiendo su caso en su libro *Yo fui masón*. Es un activista pro-vida cuyos libros están basados en sus experiencias personales durante varios años en la masonería y el ocultismo antes de convertirse al cristianismo.

Entre sus obras, se encuentran:

- *Du secret des loges à la lumière du Christ*, (éditions L'Icône de Marie) (traducido en polaco y italiano)
- *Hédonisme ou christianisme*, (éditions L'Icône de Marie)
- *Occultisme ou christianisme*, (éditions L'Icône de Marie)
- *La franc-maçonnerie: un péché contre l'Esprit?* (éditions L'Icône de Marie)
- *Rien nest impossible à Dieu; un charisme de guérison*, Ed. Le Sarment/Ed. du Jubilé, París.
- *Catholique et franc-maçon: est-ce possible?* Ed. Icône de Marie (2007)
- *J'étais franc-maçon*, Éditions Salvator, (nov. 2009)